

CeD

pensamiento
crítico

INDICE

La violencia y los cambios
sociales 4 *Camilo Torres R strepo*

La revolución verdadera,
La violencia y el fatalismo
geo-político 54 *Fabricio Ojeda*

Perú: Revolución,
insurrección, guerrillas 74 *Américo Pomaruna*

Contra la tendencia
conservadora en el
Partido 130 *Julio del Valle*

Los Autores 158



pensamiento crítico

Centro de Estudios Latinoamericano

Redacción y Administración

J 556, Vedado, Habana

1 - febrero de 1967

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso

Jesús Díaz

Thalía Fung

Ricardo J. Machado

Diseño y emplane

Rostgaard

40 centavos

suscripción anual: \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

MARTA NÚÑEZ
SABIDO
1 9 6 7

Hoy todas las fuerzas sociales de nuestro país están en tensión creadora; lo exigen la profundización y la magnitud de las metas de la Revolución. Contribuir a la incorporación plena de la investigación científica de los problemas sociales a esa Revolución es el propósito de esta publicación.

Nuestro punto de partida: por una parte, que las teorías surgen o se desarrollan en el análisis de las situaciones concretas; por otra, que la formación teórica es indispensable a los investigadores. De acuerdo a ello, intentaremos informar sobre las problemáticas actuales y las opiniones que sobre ellas existen, a través de artículos inéditos de cubanos y extranjeros, y de la reproducción de artículos seleccionados de las más diversas publicaciones del mundo.

En este primer número presentamos, en su aspecto latinoamericano, el problema crucial de nuestro tiempo: la lucha tricontinental antimperialista, que se propone, en Viet-Nam, Guinea o Venezuela, conquistar para los pueblos la dignidad humana, sin la cual el propio oficio intelectual no tendría posibilidad ni sentido. Los nombres de algunos autores —Camilo Torres, Fabricio Ojeda— nos recuerdan que no es la crítica la gran transformadora, sino la Revolución.

Opinamos que el intelectual revolucionario es, ante todo, un revolucionario a secas, por su posición ante la vida; después, aquél que crea o divulga según su pasión y su comprensión de la especificidad y el poder transformador de la función intelectual. Si la primera condición existe, le será fácil coincidir con la necesidad social. Con arreglo a esta opinión trabajaremos.

La violencia y los cambios sociales

CAMILO TORRES RESTREPO

Introducción para los profanos

La ciencia como todo elemento humano, es ambivalente. Es un instrumento de comunicación más profundo y más sólido con aquéllos que están «iniciados», pero con aquéllos que no lo están, ya sea por cultivar otras disciplinas o por no tener una formación científica, puede ser un instrumento de separación, de malos entendidos y por lo tanto, de conflicto.

El autor del presente estudio es un sacerdote que a la vez es sociólogo; sería interesante hacer una amplia demostración sobre las relaciones que tienen estas dos actividades como, en general, mostrar las diferencias y las aplicaciones de lo sagrado y lo profano.

Para enfocar este problema deberíamos plantear en toda su extensión las aplicaciones psicológicas, sociológicas e históricas de la Encarnación de Dios con todas sus consecuencias. Sin embargo, estas consideraciones se salen del objeto principal de la presente introducción.

Para poder ejercer las funciones de puente entre los colegas sacerdotes y los colegas sociólogos, creo que basta con hacer unas consideraciones rápidas sobre la distinción entre lo normativo y lo positivo.

La ciencia positiva es básicamente inductiva, parte de la observación empírica para llegar a generalizaciones de primer grado de abstracción; es

decir, a generalizaciones que nos den una certidumbre metafísica que está en el tercer grado de abstracción y se basa en la esencia inmutable de los seres. Las ciencias normativas como la moral, la política, el derecho, se tienen que basar en alguna certidumbre metafísica. Las ciencias positivas constatan los hechos, hacen generalizaciones lógicas y están sometidas a las verificaciones empíricas para corregir, ampliar y si es el caso, abolir las generalizaciones.

El presente estudio pretende ser un trabajo de sociología positiva. Como lo explicaremos más adelante, no está fundamentalmente sustentado por un análisis de campo; toma las experiencias directas de otros y las observaciones no estandarizadas del autor para enunciar una serie de hipótesis de trabajo.

Desde el punto de vista metodológico y científico este sistema es incompleto, pero no erróneo. Aunque, como dijimos atrás, la ciencia positiva se tiene que basar fundamentalmente en las observaciones empíricas cuando ellas tienen suficiente desarrollo, como en el caso de la sociología, es necesario relacionar la observación con una teoría general. Por otra parte, para enriquecer la teoría general se requiere lanzar hipótesis que solamente la intuición del científico puede preservar de que sean gratuitas. En teoría son, por definición (ya que son hipótesis) básicamente gratuitas. Precisamente se plantean para que sean verificadas por la investigación positiva. En otras palabras, los trabajos científicos de generalizaciones y, que corren el riesgo de ser gratuitas para llegar a constataciones empíricas; o partir de estas constataciones para llegar a generalizaciones que tienen el carácter de leyes científicas.

No obstante la evolución de la sociología, especialmente en los últimos años, tenemos que reconocer que es una ciencia joven. Como tal, sus conceptos, su terminología, sus métodos y sus leyes no están aún suficientemente estructurados. Algunos sociólogos, principalmente de fines del siglo pasado y principios del presente, optaron por una posición sectaria. Unos defendían la teoría y los planteamientos generales contra las investigaciones empíricas de escasa trascendencia teórica pero de mucha precisión técnica. Los sociólogos europeos, en general adoptaron esta posición.

Otros, por el contrario (entre los que se contaron muchos sociólogos norteamericanos) se dedicaron a minuciosas investigaciones sobre el terreno atacando las generalizaciones gratuitas.

Se ha dicho que la sociología europea es más interesante que verdadera y que la sociología norteamericana es más verdadera que interesante. Sin embargo, podemos afirmar que hoy en día en términos generales, esta dicotomía ha sido superada, y podemos hablar de una sociología universal. Actualmente, el método inductivo y el método deductivo (de lo general a lo particular o de lo particular a lo general) son valederos mientras se acepte que son complementarios, que ninguno de los dos es verdaderamente científico si excluye al otro.

Con todo, el avance de la ciencia es paulatino y exige contribuciones parciales que también deberán ser complementarias.

En el caso de la «sociología colombiana» encontramos una tradición que no podemos clasificar dentro de la sociología positiva. Hasta hace pocos años solamente se podía hablar de filósofos sociales. En los últimos tiempos hemos visto surgir la sociología positiva en nuestro país. Por inspiración norteamericana al principio, complementada posteriormente con influencias europeas. El aspecto empírico de la sociología empieza a prevalecer entre nosotros con una orientación tal que se puede correr el peligro de consagrarse únicamente al estudio de este campo descuidando las generalizaciones.

No es posible hacer una sociología colombiana aparte de la sociología universal. Sin embargo, es necesario hacer sociología colombiana en dos sentidos: 1.- Aplicando la teoría y los métodos sociológicos generales a nuestra realidad concreta y específica. 2.- Contribuyendo a esta teoría y métodos con el análisis de las situaciones nuevas que nuestra realidad pueda sugerir. Esta sociología colombiana se vería frustrada en su estructuración tanto si faltara la investigación empírica como si prescindiera de la generalización teórica. El presente estudio pretende ser una contribución a este último aspecto.

Aunque como sacerdote el autor debe desaprobador los hechos sociales que estén en oposición a la moral cristiana, como sociólogo no se puede permitir la emisión de juicios de valor so pena de caer en el error metodológico de mezclar las ciencias positivas con las ciencias normativas. Por eso, no es de extrañar que se describa un «fenómeno como el de la «violencia» —que, en términos generales no puede justificarse desde el punto de vista moral— como un factor de cambio social importante, sin pronunciarse sobre la bondad o la maldad de ese cambio y sobre la mo-

ralidad de sus consecuencias. -Al decir «importante» no se quiere decir «constructivo». Ese vocablo se utiliza solamente en el plano de los fenómenos positivos que si por causa de la violencia han sido profundamente transformadores, tienen una importancia sociológica indiscutible.

Las observaciones anteriores podrían situar al lector que no esté familiarizado con los análisis positivos de las realidades sociales, en el terreno propicio para valorar los planteamientos que se hacen en este trabajo dentro de las limitaciones de la ciencia empírica que no puede pretender generalizaciones normativas.

I.—ALCANCE DEL ANALISIS

Para poder precisar la magnitud de un cambio, es necesario determinar bien claramente tres aspectos:

- a) La situación antes del cambio.
- b) Los factores que influyen y la manera como influyen en el cambio.
- c) La situación posterior a la acción de dichos factores.

Sin embargo, es necesario anotar que en un cambio socio-cultural los anteriores puntos de referencia son mucho menos precisos que en el caso de un cambio físico. Las variables sociales poseen una dinámica constante y por eso es imposible considerar situaciones estables dentro del cambio social. Con todo, la sociedad rural colombiana antes de pasar por el fenómeno de la «violencia»¹ era una sociedad relativamente estática, como trataremos de describirla a continuación. Esto facilita en parte el establecimiento del cambio ocurrido. A pesar de ello, es necesario limitar el fenómeno de cambio a algunas variables, ya que, por su complejidad, no podría describirse nunca en forma exhaustiva.²

¹ El fenómeno de la violencia en Colombia podemos definirlo como un tipo de conflicto social que se manifiesta por la acción armada de grupos, especialmente en vecindarios campesinos, generalizada geográficamente en «Colombia» y de carácter endémico, ya que se ha prolongado por varios años sin solución de continuidad. Para mayor explicación Cfr. Germán Guzmán C., Eduardo Umaña Luna, Orlando Fais Borda, «La Violencia en Colombia», la edición Monografía Sociológica. Fac. de Sociología, U. N. Bogotá 1962, pág. 368.

² Es de notar también que en el presente estudio no consideramos sino las áreas que han sido afectadas, en algún momento, por el fenómeno. Sin embargo, de acuerdo con los estudios realizados, especialmente por Mons. Germán Guzmán, casi todas las áreas rurales colombianas (Cfr. «La Violencia en Colombia» —Estudio de un proceso social— Tomo I, 2a. edición, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1962) han sido afectadas por la violencia.

Muchas de las variables que consideraremos no son de ninguna manera exclusivas de la sociedad colombiana. En muchos textos de Sociología las encontramos como criterios determinantes de cualquier sociedad rural. Las hemos escogido aquí por considerar que han sido afectadas especialmente por el fenómeno de la violencia.

El presente análisis se refiere casi exclusivamente a la descripción hecha por Monseñor Germán Guzmán en el primer tomo del libro «La Violencia en Colombia» y a los trabajos efectuados en relación a la sociedad rural colombiana, antes de haber sufrido el impacto de la violencia.³

Aquí trataremos de estructurar los datos de los trabajos mencionados dentro de un esquema teórico adaptado a la descripción del cambio ocasionado por la violencia. Su valor objetivo dependerá de la objetividad de dichos estudios y muchas de las afirmaciones no podrán tener un sentido más amplio que el de ser simples hipótesis de trabajo que deberán ser sometidas a ulteriores investigaciones sobre el terreno para llegar a ser debidamente comprobadas, como lo explicamos ampliamente en la introducción.

Con estas observaciones podemos entrar de lleno al análisis del cambio sociocultural, considerando:

- 1.—La situación de las variables seleccionadas, antes de la violencia.
- 2.—La forma como fueron afectadas esas variables por el fenómeno de la violencia.
- 3.—El resultado final.

Las variaciones las clasificaremos en tres grupos:

- 1.—Aquéllas que son comunes a toda sociedad rural.
- 2.—Aquéllas que son propias de las sociedades rurales de los países subdesarrollados.
- 3.—Aquéllas que son características de la sociedad rural colombiana.

Naturalmente que la división anterior no deja de ser artificial. La tomamos para ordenar mejor el análisis pero trataremos de hacer las aplicaciones concretas a Colombia, aun en las dos primeras categorías de variables.

³ Gustavo Pérez, «El campesino colombiano, un problema de estructura», 2a. Ed. Centro de Investigaciones Sociales, Bogotá, 1962. Orlando Fals Borda, «Campesinos de los Andes», Editorial Iquielma, Bogotá, 1961. «El hombre y la tierra en Boyacá», Editorial Anteres, Bogotá, 1956.

2.—VARIABLES CONSIDERADAS

- 1.—Variables comunes a toda sociedad rural.
 - a) Falta de división del trabajo, de especialización y escasez de roles.
 - b) Aislamiento social.
 - c) Importancia de los vecindarios en la vida social.
 - d) Individualismo.
 - e) Conflicto con el extra-grupo.
 - f) Sentimiento de inferioridad.
- 2.—Variables propias de las sociedades rurales de países subdesarrollados.
 - a) Ausencia de movilidad vertical ascendente.
 - b) Agresividad latente.
- 3.—Variables características de la sociedad rural colombiana.
 - a) Sectarismo político.
 - b) Falta de conciencia de clase.
 - c) Respeto a la propiedad privada.

3.—CAMBIOS SOCIO-CULTURALES OCURRIDOS EN CADA UNA DE LAS VARIABLES CONSIDERADAS

- 1.—Variables comunes a toda sociedad rural.
 - a) Falta de división del trabajo, de especialización y escasez de roles. La actividad agropecuaria del cultivo de la tierra y del ganado es prácticamente la exclusiva del campesino colombiano. En general, toda otra ocupación está condicionada por ésta: el mercado, la actividad religiosa, familiar, etc.

La violencia plantea al campesino nuevas necesidades y con ellas la imposición de una división del trabajo y de una especialización. Para los grupos activos además de las necesidades requeridas en toda acción bélica, surgen aquéllas específicas de la guerra de guerrillas, tales como las de espionaje, comunicaciones clandestinas, abastecimiento, asistencia social, relaciones públicas, etc.⁴

Respecto de los grupos pasivos, también debemos comprobar el apareamiento de nuevas necesidades, tales como las de vigilancia, colaboración,

⁴ Cfr. Guzmán, Umaña, Fals Borda, «La Violencia en Colombia». 1a. Ed. Monografías sociológicas No. 12 — Facultad de Sociología. U. N. Bogotá, 1962, págs. 147 et passim.

tanto entre sí como con los grupos guerrilleros, todas aquéllas impuestas en el caso de las migraciones forzadas, etc.

Para cada una de estas necesidades ha sido indispensable destacar elementos de la comunidad rural para que las ejerzan habitualmente, llegando así a un género de especialización que, aunque rudimentario, es importante respecto de las relaciones sociales.

Estas relaciones en la sociedad rural, como consecuencia de la falta de división y especialización del trabajo, son de características más íntimas, frecuentes y personales.

Este tipo de relaciones conduce a un tipo de sociedad folk, también descrita por Redfield:

«Esta sociedad es pequeña, aislada, iletrada y homogénea, con fuerte sentido de solidaridad. El modo de vida está convencionalizado dentro de un sistema coherente que llamamos "una cultura". La conducta es tradicional, espontánea, nocrítica y personal. No hay legislación, hábito de experimentación, ni reflexión para fines intelectuales. El parentesco, sus relaciones e instituciones son del tipo de categorías empíricas, y el grupo familiar es la unidad de acción. Lo sagrado prevalece sobre lo secular. La economía es de autoconsumo más bien que de mercado.»⁵

Todas estas características se aplicaban exactamente a nuestra sociedad rural antes de haber pasado por la violencia.

Dentro de esto tenemos que señalar: la conducta tradicional, espontánea, no crítica y personal como un efecto de la preponderancia de las relaciones secundarias. Ahora bien, la falta de división del trabajo y de especialización lleva a esta preponderancia, ya que la persona que realiza muchas funciones es la base de la interacción social mucho más que la función misma. La falta de especialización hace que no exista una exigencia ni una expectación social respecto del progreso por la instrucción formal.

La solidaridad de grupo es otro efecto de la falta de división del trabajo, si nos referimos a la solidaridad mecánica dentro de la teoría durkheimiana.⁶

⁵ Robert Redfield: «The Folk Society», *The American Journal of Sociology*, 52, (Enero 1947) pág. 293.

⁶ E. Durkheim: «De la división du Travail Social» (1902) XXXII.

Esta solidaridad mecánica produce naturalmente un sistema coherente de vida basado en la tradición y el sentimiento.

Dentro de la teoría de Tonnies nuestra sociedad rural se acerca mucho más a la comunidad (*gemeinschaft*) que a la sociedad (*gesellschaft*). Por otro lado, la economía de autoconsumo estimula mucho más las relaciones primarias que secundarias y es una de las causas de la falta de división del trabajo.

Los efectos de estos fenómenos sobre la actitud respecto del cambio social son de una gran importancia. La predominancia de las relaciones primarias sobre las secundarias comienza a desaparecer por la mayor división del trabajo, la mayor especialización y por consiguiente la multiplicación y diversificación de los roles sociales.

En las comunidades afectadas por la violencia, las interacciones sociales comienzan a basarse más en las funciones de las personas que en la persona misma. La solidaridad de grupo comienza a ser más orgánica que mecánica, es decir, más basada en la complementariedad de los roles diversos que en la homogeneidad de éstos. Las relaciones sociales comienzan a basarse más en la razón que en la tradición y el sentimiento. La conducta deja de ser tradicional y espontánea y pasa a ser crítica e impersonal.⁷ La «comunidad» se transforma en «sociedad». Podríamos decir que nuestra sociedad rural afectada por la violencia comienza a urbanizarse en el sentido sociológico, en el sentido de que comienza a adquirir un comportamiento urbano.

Este proceso de urbanización se realiza exclusivamente por la aparición de actividades terciarias (servicios personales, comercio, transporte, servicios bélicos, etc.) sin ninguna conexión con la actividad secundaria de industrialización.

Los efectos socio-económicos son evidentes: el modo de vida urbano implica una actitud racional, anti-tradicional respecto del cambio social. Sin embargo, en este caso esta actitud no va acompañada de una industrialización que permita elevar los niveles de vida. En una palabra, pode-

⁷ Para ampliar la teoría sobre la transformación de la sociedad-folk en sociedad urbana debido a la división del trabajo, es útil. (Consultar E. C. Hughes «Personality Types and the Division of Labor», *American Journal of Sociology*, 1928/33, 754/768 y Leopold Von Wiese and Howard Becker «Systematic Sociology» (N. York, John, Wiley & Sons, 1932) 222/225 et passim).

mos decir que en la sociedad afectada por la violencia tenemos las actitudes urbanas sin los instrumentos propios de una sociedad urbana.

b) Aislamiento social.

Dentro de las variables comunes a todas las sociedades rurales encontramos el aislamiento social, elementos que incluye Redfield dentro de la sociedad folk. (Cfr. Supra)

Este fenómeno ecológico es debido a la baja densidad demográfica y a la ausencia de comunicaciones que caracteriza las sociedades rurales. En los países subdesarrollados el aislamiento social se encuentra agudizado por la falta de transporte y la ausencia de comunicaciones de toda índole. En Colombia, en particular, el aislamiento es aún mayor. La población colombiana está concentrada en la zona montañosa y en los valles separados por montañas. Las veredas o vecindarios rurales se encuentran aislados no solamente de las ciudades sino también de la cabecera del municipio y de las otras veredas.

La violencia incrementó las migraciones rurales no solamente a la ciudad sino también entre las diversas localidades campesinas. Las fuerzas armadas, además de sus sistemas propios de comunicación, fueron un conducto humano de transmisión de noticias, de valores sociales, de normas de conducta, establecido entre la ciudad y el campo y entre los diversos vecindarios rurales.

Como resultado, las poblaciones rurales han entrado en contacto tomando conciencia de necesidades comunes y adquiriendo una solidaridad de grupo, al enfrentar el conocimiento de su realidad socio-económica con el conocimiento de otros niveles de vida superiores, tanto rurales como urbanos.

Los patrones culturales locales comienzan a difundirse y se produce un fenómeno de asimilación de dichos factores, comenzando así un proceso de gestación de una subcultura rural colombiana. Respecto del cambio social, el hecho de haber creado una solidaridad de grupo (que Marx llamaría conciencia de clase) hace que el campesinado colombiano comience a constituirse en un grupo de presión en la base de la pirámide social. Grupo de presión que, mediante una organización, puede llegar a ser importante en las transformaciones de las estructuras sociales, políticas y económicas de Colombia.

c) Importancia de los vecindarios en la vida social.

Dado el aislamiento antes descrito, es lógico que el vecindario en la vida social de la comunidad rural sea de la mayor importancia. La actividad humana en esta sociedad tiene una referencia directa a la localización geográfica. La falta de la división del trabajo excluye casi completamente la necesidad de desplazarse a otro lugar. Por lo tanto, el vecindario desarrolla con la familia, la institución de control social más eficaz en la sociedad campesina. La sanción aprobatoria o condenatoria del vecindario tiene una gran influencia en la conducta del campesino.

Sabemos que hay una relación estrecha entre la fuerza del control social y la estandarización de los patrones de conducta. Los fenómenos de anomia se presentan rara vez en una sociedad aislada y de control fuerte. En esta comunidad se encuentra entre sus individuos poca capacidad de asimilación, ya que para poder llevar la vida en sociedad les ha bastado acomodarse mecánicamente a los patrones tradicionales de conducta. De ahí viene la coherencia del sistema de la sociedad folk, del que habla Redfield; de ahí también la falta de experimentación y la falta de reflexión para fines intelectuales. La conducta es más espontánea que reflexiva y por eso la capacidad de asimilación es menor.

La violencia rompe los marcos del vecindario rural. Los grupos guerrilleros comienzan a convertirse en nuevos elementos de control a una escala más regional que veredal. La presión oficial se manifiesta en muchas ocasiones por primera vez, en las áreas rurales, ejerciendo presiones de todo género (desde la violencia física hasta los halagos económicos) a escala regional, sobre las comunidades rurales. También la posibilidad y en algunas ocasiones la necesidad de emigrar libera a los grupos rurales del control social de la comunidad vecinal. Los grupos de referencia para el control social se multiplican; además de la familia existen los grupos guerrilleros; además del vecindario propio hay grupos de campesinos perseguidos más o menos beligerantes; el ejército militar y los grupos de ejércitos civiles, los grupos urbanos que intervienen directa o indirectamente en la violencia y por ella en las comunidades rurales. Todos estos grupos con sus diferentes patrones y valores de conducta relajan el control social, en una forma semejante a lo que ocurre en las ciudades. El campesino habituado a actuar sin reflexión ni crítica, de acuerdo con patrones, pierde toda norma de conducta y se irá adaptando, en cuanto le sea posible, a los diferen-

tes grupos de referencia. La conducta anómica se generaliza en esta forma dentro del conglomerado campesino como un efecto del rompimiento del aislamiento social del vecindario. Las comunidades rurales que han sufrido el fenómeno de la violencia están abiertas a toda clase de contacto cultural. El rompimiento de su aislamiento social ha hecho perder importancia al vecindario de la vida social del campesino y ha establecido nuevas instituciones a la escala regional y nacional que caracterizan la nueva sub-cultura originada por la violencia.

En forma similar a lo ocurrido con el aislamiento social se produce en el área rural un relajamiento del control social local por la multiplicación de controles que son independientes del lugar geográfico. Esta multiplicación de controles diversos se explica por la diversificación de las actividades rurales. Sin embargo, dicha diversificación no obedece a un fenómeno de desarrollo de la productividad económica, sino a actividades de destrucción, de defensa o simplemente de subsistencia, difícilmente enmarcables dentro de un plan de desarrollo socio-económico para el país. Podemos decir también en este caso, que encontramos fenómenos sociológicos de urbanización, sin los fenómenos concomitantes de industrialización y de creación de ciudades.

Los nuevos organismos de control y la relajación de éstos, han llevado a una conducta más reflexiva y más crítica, pero de acuerdo con una escala de valores completamente patológica.

d) Individualismo.

El aislamiento produce en general la existencia de grupos y sociedades cerradas. Sin embargo, cuando a ese aislamiento se une el trabajo aislado de cada individuo, el individualismo surge como una secuela lógica. Este es el caso en las sociedades rurales de estructura minifundista o de ocupación estacionaria de las cosechas. Los intereses son entonces individuales y la colaboración sólo surge en función de éstos. Instituciones como «la minga», «la mano vuelta», «el convite», tienen un carácter transitorio y no contradicen sino que confirman la conducta individualista en cuanto ésta se entienda como resultante de la búsqueda de objetivos en función de intereses predominantemente personales. El individualismo es una actitud que se define por motivación. Sin embargo, la conducta social es un índice, y a veces el único conocido y conocible, de la motivación de los individuos.

Dado el predominio del minifundista y del cosechero dentro de la población campesina colombiana, podemos asegurar que la actitud individualista es bastante generalizada, especialmente en las áreas más aisladas. Los hábitos colectivistas que tenían algunas comunidades indígenas, puede decirse que han desaparecido dentro de la mayoría de los campesinos colombianos.

La violencia rompe en gran parte el individualismo campesino. Las fuerzas oficiales introducen sistemas de conducta donde se hace indispensable el trabajo en equipo. En forma similar son organizadas por el gobierno las llamadas «guerrillas de paz», para combatir a los bandoleros.

Las fuerzas de guerrilleros, formal e informalmente constituyen elementos de trabajo colectivo que también quebrantan el sentido individualista de nuestro habitante rural.

Formalmente se establecen «Normas Organizativas de las Fuerzas Guerrilleras».⁸ En ellas los intereses colectivos priman sobre los intereses individuales.

Informalmente, los guerrilleros debían trabajar en equipo para todas sus labores tanto bélicas como de subsistencia. Inclusive se establecen grupos como el de Pato, en donde por esfuerzo colectivo se construyó un trapiche, se sembró una huerta, se organizó la producción de panela y la rocería de los campos, así como las siembras, el deshierbe y las cosechas.

La solidaridad de grupo propia de toda comunidad marginal y en especial de todo grupo considerado fuera de la ley, se verifica plenamente dentro de los grupos guerrilleros.

Dentro de los campesinos la violencia crea circunstancias por las cuales ellos tienen que romper con su individualismo; las migraciones conjuntas, la defensa de las comunidades rurales, la organización para la producción, etc., crean una mentalidad de cooperación, de iniciativa y de conciencia de clase, tenemos una situación social nueva en la comunidad rural colombiana, que hace que dicha comunidad constituya un elemento social con cohesión interna, con iniciativa y con dinamismo frente a las posibilidades del cambio social.

e) Conflicto con el extra grupo.

Los grupos rurales descritos con las características anteriores son necesariamente cerrados «con un fuerte sentido de solidaridad», según la des-

⁸ «La Violencia en Colombia», loc. cit., pág. 142.

cripción de Redfield,⁹ solidaridad interna que está generalmente en relación directa con el grado de conflicto respecto de los elementos extra grupo. Nuestras comunidades rurales tienen, en efecto, una actitud de desconfianza respecto de las instituciones, de los líderes y en general de las personas que no pertenecen a su grupo social.

Las instituciones pertenecientes al extragrupo podemos clasificarlas en oficiales, eclesiásticas y privadas. Es necesario hacer notar que muchas de las instituciones oficiales, eclesiásticas y privadas pertenecían al mismo grupo campesino, en el sentido de que eran identificadas con la comunidad rural mucho más que con el gobierno, la iglesia u otra entidad de nivel nacional. El empleo del pronombre personal de primera persona en plural, «nuestro», en relación a la iglesia (como edificio) al palacio municipal y algunas de las haciendas, nos revela ese sentimiento de solidaridad con dichas instituciones.

Sin embargo, la actitud respecto a instituciones oficiales a un nivel superior al nivel municipal, no era una actitud de conflicto abierto sino más bien de reserva y aun de desconfianza; lo mismo podemos decir de la actitud respecto a entidades eclesiásticas y particulares no pertenecientes a la localidad.

No obstante, es indispensable distinguir en el área rural dos tipos de comunidades muy diferentes: la perteneciente al pueblo y las pertenecientes a las veredas. Dentro de estos dos tipos existía, antes de la violencia, una relación de acomodación en la cual las comunidades veredales estaban subordinadas a la comunidad del pueblo; esta acomodación algunas veces se convertía en conflicto, especialmente por razones políticas. Razones políticas que posiblemente eran un símbolo para manifestar un conflicto latente ocasionado por la situación de inferioridad de las veredas respecto de la cabecera del municipio.

Entre las diferentes veredas encontrábamos también una relación de competencia que en ocasiones se resolvía por un conflicto, rara vez violento. Sin embargo, pocas veces encontrábamos una relación de acomodación entre una vereda y otra, y el conflicto común con la cabecera del municipio hacía que las tensiones veredales disminuyeran y se creara una relación de solidaridad entre las mismas veredas.

⁹ Loc. cit.

Con la violencia las relaciones humanas entre la sociedad rural se transformaron fundamentalmente. Las instituciones oficiales, eclesiásticas y civiles, aun de carácter local, fueron consideradas en muchas ocasiones como instituciones extragrupos rompiendo la integración de éstas al grupo campesino. Como por otro lado las relaciones con las mismas instituciones al nivel departamental o nacional se hicieron de conflicto abierto y muchas veces violento, también con estas instituciones al nivel local, se estableció una relación de conflicto.

La acomodación respecto del gobierno, la iglesia y los patronos se destruyó. Esta misma relación de acomodación entre la vereda y el pueblo también sufrió un cambio. Algunos elementos del pueblo se aliaron con las instituciones oficiales, eclesiásticas y civiles que estaban en conflicto con el grupo campesino y otras se solidarizaron con este grupo en contra de los anteriores. Los elementos del «pueblo» entraron en una relación de cooperación con los elementos de la vereda por una parte o con las instituciones extrañas por otra.

Las relaciones entre las veredas han tenido varias etapas; los ligeros conflictos anteriores a la violencia se agudizaron, adquiriendo un cariz netamente político al comienzo. El campesinado de base se agrupó bajo los símbolos de los partidos tradicionales, liberal y conservador, en actitud de conflicto violento. Los grupos comunistas surgieron como tercer elemento, en ocasiones como grupo campesino de aquéllos que no deseaban un conflicto con otros campesinos sino con las autoridades formales e informales.

El primer efecto de la violencia fue dividir al campesinado. A medida que el estado de violencia se hizo crónico, se presentó un importante fenómeno de cambio social; en el caso de que la presión violenta del extragrupo disminuye y las necesidades socio-económicas crecen, se crea un nuevo tipo de solidaridad entre los campesinos liberales, conservadores o comunistas. Esto ocurrió, por ejemplo, en el Valle del Cunday a principios del año 1961.

Este nuevo tipo de solidaridad es más orgánico que mecánico, más racional que sentimental y borra no solamente las divisiones existentes entre los grupos campesinos antes de la aparición de este fenómeno.

En relación a los líderes, antes del fenómeno de la violencia se encontraba en las sociedades rurales una concentración del liderazgo en el «pueblo» o cabecera del municipio. Allí se encontraban los líderes burocráticos, trá-

dicionales y carismáticos.¹⁰ Algunos de estos últimos se encontraban también en las veredas, pero no tenían mucha influencia en las decisiones oficiales, en el gobierno de la comunidad rural a la escala municipal, reservándose una pequeña cuota de poder informal a la escala «veredal».

La estructura del liderato campesino cambió con la implantación de la violencia. Los líderes carismáticos de la vereda adquirieron una importancia muchas veces mayor que la de los líderes del «pueblo» o cabecera municipal. Los líderes tradicionales o gamonales del pueblo, que se adhirieron a las instituciones patrocinadoras de una violencia adversa perdieron su liderazgo dentro del resto del campesinado, lo mismo sucedió a los líderes carismáticos y por lo tanto dejaron de ser líderes carismáticos en el sentido propio del concepto.

Es muy lógico que en los procesos electorales haya surgido un nuevo tipo de gamonalismo veredal con el cual necesariamente tienen que pactar los directorios políticos, en vista a obtener una colaboración de la masa campesina.

Con relación a otras personas del extragrupo, podemos afirmar que el sentimiento de solidaridad o de desconfianza con respecto de ellas estaba estrechamente condicionado a la actitud que éstas observaron durante la violencia. En efecto, muchos elementos extragrupo, inclusive de clase alta y origen urbano fueron aceptados dentro del grupo campesino, siempre y cuando se manifestaran solidarios en su lucha armada; y muchos elementos genuinamente rurales fueron rechazados si se manifestaban solidarios con grupos adversos en esta misma lucha.

La solidaridad con las personas se hizo más a base de intereses comunes que de origen ecológico, mucho más por motivos racionales que por motivos tradicionales.

El conflicto con los elementos extragrupo y la reestructuración de las relaciones sociales en las comunidades rurales cambia fundamentalmente la estructura de nuestro campesinado, creando un nuevo tipo de solidaridad campesina más racional y que es la base de un conflicto con los elementos extragrupo que no se identifican con los intereses de esta comunidad.

¹⁰ Clasificación tomada de Max Weber, «Economía y Sociedad» Fondo de Cultura Económica de México, que es la aceptada por la generalidad de los sociólogos.

g) Sentimiento de inferioridad.

El sentimiento de inferioridad del campesino respecto de los habitantes urbanos ha sido generalmente aceptado por los estudiosos de los fenómenos sociales. Este sentimiento ha sido habitualmente descrito como un fenómeno psicológico individual. Sin embargo, en el caso de que este fenómeno represente una actitud colectiva podemos aplicarlo, haciendo las salvedades conceptuales del caso, en análisis psicológico social. El sentimiento de inferioridad del campesino se ejercía fundamentalmente respecto de las instituciones y de los individuos pertenecientes a la sociedad urbana, traduciéndose por diferentes tipos de relación, ya de acomodación, ya de conflicto. La violencia dio a los campesinos una seguridad en la acción en contra de elementos urbanos, de instituciones, personas y patrones de conducta, que los campesinos referían a la comunidad urbana. En realidad los grupos guerrilleros de campesinos no han hecho nunca incursiones directas en las grandes ciudades colombianas. Con todo, el sentimiento de inferioridad, en materia bélica, ha sido suplantado por el sentimiento de superioridad. En la «guerra de guerrillas» los campesinos tienen la conciencia de que han vencido sobre el ejército, de que han logrado derrotar una institución de tipo urbano, que constituye la base de la defensa de nuestras ciudades.

Haciendo caso omiso de la verdad o falsedad objetivas de este nuevo sentimiento, tenemos que constatar el cambio psico-social que implica, ya que un elemento esencial para constituir un grupo de presión es que ese grupo tenga seguridad en la acción respecto a aquellos grupos sobre los cuales considera necesario el ejercicio de la presión social.

2.—Variables propias de las sociedades rurales de países subdesarrollados.

a) Ausencia de movilidad vertical ascendente.

La movilidad social ha sido siempre considerada como un elemento de cambio social. Sin embargo, nos parece necesario distinguir entre una movilidad social simplemente material y una movilidad socio-cultural.

La movilidad social material consiste en el simple paso de individuos de un grupo social a otro, de un área geográfica a otra, de un status o de una clase social a otras.

La movilidad social cultural implica necesariamente el cambio de las estructuras de los valores, de la conducta, y por ende de las instituciones sociales, como consecuencia de la movilidad material. La relación entre la

movilidad social material y la movilidad socio-cultural es evidente, tanto desde el punto de vista cuantitativo, cuanto desde el punto de vista cualitativo.

Cuantitativamente: Si el paso de individuos de un grupo a otro o de un área a otra, se realiza en forma masiva, es muy difícil evitar que en el proceso de asimilación se produzcan cambios socio-culturales, tanto en los individuos que llegan cuanto en los individuos que reciben. El conformismo de los que pasan no puede ser debidamente controlado.

Por el contrario, si el paso lo realiza un grupo pequeño y en forma lenta, es muy probable que los patrones socio-culturales de la sociedad que recibe permanezcan prácticamente inmutables y los elementos nuevos sean los únicos transformados por la movilidad social, ya que en este caso, se impondría el conformismo como requisito para la aceptación de los nuevos elementos.

Cualitativamente, es necesario distinguir el tipo de individuos que se movilizan. No es lo mismo el ascenso de un líder que el ascenso de una persona sin influencia en su grupo social. También es necesario distinguir los requisitos de la movilidad social. Es posible que para una movilidad horizontal no existan exigencias de parte de la comunidad receptora, mientras que para una movilidad vertical ascendente sea necesario ajustarse a los patrones de ascenso social de las instituciones que controlan ese ascenso, es decir, sea necesario el conformismo.

En el presente análisis consideramos la movilidad social no solamente desde el punto de vista material, sino desde el punto de vista socio-cultural, por cuanto en nuestro parecer este aspecto es el que más directamente interesa al estudio del cambio social.

No obstante que la movilidad social en el campo con relación a la ciudad es una característica general, en los países subdesarrollados presenta caracteres más agudos.

Es difícil hacer esta constatación respecto de la **movilidad horizontal**, si por ella entendemos la corriente migratoria hacia los centros urbanos. El rápido crecimiento de las grandes ciudades de los países subdesarrollados, debido fundamentalmente a la migración del campo, es un indicio de que la movilidad horizontal rural en estos países es mayor que en los países desarrollados. Además, a pesar de las deficiencias de los transportes, los factores de expulsión del campo y de atracción a la ciudad tienen una mayor importancia en los países no industrializados.

En cuanto a la **movilidad vertical descendente**, dada la existencia de círculos viciosos descendentes, dentro de la estructura socio-económica de los países en desarrollo, es mucho más fuerte en éstos que en los desarrollados, especialmente en lo que a áreas rurales se refiere. El aumento de población rural no puede ser seguido por el aumento de la productividad. La subdivisión de la tierra recrudece el problema del minifundio, y aumenta con cada nueva generación. La mano de obra se abarata con el aumento de la población que no va acompañado de un aumento proporcional de oportunidades de trabajo y de productividad.

En lo que hace a la **movilidad vertical ascendente**, trataremos de analizar la situación en los países subdesarrollados, basándonos en un análisis de los canales de ascensión social en estos países.

Consideramos que este análisis nos permite ver tanto el aspecto cuantitativo como el aspecto cualitativo, para así tratar de determinar los requisitos impuestos por las instituciones que controlan el ascenso, requisitos que están estrechamente ligados al aspecto cuantitativo, a causa del volumen de población que pasa de una clase a otra.

Dentro de estos canales queremos considerar los siguientes como los principales: el canal económico, el cultural, el político, el burocrático, el militar y el eclesiástico.

CANAL ECONOMICO

La posesión de bienes de producción y bienes de consumo constituye, en general, un medio rápido de ascenso en la escala social. En un régimen de empresa privada, la habilidad para enriquecerse es absolutamente relativa a la calificación como empresarios, que tenga el promedio de la población. En otras palabras, la competencia para ascender en lo económico, no requiere necesariamente una calificación a largo plazo, como es el caso en el terreno de lo cultural, lo militar o lo eclesiástico. La competencia en la **posesión y utilización** de bienes y servicios no requieren más calificación que la relativa, sin ninguna exigencia por parte de la naturaleza misma de este canal de ascenso.

Poseer y utilizar es algo que todo el mundo sabe hacer. Es mucho más fácil aún que **administrar o mandar**. Por eso el canal económico es, en sí mismo, aún más rápido que el burocrático y el político.

Por otra parte, del ascenso económico dependen las necesidades vitales del hombre en un régimen de empresa privada y aun en un régimen colectivista en lo que a los bienes de consumo se refiere.

Por estas dos razones, entre otras, la oclusión del canal económico para el ascenso social constituye una de las más serias frustraciones sociales, especialmente en los países subdesarrollados en donde la calificación humana es baja y el ingreso nacional es reducido. Cuando esta frustración se hace consciente y se abren posibilidades de solución, aparece el verdadero «problema social». Ahora bien, una de las características de los países subdesarrollados es la de concentración de los bienes y de los servicios en pocas manos. Los pocos poseedores, en general, obstruyen los canales de ascenso económico mientras el abrirlos no les aporte una ventaja. Los que comienzan a salir de su mentalidad feudal de poseer en lugar de producir, los que comienzan a tener una mentalidad capitalista, de mayor productividad, abrirán los canales económicos a aquéllos que puedan llegar a ser mejores consumidores. Los abrirán también en la medida en que una presión social de abajo hacia arriba haga peligrosa la estructura económica de la que estos pocos poseedores usufructúan. Sin embargo, estas dos circunstancias (mentalidad de productividad y presión social de base) son dos índices de comienzo de desarrollo. En donde no existen, la obstrucción del canal económico de ascenso es casi total. Esta oclusión es mayor en las áreas rurales; la baja productividad de la empresa agropecuaria y la economía de subsistencia en las áreas rurales de los países subdesarrollados, hace que la demanda efectiva de productos aumente más lentamente con el aumento de ingresos per cápita, que lo que aumenta en las áreas industriales. Además, el tradicionalismo rural impide el cambio rápido de los hábitos de consumo en la población campesina. Esto hace que, aunque exista la mentalidad entre los poseedores de abrir canales de ascenso económico para aumentar el consumo y la demanda, los habitantes del campo sean los últimos en ser considerados como futuros clientes.

Respecto del miedo a la presión social, los campesinos también están en condiciones de inferioridad. El aislamiento social, el individualismo, el tradicionalismo, hacían difícil que el campesino se constituyese en un grupo de presión. Sin contactos sociales que desencadenaran cambios de esas y otras variables, el campesinado no constituirá un peligro para la estructura económica vigente.

Como lo anotamos atrás, la violencia hace que el campesinado comience a constituirse en un grupo de presión. La violencia que dio a éste conciencia de sus necesidades, conciencia de sus propios recursos humanos para superarlos, lo saca de la pasividad tradicional y lo organiza con la

solidaridad de grupo para fines bien específicos. Desarrolla el conflicto respecto del extra-grupo y lo institucionaliza.

En lo que se refiere directamente al ascenso social por el canal económico, la violencia tuvo dos efectos primordiales: en primer lugar creó los contactos necesarios para despertar la conciencia campesina respecto de su miseria, agudizando ésta en todas las áreas en donde el fenómeno se produjo; en segundo lugar y simultáneamente, introdujo instrumentos para lograr fines económicos en todas las escalas de la jerarquía social. Desde el efecto político-económico de asegurar un botín burocrático para la clase gobernante, pasando por la adquisición de grandes fincas devaluadas por la violencia¹¹ por la confiscación de las cosechas, la abstención de pagos de deudas a personas públicas y privadas, hasta el negocio de tráfico de armas, la confiscación de animales y pequeñas propiedades, etc. El campesino, junto con la conciencia de su miseria, adquirió por fenómeno de la violencia instrumentos considerados como anómicos por la sociedad colombiana, pero que resultaban eficaces para el ascenso social. Tanto en este canal como en los que analizaremos a continuación, veremos como la oclusión de las vías normales de ascenso, siempre y cuando exista una presión en la escala social para subir, produce la creación de canales anormales o patológicos, si estos canales se presentan como más eficaces.¹²

Después de la violencia el campesino ha tomado el hábito de buscar su ascenso económico o al menos su subsistencia por cualquier canal.

Aceptando la existencia de una criminalidad definida entre los grupos guerrilleros, las nuevas generaciones de campesinos podrán combatir eficazmente la violencia si no se abren canales normales de ascenso económico que resulten eficaces para la mayoría de la población rural.

CANAL CULTURAL*

* Por «cultura» entendemos el conjunto de valores, patrones de conducta e instituciones que se transmiten de una generación a otra, dentro de una sociedad. No incluye ningún juicio de valor favorable.

Cuando hablamos de ascenso social cultural queremos referirnos a la adquisición de aquellas formas culturales que pertenecen a una clase o status social superiores. Estas formas se pueden adquirir directa o indirectamente.

¹¹ «La Violencia en Colombia», 2a. Ed., Op. cit. pág. 274 et passim.

¹² Empleamos las palabras normal y anormal con relación a los patrones culturales aceptados formalmente por la mayoría de la sociedad colombiana.

Indirectamente, si se ha llegado a un determinado status o clase por un canal distinto al cultural y se adquieren esas formas por integración y asimilación a la nueva clase o status. Directamente por la integración y asimilación formal de los nuevos valores e instituciones que se realiza mediante la educación institucionalizada.

Así queremos referirnos a esta última forma de adquisición directa.

a) Enseñanza primaria.

Dada la escasez de planteles educativos y de maestros para la enseñanza primaria en los países subdesarrollados (alto grado de analfabetismo), dada la concentración urbana de la enseñanza, dado el ausentismo escolar, debido principalmente a razones económicas, las posibilidades de adquirir nuevas formas culturales están limitadas a una parte de la sociedad y en una proporción desfavorable para el campesino. En Colombia, el sistema rural de escuela alternada, agrava aún más esta situación. La escasez de planteles y de horas de clase y la concentración urbana hacen que, en general, haya una correlación positiva entre status económico y nivel de escolaridad primaria. Esta correlación se hace mayor si consideramos que al ausentismo escolar, debido en gran parte a la necesidad de hacer trabajar a los niños, tiene una gran influencia en la escolaridad.

En esta forma vemos como la oclusión del canal de ascenso económico tiene una influencia importante en la oclusión del canal de ascenso cultural en esta fase primaria.

b) Enseñanza secundaria.

La incidencia del factor económico sobre el canal cultural se hace predominante en el nivel secundario de enseñanza, en aquellos países en los cuales, como en Colombia, la enseñanza secundaria privada y eclesiástica, representa una mayoría de la enseñanza secundaria (82% de los alumnos). Es lógico que ésta, sin subsidios y sin controles eficaces, es costosa y se hace patrimonio casi exclusivo de la clase económicamente alta. Los escasos colegios oficiales o de bajas pensiones constituyen una minoría. Sin embargo, aun dentro de estos mismos planteles, las influencias provenientes de los detentores del poder económico impiden la capitularidad total de dichos establecimientos. Respecto al resto, la influencia de lo económico es claramente predominante.

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el ascenso cultural, en esta etapa secundaria de la escolaridad, está determinado por las posibilidades de ascenso económico. Si éste está obstruido, lo estará también aquél.

c) Enseñanza universitaria.

La enseñanza universitaria en los países subdesarrollados no es especialmente costosa en cuanto a pago de pensiones se refiere. Las instituciones privadas no tienen tanta importancia como para que el promedio por matrícula y derechos de estudio que deben pagar los estudiantes, sea demasiado alto. (En Colombia 50% aproximadamente de los estudiantes). Esto no excluye la existencia de pensiones altas para esa minoría de universitarios que asisten a las universidades privadas.

La oclusión de esta etapa del canal cultural se produce más por las limitaciones cuantitativas y las limitaciones a la capilaridad de la etapa anterior (de la enseñanza secundaria). El cupo es generalmente muy reducido con relación a la demanda. En Colombia, donde tenemos un freno tan acentuado en la enseñanza secundaria, de 16,000 estudiantes que se presentaron como aspirantes a ingresar a la Universidad en 1958, solamente lograron hacerlo 9,800. Además se calcula que de los ingresados solamente el 40% llega al final de la carrera.¹³ Esta restricción cuantitativa hecha a base de selección perfeccionista tiene múltiples causas (dentro de las cuales está el burocratismo). Sin embargo, es necesario reconocer que la pobreza de las universidades oficiales con relación a la necesidad de dirigentes que tienen los países subdesarrollados, es bastante notoria. Esto hace que el factor económico determine en buena parte la oclusión del canal cultural en esta fase. Con todo, es necesario llevar el análisis más adelante. El perfeccionismo en la selección y la especialización, en que insisten los programas universitarios, representan en parte instrumentos de la élite intelectual para obstruir el canal cultural de ascenso y descartar lo más posible la competencia que pondría en peligro sus privilegios. Sabemos que toda especialización, al diversificar la competencia, la debilita. Esto explica por qué no obstante aunque ni la estructura de los países en desarrollo, ni las tendencias universitarias actuales lo aconsejen, se insista tanto en especializaciones propias de países industrializados y en seleccionar un minimum de futuros profesionales basándose en criterios perfeccionistas. Como conclusión, podemos afirmar que el canal cultural de ascenso en esta fase superior, se encuentra obstruido por factores económicos y culturales.

¹³ Datos tomados de la «Estadística de la Educación Superior», 1958, Asociación Colombiana de Universidades, Bogotá, D. E., 1961.

Es necesario hacer notar que en el nivel profesional es muy difícil poder ascender sin un criterio conformista respecto de las élites culturales en los países en desarrollo. Estas élites, por tener el control de ascenso, es raro que lo toleren por individuos que quieran mermar ese control. Claramente vemos en la universidad cómo el nivel de conformismo asciende a medida que se acerca el fin de la carrera y se necesita ser aceptado por la élite profesional que se mantiene como tal gracias a las estructuras vigentes.

Estos requisitos de ascenso hacen que la movilidad social por este canal sea más de carácter material que de carácter sociocultural, lo que implica una ausencia de cambio en las estructuras sociales del país.

Respecto de las áreas rurales, sería interesante hacer un estudio más a fondo del porcentaje de estudiantes de origen campesino que está en la universidad,¹⁴ y en la enseñanza secundaria. Dada la estructura antes descrita, podríamos afirmar que es una minoría. En esta forma, la obstrucción del canal cultural es aún más profunda respecto del campesinado.

No obstante algunas exigencias esporádicas de instrucción formal que los grupos guerrilleros hacían a sus miembros, no podemos decir que la violencia hubiera constituido un nuevo canal en el ascenso social por la vía cultural formal. Por el contrario, la ya precaria instrucción de nuestras zonas rurales fue afectada por la destrucción de las escuelas, la fuga de los maestros, y la imposibilidad de los niños para asistir a los planteles educacionales. Sin embargo, es importante anotar que, después de haber sufrido el proceso, los campesinos tienen una conciencia mayor de la necesidad de educarse y si, por los otros factores antes anotados, el campesinado se ha constituido en un grupo de presión, esa necesidad sentida de instrucción y de progreso será uno de los objetos primordiales de su acción.

Durante las encuestas hechas para llevar a cabo proyectos de Reforma Agraria, se ha podido constatar como quizá la primera necesidad sentida por el campesinado colombiano de las zonas de violencia, es la necesidad de una escuela para poder mandar a sus hijos. La violencia no ha constituido un progreso en la instrucción formal del campesino sino por la reacción que ha producido y por el deseo de progreso que ha sembrado entre los campesinos azotados por el fenómeno.

¹⁴ Robert Williamson: «El estudiante colombiano y sus actitudes», Fac. de Sociología, Monografía No. 13, Bogotá, 1962. Trae un porcentaje de 6.2 de hijos campesinos.

CANAL POLITICO

Como el canal de ascenso cultural, el canal del ascenso político lo encontramos también dividido en niveles diferentes y en sus aspectos de formal e informal. Por ascenso político entendemos, en general, el ascenso en el poder de un gobierno coercitivo sobre las personas. Este gobierno coercitivo puede hacerse dentro del estado o por medio de las presiones individuales y colectivas. Nosotros tomaremos el concepto restringido del poder político, considerándolo como «acción política en cuanto tal», es decir, dentro de la estructura del Estado, como acción política formal.¹⁵ Ahora bien, esta acción política formal se ejerce por medio de funciones del Estado. Por eso nos limitaremos a examinar la posibilidad de ascenso en las posiciones políticas del gobierno, excluyendo de este canal la administración (que está considerada en el canal burocrático). Dentro de estas posiciones encontramos las del nivel nacional, de nivel departamental y las de nivel municipal.

Las de nivel departamental y nacional están prácticamente vedadas para la masa campesina, en los países subdesarrollados. Fuera de algunas pocas excepciones en aquéllos de éstos, en donde existen verdaderos partidos agrarios de raigambre popular, y de fuerza electoral, el campesinado está excluido de cargos a estos niveles.

Respecto de los cargos a nivel municipal, debemos analizar los procesos de ascenso y sus requisitos para constatar la capilaridad del canal político, aunque sea en esta primera etapa.

En general podemos decir que estos criterios de selección de los funcionarios oficiales en los países subdesarrollados y en América Latina, en especial, no se hacen a base de criterios objetivos de eficiencia profesional y administrativa, sino basándose en criterios económicos, sociales y electorales.

La institución del «gamonalismo», aunque es más una institución informal de acción políticamente orientada¹⁶ que una institución política formal, tiene una gran influencia en los criterios para proveer los cargos oficiales. El «gamonal»¹⁷ es un candidato en sí mismo o es un elemento decisivo en la elección del candidato o consejero, alcalde, juez o cualquier otro

¹⁵ Cfr. Max Weber, Op. cit.

¹⁶ Cfr. Max Weber, Op. cit. loc. cit.

¹⁷ «Gamonal» se llama en Colombia al líder tradicional a la escala local.

cargo a la escala municipal. Su influencia está basada en la superioridad económica y social que tenga transcendencia en los fenómenos electorales.

Aun en países en donde (como en Colombia) la elección de la mayoría de los funcionarios municipales es más administrativa que electoral, la influencia sobre los votos es un criterio decisivo en la elección de éstos. Sin embargo, dentro de este canal no consideraremos los funcionarios que no tengan un poder de decisión de carácter coercitivo sobre los ciudadanos, para diferenciar el cauce burocrático del canal político. Dentro de los funcionarios formalmente políticos tenemos a los consejeros municipales, al alcalde y al juez (para el caso colombiano). A los militares no les consideraremos como funcionarios y por eso dedicaremos un análisis especial a ese grupo social.

Los otros funcionarios municipales pueden tener una influencia política pero no son funcionarios políticos en el sentido explicado arriba.

En algunos países subdesarrollados, como en Colombia, ciertos funcionarios políticos municipales son nombrados por las autoridades regionales y centrales. En este caso, el nombramiento se hace principalmente a base de la adhesión que los candidatos presten a la política gubernamental, siempre y cuando esta adhesión esté unida al prestigio social en su comunidad. Son, pues, definitivos en este caso, como factores de ascenso político, aquéllos que determinan los criterios de los mandatarios centrales y aquéllos que constituyen el prestigio social a la escala municipal.

Naturalmente que para hacer afirmaciones fundamentadas sobre dichos factores sería necesario hacer investigaciones detalladas y científicas. Con todo, a manera de hipótesis de trabajo podemos afirmar que los que detentan el poder, por ser una minoría, que en general no ha ascendido gracias a calificaciones y criterios objetivos de selección, tendrá como características:

- 1) La actitud conservadora respecto de las estructuras vigentes.
- 2) La inseguridad social.
- 3) La agresividad respecto de los miembros del extragrupo.

1) Al hablar de las estructuras vigentes, nos referimos aquí principalmente a los canales de ascenso social que ya analizamos: los canales económico y cultural. Creemos que la minoría política está interesada en los mecanismos de obstrucción de esos canales porque en su modificación va su propia cabeza, si no como individuos, ciertamente como clase privilegiada.

Por esto, únicamente a los conformistas les es otorgado el ascenso social. Si esta élite política no es en sí misma poseedora de los bienes de producción, depende estrechamente de la élite económica de la cual es subsidiaria en su vida pública y por lo tanto en su vida personal, ya que la política económica, tan básica en política general de los países subdesarrollados, no podrá llevarse a cabo sin la colaboración de esa élite.

Además, si pertenece a la élite cultural (lo que generalmente debe ser el precio que paga el jefe político a la clase dirigente por no pertenecer a la élite económica), la influencia del poder económico también se ejerce directa e indirectamente, como lo explicamos al hablar del canal cultural de ascenso social.

2) La inseguridad social en la posición directiva es un resultado de la subjetividad en los criterios de ascenso. El individuo que asciende depende de otra persona y no de requisitos objetivos e impersonales, que le aseguren su estabilidad ocupacional.

3) La agresividad es un resultado natural de la situación como minoría y como minoría insegura.

Las características de la élite política que consideramos atrás, producen una oclusión del canal político de ascenso social para los funcionarios políticos que dependen de su designación, de la minoría política, más aún, de las personas mismas de esa minoría que ejerce el poder central. Dentro de los factores de oclusión, el factor económico con y por el cultural, parece predominante. El criterio fundamental para el ascenso político tiene que ser, por lo tanto, el conformismo respecto de las personas de la clase dirigente, claro está que ante una igualdad en el grado de conformismo, se escogerá al más capacitado. Sin embargo, esta estructura del ascenso político hace que la movilidad vertical sea puramente material y que las estructuras socio-culturales se preserven de todo cambio social.

En cuanto al prestigio social a la escala municipal, vemos que el factor económico es igualmente predominante. En la influencia política del gamonal debemos considerar este factor como básico. La simpatía personal, la habilidad, deben estar subordinadas a un respaldo económico propio o ajeno. Sin embargo, a la escala municipal las dos primeras cualidades tienen una relativa importancia, ya que las relaciones primarias también la tienen; más aún en el área rural.

El prestigio social no es solamente la base de la selección de los funcionarios nombrados en forma jerárquica sino bien de aquellos elegidos en forma democrática. Por eso, estos criterios de prestigio social, rigen también el ascenso político de los funcionarios elegidos.

Con todo, la influencia del factor económico no actúa únicamente a través del prestigio, sino que aún directamente, respecto de los funcionarios elegidos. El proceso electoral se hace bajo una serie de presiones económicas tales como la amenaza de despido o la promesa de alguna prebenda. Las elecciones, en los países subdesarrollados, aun sin mencionar el fraude electoral, son dirigidas por las minorías a través de los directorios políticos centralizados y de los gamonales, a través de presiones económicas, sociales y religiosas que tiendan a procurar el respaldo a las estructuras vigentes, a consolidar la oclusión de los canales de ascenso social. Es decir, presiones que hagan seleccionar únicamente a los elementos conformistas.

En esta forma vemos como el canal político de ascenso social está obstruido, en los países subdesarrollados, para una mayoría de la población que no tiene recursos económicos ni amistad personal con los detentores del poder económico, ni cultura formal suficiente unida al poder económico y/o a la amistad en referencia: amistad que está ligada estrechamente al conformismo respecto de las estructuras vigentes.

La violencia estableció un nuevo sistema de gobierno informal en las áreas campesinas en donde surgió. Aunque sería difícil determinar el porcentaje de antiguos líderes tradicionales o gamonales dentro del nuevo liderazgo guerrillero, es evidente que muchos de estos nuevos jefes no hubieran nunca logrado el poder que adquirieron por medio de la violencia,¹⁸ dentro de las estructuras normales de ascenso social.

Los campesinos a quienes había sido vedada toda posibilidad de influjo en el gobierno de su propio destino y de los destinos del país, encontraron en las diversas escalas del nuevo poder establecido por la violencia, la oportunidad de ascender.

Se ha hablado de la existencia de repúblicas en el interior del país; se sabe que hay zonas controladas por jefes guerrilleros. El hecho es que a la escala regional ha surgido un gobierno informal y anónimo que tiene, en ocasiones, más poder que el gobierno legal.

¹⁸ «La Violencia en Colombia», Op. cit. Capítulo VI, Semblanzas de jefes guerrilleros.

Como lo dijimos antes, no es de extrañar que los directorios políticos traten de pactar con los nuevos líderes. El gamonalismo tradicional comienza a perder influencia en favor de un liderazgo guerrillero, mucho menos conformista. Esta transformación de poder ha influido sobre la estructura social de nuestras comunidades rurales. La clase media que habita en los núcleos centrales de los municipios («pueblos») que usufructuaba los beneficios del poder, de la administración y del control económico y social en general, ha perdido su fuerza por la importancia adquirida de esos grupos periféricos capitaneados por nuevos jefes en las veredas de los municipios.

Podemos decir que, en cierta manera, el poder político informal se ha democratizado en nuestras áreas rurales y ha adquirido una actitud francamente anticonformista. Actualmente en forma patológica y anónima. Sin embargo, constituye una base para la promoción del campesinado veredal que hasta entonces había sido un grupo marginal, tanto respecto del país como de la misma comunidad rural.

Si la Acción Comunal, la Reforma Agraria y los demás movimientos populares encauzados por el gobierno dentro de las comunidades agrícolas, no logran abrir canales normales (claro está indirectamente) para el ascenso político de los líderes campesinos de base, la violencia seguirá siendo el único canal político de ascenso, efectivo para el campesinado colombiano no conformista.

De todas maneras, aunque surjan nuevos canales de ascenso normal la estructura de éstos será necesariamente diferente de la de los canales actualmente existentes. El requisito para el ascenso futuro no podrá ser más el conformismo político; los nuevos pactos con los líderes campesinos tendrán que ser hechos a base de la influencia popular que éstos tengan. Influencia que, a la vez estará cimentada más en la eficacia que en criterios subjetivos.

CANAL BUROCRÁTICO

El canal burocrático de ascenso social es el que se realiza a través de los cargos exclusivamente administrativos como en parte lo explicamos antes. Es decir, con cargos que tengan funciones ejecutivas dentro de normas preestablecidas y en el campo de la organización tanto pública como privada. Por lo tanto es necesario considerar el ascenso burocrático dentro de la administración pública y dentro de la administración privada.

BUROCRACIA PUBLICA

Los criterios de ascenso social dentro de la burocracia oficial siguen (como los definimos en el caso del canal político) criterios más subjetivos que objetivos como sucede en los países subdesarrollados, en general, y en los latinoamericanos muy especialmente.¹⁹ Dentro de estos criterios subjetivos está el de la influencia política, social y económica que pueda tener el candidato a empleado a los ojos del funcionario empleador. No quiere decir que estas influencias no puedan ser controladas objetivamente, por ejemplo por medio del número de votos puestos en la zona de influencia, por el prestigio familiar, por el ingreso per cápita, etc., etc. En lo que tratamos de insistir aquí, es en que esos criterios se reflejan a través del sujeto que hace la elección.

También entran dentro de estos criterios subjetivos, la simpatía personal del candidato, la afinidad ideológica y los compromisos familiares y de amistad.

Del concepto de criterio subjetivo se excluye el de la calificación profesional relativa a la función por llenar. No queremos en ninguna forma, excluir totalmente los criterios objetivos, de los criterios de movilidad ascendente. Lo único que queremos establecer es la prioridad de los criterios subjetivos. Dentro de éstos creemos que los que están condicionados por la influencia política y por la económica son los más importantes para el ascenso social. La burocracia es, en los países subdesarrollados, el medio más común para trabajar. En ella encontramos el porcentaje proporcionalmente más fuerte de inversiones del presupuesto nacional²⁰ y la menor exigencia de calificación profesional. Por esta razón el número de candidatos a la burocracia oficial excede al número de oportunidades. Este excedente en la oferta de trabajo es aprovechado por el empleador mediante la exigencia de aquellas cualidades en el candidato que le den una seguridad respecto a la estabilidad de su propio empleo.

Como lo explicamos atrás, las posiciones ocupadas gracias a criterios subjetivos son posiciones inseguras por depender más de las personas que de los requisitos universales pre-establecidos (como sucede en los países

desarrollados, en donde hay una carrera administrativa relativamente estricta y eficaz). Las calidades que dan más seguridad son las provenientes de la influencia política y de la posición económica del candidato al empleo.

La influencia política del empleado garantiza al empleador el respeto de los políticos que participan en el gobierno directamente como funcionarios, e indirectamente por los órganos de los partidos de los cuales depende su propia posición.

La influencia económica, además de obrar indirectamente sobre los políticos (según lo vimos cuando tratamos el canal político) garantiza una posibilidad de ascenso dentro de la empresa privada, en el caso de retiro de la burocracia pública.

Podemos concluir que, especialmente en los países subdesarrollados, el criterio económico de los que otorgan los puestos, influye predominantemente por y con el criterio político. Esto produce el hecho de que en estos países, gran parte de la lucha política esté motivada por la perspectiva de reparto del botín burocrático y de que la ideología política de los empleados oficiales siga los vaivenes de los resultados electorales y políticos en general. Es interesante, desde el punto de vista de la sociología política, el efecto producido en Colombia por el establecimiento de la paridad administrativa. La lucha burocrática se desplazó al seno de cada uno de los partidos tradicionales, produciendo escisiones profundas en éstos con claras consecuencias burocráticas para las fracciones internas.

En esta forma, el ascenso social por el canal burocrático está condicionado por las oclusiones existentes en los canales económico y político. Es decir, que el ascenso burocrático oficial depende, en gran parte y en última instancia, del conformismo con la minoría que detenta los poderes económicos, político y cultural.

BUROCRACIA PRIVADA

Para establecer los criterios de ascenso dentro de la burocracia privada es necesario distinguir el género de empresa privada en que ésta se emplee.

Si se trata de una empresa de carácter más feudal que capitalista, los criterios serán más subjetivos que objetivos.

Si se trata de una empresa de carácter más capitalista que feudal, los criterios serán más objetivos que subjetivos. En este sentido los criterios

¹⁹ Cfr. Handlin: «Clases Sociales en América Latina.» Ciencias Sociales. Unión Panamericana, Washington, D. C.

²⁰ En 1961 el presupuesto para burocracia es aproximadamente el 30% del Presupuesto Nacional. En Bogotá es aproximadamente el 60% para el mismo año.

subjetivos tendrán una orientación más negativa que positiva. Es decir, se usarán más como criterios de exclusión que de promoción. Dentro de éstos, uno de los principales es el conformismo del candidato. Sería bastante difícil que un individuo calificado pero inconformista lograra ascender en la escala burocrática privada. Esto nos hace concluir que aun a esta escala, la minoría privilegiada mantendrá el control de la situación sosteniendo la estabilidad de las estructuras actuales e impidiendo el ascenso que no establezca su propia posición.

De los efectos principales que tuvo la violencia sobre la administración pública, queremos anotar los tres siguientes: 1o. Establecimiento de un sistema militar administrativo informal. 2o. Descentralización de la administración. 3o. Aparición de nuevas presiones para controlar los cargos administrativos.

a) Establecimiento de un sistema militar administrativo informal.

Las guerrillas tuvieron un sistema militar administrativo informal. Como nos lo narra el libro de «La Violencia en Colombia», había diversos niveles en la organización guerrillera, desde la guerrilla propiamente dicha o escuadra, hasta la sección, la compañía, la agrupación guerrillera y la división guerrillera. Toda la administración militar tuvo que desarrollarse dentro de esta jerarquía y se crearon cargos no militares de administración como el de Comisario Político, Jefe de la Comunidad, Parcelador, Responsable de cada Vereda y Secretario General.²¹

Las normas impuestas a los guerrilleros contenían, además de prescripciones bélicas, una serie de principios administrativos elementales. En los establecidos por el Frente Democrático de Liberación Nacional de Colombia, se exigía para ascender al grado de oficial, además de los conocimientos militares, conocimientos políticos de tipo marxista, saber leer y escribir, tener nociones mínimas de ortografía y saber las cuatro operaciones de aritmética; disponer de buena conducta en su vida pública y privada.

La administración de justicia comienza a practicarse entre los guerrilleros, y aun dentro de aquellos grupos campesinos que eran objeto de la impunidad. Los códigos informales sobre sanciones y estímulos eran formas militares y administrativas de controlar la población campesina en general y en especial los grupos de combatientes.

²¹ «La Violencia en Colombia», Op. cit. Capítulo V.

Posteriormente se han multiplicado en Colombia, las llamadas «Repúblicas Independientes», en las que la autoridad oficial no tiene acceso; dentro de ellas se ha organizado una administración paralela a la administración oficial, con nuevos cargos y nuevas funciones.

Esta nueva administración informal ha constituido un canal de acceso burocrático, con criterio selectivo diferente, basado en la calidad bélica, en el sectarismo político y en una habilidad elemental para la administración como líder carismático.

b) Descentralizado de la administración.

La administración informal anteriormente descrita comienza a gozar de una gran autonomía regional. Los comandos revolucionarios se establecen con criterios eminentemente prácticos en relación a las condiciones locales y a la actividad guerrillera.

«La Violencia en Colombia» nos describe los Comandos existentes durante la primera etapa:

Comando de las Fuerzas Revolucionarias de los Llanos Orientales.

Comando Revolucionario de Santander.

Comando de las Fuerzas Revolucionarias de La Palma y Yacopí.

Comando de las Fuerzas Revolucionarias del sur del Tolima.

Comando del Oriente del Tolima.

Comando de Sumapaz.

Comando de Pavón.

Comando de las Fuerzas de Autodefensa de Gaitania.

Comando de las Fuerzas de Autodefensa del Tequendama.

Comando de Río Chiquito y Símbola-Páez.

Comando de Nare.

Comando de Anorí.

Comando Guerrillero de La Rivera.

Como dice Mons. Guzmán: «Estos comandos, con excepción de algunos de los Llanos, no lograron nunca coordinarse ni ejecutar acciones combinadas».²²

La descentralización es pues autónoma y no coordinada. Las comunidades periféricas y locales adquieren una mayor importancia que los grupos

²² «La Violencia en Colombia», Op. cit. pág. 163, 2a. Ed.

centrales administrativos de la administración oficial. La oportunidad de esta descentralización y la movilidad descendente se incrementa respecto de los estratos más bajos de la sociedad rural colombiana.

c) Aparición de nuevas presiones para controlar los cargos administrativos.

La administración oficial, como lo vimos antes además de un cierto grado de competencia exige un conformismo riguroso para el ascenso burocrático. Este conformismo garantiza el control jerárquico de las clases dirigentes hasta los últimos grados de la administración pública. En la nueva administración informal los cargos y los ascensos comenzaron a otorgarse con criterios distintos, muchos de ellos considerados antisociales, pero en todo caso basados en valores más fácilmente asequibles para la mayoría de la población. La selección se hacía más por presiones de base que por decisiones de grupos descentralizados y lejanos. El mismo jefe guerrillero estaba sujeto a las presiones de aquéllos con quienes convivía y de quienes dependía en su prestigio, en su seguridad y en su vida. Para el ascenso dentro de esta administración informal, el conformismo con las estructuras vigentes era un obstáculo y se exigía otra clase de conformismo: el acuerdo irrestricto en la actitud revolucionaria.

No solamente sobre esta administración informal se ejercieron las presiones de los nuevos grupos campesinos organizados. Sabemos como en la administración de justicia, en el cambio de funcionarios judiciales, influye decisivamente la presión de los grupos guerrilleros. Igualmente sabemos que muchos otros cargos tienen que respetar las opiniones de los grandes jefes regionales de los grupos bélicos.

Como resultado de la violencia, podemos afirmar que muchos campesinos en diversas escalas de la jerarquía administrativa, se han acostumbrado a ejercer presiones. La masa campesina afectada por el fenómeno, también se ha acostumbrado a ejercer presiones sobre la administración. Ha encontrado un canal de ascenso burocrático a su alcance, que no tenía dentro de la estructura administrativa oficial.

En el caso de que la administración pública no fije criterios suficientemente objetivos y no cree los instrumentos para que la mayoría de nuestra población pueda ajustarse a dichos criterios, la administración informal seguirá siendo un canal más eficaz para el ascenso burocrático en la escala social.

CANAL MILITAR

El canal militar de movilidad social ascendente está constituido por todo el escalafón formal del ejército, la marina, la aviación y la policía.

La función de las instituciones militares es la de la conservación del orden establecido. En los países subdesarrollados es la élite minoritaria la más interesada en conservar ese orden del cual dependen sus privilegios. Por otra parte, la vida económica del ejército depende del presupuesto oficial aprobado por el parlamento y, en ocasiones como en Colombia, los grados más altos son conferidos o aprobados también por éste. En esta forma las fuerzas armadas también dependen, en un aspecto capital, del grupo dominante y éste a su vez dependerá del ejército para el mantenimiento del orden. En general, por estar en condiciones inferiores en lo político, lo cultural; lo económico y lo burocrático, las instituciones militares han sido el instrumento de los grupos dominantes. Como habitualmente estos grupos no son verdaderamente populares y no cambian las estructuras que no favorecen a la mayoría, los disturbios del orden público en los países en desarrollo son bastante frecuentes. Es necesario, entonces, cambiar popularidad por bayonetas. Cuando la primera no existe se recurre a la segunda. Naturalmente que los jefes militares pueden escoger el sub-grupo político que quieren apoyar dentro de esta élite. Cuando ejercen directamente el poder gubernamental lo hacen siempre apoyados por un sector de los poseedores, y el gobierno militar caerá cuando este apoyo cese y no sea reemplazado por otro. En esta forma, el control de la minoría dirigente se realiza mediante unos compromisos con el poder militar. La élite política, económica y cultural, estará dispuesta inclusive a dar el gobierno del país a las fuerzas armadas, a condición de que se conserven las estructuras vigentes. Los militares harán respetar a la clase dominante hasta el punto en que sus privilegios sean otorgados en forma proporcional a la urgencia que haya de su intervención. En caso de guerra internacional o civil, en caso de recrudescimiento de la violencia en el país, estos privilegios tendrán que ser mayores que los otorgados en casos normales. Si no aumentan proporcionalmente, habrá un conflicto que podrá culminar en un golpe militar. Con todo, aun en este caso, el único canal que se rompería, por lo menos a corto plazo, sería el canal político. Si ese poder político se emplea en contra de los intereses de la minoría económica,

ésta urdirá todas las maquinaciones necesarias para que caiga. Ya hemos resaltado la importancia de la fuerza económica sobre la política.

De esta suerte vemos cómo el canal militar está controlado por la minoría económica, política y cultural, que también controla el poder burocrático. Sin embargo, es necesario anotar algunos rasgos de independencia del canal militar, respecto de los canales económico y cultural. Aunque existe una valla cuasi infranqueable entre los grados de suboficiales y de oficiales por motivos económicos y sociales, más que por criterio de calificación funcional, la educación militar superior (para los oficiales) presenta algunas grietas para el ascenso social, a través de las oclusiones económicas y culturales.

La educación militar es bastante barata en relación con la educación privada en general. Además hay una remuneración simultánea que ayuda eficazmente a descartar el freno económico. Estas facilidades producen un ascenso social de las clases bajas, inclusive hasta de la clase media, con criterios que escapan relativamente a la estructura general económica y cultural. A esta última, por lo menos, a partir de la educación secundaria. Sin embargo, aunque por este canal, en forma excepcional hay más posibilidad de ascenso, el control de las minorías dominantes no se descarta. Por el contrario, a todas las escalas, hay una exigencia que culmina en el «conformismo contractual» de que tratamos arriba en lo más alto de la jerarquía militar.

La violencia tuvo varios efectos respecto de la estructura del ejército colombiano. Sin embargo, aquí consideramos los efectos que tuvo sobre la sociedad campesina como ganadora de un canal militar informal de ascenso social.

En este aspecto tenemos que los efectos más importantes para el cambio socio-cultural fueron:

- a) La creación de un ejército informal.
- b) Los criterios nuevos que rigen los ascensos dentro de este nuevo ejército.

a) Creación de un ejército informal.

Como lo referimos al hablar del canal administrativo, el ejército guerrillero tuvo una estructura bien establecida, copiada de la estructura del ejército regular, mezclada con una estructura administrativa informal y adaptada a las necesidades de la «guerra de guerrillas». Además de los

grados tradicionales existieron otras funciones que permitieron el enroscamiento de mujeres y de niños.²³

b) Criterios nuevos que rigen los ascensos dentro de este ejército.

A pesar de que en toda institución militar el conformismo a los superiores es un criterio básico para el ascenso, es necesario analizar si la institución militar misma es una institución conformista respecto de las estructuras vigentes.

Como lo analizamos antes, el ejército en un país subdesarrollado tiene como primordial función, el mantener el orden interno, lo que, traducido al campo político, significa mantener las estructuras vigentes. El ejército guerrillero tiene un objeto, precisamente, contrario: transformar esas estructuras. Por esto, los criterios de ascenso deben ajustarse a la eficacia revolucionaria del ascendido.

Además de esos criterios básicos tenemos algunos otros como el de lealtad, el grado de crueldad, la valentía, el espíritu de servicio, etc.²⁴ Con todo, es necesario anotar algunos criterios intelectuales y políticos que se han tenido en cuenta en las guerrillas para efectuar los ascensos, y además la estructura más democrática, por el contrario, entre los superiores e inferiores y por la institucionalización de la crítica y de la emisión de opiniones por parte de los inferiores.

Los campesinos encontraron un canal de ascenso social dentro del ejército informal que no hubieran nunca hallado dentro del ejército regular de nuestro país.

Jefes guerrilleros, a cuya extracción social nos referimos antes, difícilmente hubieran podido llegar a tener los títulos que hoy ostentan, tales como el de general, coronel, capitán, etc.

En la primera edición del libro «La Violencia en Colombia», encontramos retratos como el de «Mariachi» vestido de uniforme de general, pasando revista a sus tropas. Es muy poco probable que Mariachi hubiera llegado siquiera al grado de oficial dentro del ejército regular, y si lo hubiera hecho habría sido adaptándose a los criterios de conformismo con las estructuras vigentes y con el necesario apoyo económico y político de las clases dirigentes para llegar a los últimos grados.

²³ Cfr. «La Violencia en Colombia», 2a. Ed., Op. cit., págs. 163 - 164.

²⁴ «La Violencia en Colombia», 2a. Ed., Op. cit. págs. 158 - 159. «Mandamientos del buen guerrillero» y «Condiciones para ascender al grado de oficial».

La violencia abrió en esta forma, otro canal de ascenso social. En éste, como en el caso de los canales anteriormente analizados, podemos afirmar que la necesidad de ascenso se crea por vías anómicas o patológicas cuando es imposible realizarla por vías normales.

No podemos afirmar que la creación de un auténtico ascenso masivo y popular por el canal militar sea la solución para evitar la creación de estos ejércitos informales. Como lo repetiremos en la conclusión, lo importante es ver la necesidad general de ascenso que, cuando se ve obstruida por las vías normales, busca vías anormales, sin que la clase de canal sea muy importante para realizar ese ascenso.

Respecto del cambio social, es necesario anotar que las estructuras mismas de ese ejército informal cambiaron los valores, las actitudes y la conducta, no solamente de los campesinos que en el ejército han participado, sino de los campesinos que han tenido contacto con ese ejército.

Las guerrillas han impuesto disciplinas exigidas por los mismos campesinos: han democratizado la autoridad, han dado confianza y seguridad a nuestras comunidades rurales, como lo mencionamos al tratar del espíritu de inferioridad, desaparecido en las áreas campesinas en donde el fenómeno de la violencia se ha manifestado.

Todas estas transformaciones socio-culturales en el campesinado, lo disponen a ser un grupo de presión para un cambio general de estructuras, como lo analizaremos más adelante.

CANAL ECLESIASTICO

El canal eclesiástico de ascenso social está constituido, en los países subdesarrollados de Latinoamérica, por los diferentes grados y dignidades establecidos por la Iglesia Católica. Dada la poca importancia social institucional de los otros canales dependientes de una institución religiosa, no los tomaremos por ahora en cuenta. Por otra parte, es necesario distinguir entre los grados oficiales y aquéllos que atañen a la escala social propiamente dicha.

Dentro de ésta podemos establecer los grados de: seminarista, coadjutor o capellán, párroco rural, párroco urbano de barrio obrero, de barrio residencial, monseñor o canónigo, obispo auxiliar, obispo principal, arzobispo y cardenal.

Dentro de cada una de las anteriores categorías puede haber una oscilación de status bastante considerable. Sin embargo, como clasificación tentativa proponemos la siguiente, como promedio para cada estrato.

Seminarista. Clase media baja.

Coadjutor o Capellán. Clase media media.

Párroco rural. Clase media media.

Párroco urbano (obrero). Clase media media.

Párroco urbano (barrio residencial). Clase media alta.

Monseñor o Canónigo. Clase alta baja.

Obispo auxiliar. Clase alta media.

Obispo Principal. Clase alta media.

Arzobispo. Clase alta media.

Cardenal. Clase alta media o alta, según la extracción familiar.

Aunque la clasificación anterior (como toda clasificación, más aún en Sociología y con la agravante de no estar fundamentada sino en la observación participante), pueda resultar un poco arbitraria, lo que tratamos de afirmar fundamentalmente es que el canal eclesiástico es un canal muy efectivo de movilidad social ascendente. Esto se hace aún más notorio si consideramos que la mayoría (en términos absolutos) de los eclesiásticos son de extracción rural. Sin embargo, la clase social rural de origen es más bien clase media media (comerciantes, pequeños hacendados, maestros, etc.),²⁵ lo que no significa un paso de ascenso al comienzo del canal eclesiástico. Una de las particularidades de éste es su relativa independencia del canal económico. Creemos que no erramos al afirmar que es el canal que tiene una mayor independencia de las minorías económicas, por las siguientes razones:

- a) Las bajas pensiones de los seminarios, tanto menores como mayores.
- b) El número de becarios, generalmente superior al de los pensionados.

En este último factor influye en alguna medida el nivel económico, por cuanto los candidatos preferidos para las becas son los que tienen un nivel social de origen superior. Este nivel social está estrechamente ligado al nivel económico y cultural, como lo describimos antes.

²⁵ Cfr. Gustavo Pérez: «El problema sacerdotal en Colombia». Editorial Rivalencia, Madrid, 1962.

El canal de ascenso, en su primera etapa (el seminario) tiene un carácter predominantemente cultural formal. Ese ascenso se efectúa generalmente desde la escuela primaria (escuela apostólica) hasta la escala universitaria (Seminario Mayor).

Los criterios de ascenso en esta etapa son predominantemente los de capacidad intelectual y conformismo en la conducta.²⁶

En las etapas siguientes, el criterio primordial de ascenso en la estructura actual de la Iglesia latinoamericana, es el conformismo. Por ejemplo, en algunos países, los obispos no son elegidos sin la aceptación del candidato por todo el episcopado nacional. Esto implica una nivelación del candidato sobre la base del conformismo, principalmente.

Creemos que el canal eclesiástico no es más utilizado como canal de ascenso social, en los países latinoamericanos, por dos razones fundamentales: 1a.) La lentitud de ascenso en la primera etapa. (6 a 7 años de Seminario Mayor).

2a.) La alta mortalidad educacional. (En Colombia más o menos el 50% de los ingresados al primer año de Seminario Mayor):

Estos frenos hacen que se necesite un grado alto de conformismo y de madurez intelectual y emocional en la familia de origen o en el individuo (si se trata de un candidato adulto).

El ingresar a un seminario supone una serie de patrones culturales (deseo de cambio, de progreso, de liderazgo), que se deben realizar a largo plazo. Estos patrones, como promedio, no se encuentran en la clase baja. Se necesita partir de la clase media baja o clase media en general.

De todas maneras, podemos concluir que el canal eclesiástico de ascenso social, es un canal eficaz, con oclusiones más culturales que económicas, políticas o burocráticas.

Sin embargo, es necesario medir el alcance de las oclusiones culturales; las exigencias de competencia intelectual son exigencias objetivas, aunque siempre limitadas por el género de exigencia que se haga. Si la prueba se hace basándose en un sistema no apto para las necesidades actuales, triunfar en ella no es tan significativo de eficiencia, como si se trata de un sistema apto.

²⁶ Aunque formalmente se habla de «virtud» en el sentido de «autodominio» en la práctica, como promedio, se trata de «conformismo».

Las exigencias de conformismo pueden crear, en un país subdesarrollado, una movilidad social material y no socio-cultural. En otras palabras puede ser que un individuo de clase media baja, o aun de clase baja, llegue a ser arzobispo o cardenal. Sin embargo, es fácil que solamente se le tolere en ese cargo a costa de un conformismo absoluto con los valores de la minoría dominante. Entonces tendríamos que el canal eclesiástico de ascenso social resultaría ser más material que socio-cultural. Esto se agrava en aquellos países en que tiene una ingerencia formal o informal el poder político sobre los nombramientos de los obispos y sobre la pastoral general de la Iglesia.

No es que en los países desarrollados el cambio de clase no implique un cambio de valores; sin embargo, no es la condición «sine qua non» del cambio, como parece serlo en el canal eclesiástico.

Obviamente, el análisis anterior es bastante simplista. Los factores económicos, familiares, políticos, culturales y burocráticos inciden en diversos grados y en diferentes composiciones, con el canal eclesiástico de ascenso. Sin embargo, quisimos únicamente destacar los rasgos que parecen principales.

Actualmente la presión popular influye poco en el ascenso por el canal eclesiástico. Es cierto que la aceptación del sacerdote en una determinada comunidad o el rechazo por parte de ésta tiene alguna influencia para el ascenso. Sin embargo, es necesario anotar que antes del fenómeno de la violencia la aceptación o rechazo que eran tenidos en cuenta para el ascenso o descenso social no era la de la mayoría de la comunidad sino, fundamentalmente, la de los líderes tradicionales o burocráticos de ésta. Es fácil que un sacerdote popular entre la mayoría de sus fieles sea trasladado por la presión de una minoría influyente.

Este fenómeno se produjo especialmente porque la mayoría del campesinado no constituía un grupo de presión y porque su actitud, especialmente en las áreas rurales, respecto del sacerdote, era una actitud pasiva y sin crítica.

Naturalmente que la unión de intereses entre la alta jerarquía y la clase dirigente produce que los ascensos eclesiásticos tengan como uno de los criterios básicos el conformismo con las estructuras, que se manifiesta en la escala local en el conformismo con los grupos minoritarios dirigentes de las comunidades de base.

Durante la violencia asistimos a la muerte de varios sacerdotes,²⁷ a profanaciones y a actos iconoclastas, lo cual revela un cambio en la actitud del campesinado respecto de la institución eclesiástica.

Es muy posible que la desafección del campesino a esta institución no sea producida solamente por aquellos elementos del clero que estimularon en alguna forma las matanzas de campesinos. Sería interesante hacer un estudio sistemático sobre las actitudes religiosas del campesinado colombiano en las áreas de violencia.

Sin embargo, como hipótesis de trabajo, podemos decir que el campesinado colombiano tuvo una actitud de rechazo al sacerdote en esas áreas en donde no encontró esa solidaridad franca por parte de éstos, respecto de los intereses campesinos.

Es muy posible que los criterios de popularidad del sacerdote en las comunidades rurales hayan cambiado. Y no basta que éste sea un buen administrador o que no haga nada malo. Es necesario que el campesino lo sienta solidario con sus intereses.

En el caso de que la mayoría del campesinado se constituya en grupo de presión, es muy posible que a largo plazo los criterios de ascenso por el canal eclesiástico hayan cambiado. Sin embargo, para un cambio fundamental en los criterios de ascenso, es necesario que los criterios de la alta jerarquía no estén necesariamente ligados a los criterios e intereses de las clases dirigentes y, por lo tanto, al mantenimiento de las estructuras actuales.

Si el grupo de presión campesino, además de llegar a ser el más efectivo por la expresión de su aprobación o rechazo del sacerdote, llegara a producir un divorcio entre los intereses de la clase dirigente y los intereses de la Iglesia, cambiaría fundamentalmente la estructura del ascenso social por el canal eclesiástico, imponiendo para el ascenso social criterios basados en los intereses campesinos en lugar de los criterios basados en los intereses de la clase dirigente.

A nadie escapa la trascendencia que para el cambio social tiene, en un país como Colombia en el cual la institución religiosa tiene aún mucha influencia, el que los dirigentes eclesiásticos tengan una actitud de cambio basada en los intereses de la mayoría.

Como conclusión general podemos afirmar:

²⁷ Cfr. «La Violencia en Colombia», 2a. Ed. pág. 171, Op. cit.

1° Que en los países subdesarrollados, en los latinoamericanos y en Colombia en particular, los canales de movilidad social ascendente están estructuralmente obstruidos para la mayoría de la población.

2° Que el factor que condiciona en forma más determinante la oclusión y control de los demás canales, es el económico.

3° Que la minoría de la población que controla la movilidad social ascendente está interesada en mantener la obstrucción de los canales de ascenso y por eso el conformismo es una condición indispensable para que ésta se efectúe.

4° Que la movilidad social ascendente es más de tipo minoritario que masivo, más material que sociocultural y, por tanto, sin efectos a corto plazo, sobre el cambio social.

5° Que esta inmovilidad se presenta en forma más aguda en las áreas rurales de dichos países.

6° Que la violencia simultáneamente produjo una conciencia de clase y dio instrumentos anormales de ascenso social.

7° Que las estructuras del ascenso anormal establecidas por la violencia cambiaron las actitudes del campesinado colombiano, transformando el campesinado en un grupo mayoritario en estos países.

b) Agresividad latente. favor en el país sub

La agresividad puede ser individual o social. La agresividad individual es el resultado de un deseo de destrucción originado en una frustración. La destrucción se busca como una compensación y como un medio de reconstrucción de lo que no se ha logrado.

La agresividad social tiene las mismas características pero extendidas al grupo social.

La agresividad puede ser manifiesta o latente; según que el deseo de destrucción se pueda realizar o no.

La agresividad social en general se encuentra en aquellos países en los cuales hay frustración de aspiraciones. Si esa frustración de aspiraciones forma parte de la conciencia social y dentro de las instituciones sociales encontramos instrumentos violentos y eficaces de realización,²⁸ la agresividad se hará manifiesta.

²⁸ «Realización» en el sentido que explica T. Parsons de «performance» (Cfr. T. Parsons, T. Bales, R. F. and Shils, E. A., Working Papers in the Theory of Action, 1953, Cp. V. Sec., V; Parsons y N. J. Smelser, «Economy and society», Routledge and Kegan Paul Ltd. Londres, 1956.

Según lo expuesto anteriormente, en las áreas rurales de los países en desarrollo, encontramos una gran inmovilidad social ascendente que produciría una frustración de aspiraciones en el caso de que haya conciencia de ella. Esa conciencia se adquiere por un cambio social inducido. Cuando las comunicaciones humanas se extienden y aumentan, la conciencia social aumenta y si se conocen puntos de comparación, las frustraciones aparecen.

Ahora bien, si existe la conciencia, pero no se conocen los instrumentos institucionales de realización, la agresividad seguirá en su estado latente. Si los instrumentos institucionales eficaces se conocen y esos instrumentos están dentro de las estructuras vigentes, la agresividad latente se resolverá en una acción institucional que no violenta las estructuras. Si, por el contrario, los instrumentos institucionales que se conocen están contra las estructuras vigentes, la agresividad latente se convertirá en agresividad manifiesta. Esta agresividad manifiesta se hará tanto más intensa cuanto más conciencia haya de las frustraciones y cuanto por un lado sean más eficaces los instrumentos contra las estructuras y, por otro, menos eficaces los instrumentos de acuerdo con éstas.

En las áreas rurales de los países latinoamericanos encontramos los diferentes grados de conciencia y las diferentes combinaciones de instrumentos normales y anormales (de acuerdo o no con las estructuras). En todo caso la falta de movilidad social en estas áreas es un elemento de agresividad latente.

En Colombia la agresividad social latente se ha vuelto manifiesta en forma intermitente a todo lo largo de su historia. Desde las guerras precolombinas entre los indígenas, pasando por las luchas de la conquista, las revueltas de la época colonial, la guerra de Independencia, las guerras civiles posteriores a ésta y las manifestaciones de violencia que se ha solido llamar política (como la del año 30) hasta el fenómeno de violencia actual que hemos definido tentativamente al principio de este estudio.

Ya se ha visto, al considerar las variables anteriores, como la violencia introdujo simultáneamente:

- 1º La conciencia de la frustración.
- 2º La agudización de la frustración.
- 3º Los instrumentos eficaces, pero anormales para resolver la frustración.

La acción armada de las fuerzas oficiales, fue el elemento de cambio social inducido por el cual se produjeron los tres efectos anteriores.

Podemos por lo tanto afirmar, que el fenómeno común a las áreas rurales subdesarrolladas descrito como agresividad latente, se ha expresado en nuestras comunidades campesinas haciéndose agresividad manifiesta en el fenómeno de la violencia.

3. Variables características de la sociedad rural colombiana.

a) Sectarismo político.

Lo que se ha solido llamar «sectarismo político», es una forma de agresividad de grupo y en concreto, de un grupo que hace parte de una organización que ejerce o pretende el poder estatal. Además del elemento de agresividad, debemos incluir en la expresión «sectarismo político», las nociones correlativas de seguridad intragrupo e inseguridad extragrupo.

Toda pertenencia a un grupo es un efecto y una causa a la vez de la necesidad de seguridad social que tiene todo individuo. Esa función de seguridad que da el grupo, será tanto más intensa cuanto mayor sea la inseguridad de permanencia fuera del grupo. En los países desarrollados, además, existen instituciones que garantizan la seguridad social en forma independiente de la pertenencia a un grupo. Por esto, la necesidad de pertenencia a grupos es mucho menor en estos países que en los nuestros. Como por otra parte, la agresividad social, es mayor en el país subdesarrollado porque las frustraciones son, en general, mayores, podemos afirmar que el sectarismo político es un subproducto de la falta de desarrollo socio-económico.

En los países no industrializados la pequeña minoría que detenta el poder, constituye un grupo en sí bastante cerrado (como lo vimos antes) y que tiene la mayor cuota de seguridad dentro de la sociedad. La única forma de perder esta seguridad sería el cambio de estructuras que acarrearía la pérdida del control social.

Evidentemente, dicho cambio no podrá provenir sino del extra-grupo, es decir, de la mayoría de la población que no puede ascender. Con todo, el hecho mismo de ser una minoría constituye un elemento de inseguridad en el caso de que la mayoría se muestre descontenta. Por consiguiente, es necesario algún mecanismo que satisfaga a la mayoría, mantenga las estructuras y si es posible, haga peligroso cualquier cambio de éstas.

El partido político puede cumplir con las funciones anteriores, siempre y cuando llene determinados requisitos: en primer lugar, debe dar algunas satisfacciones suficientes para evitar el descontento. En segundo lugar, debe relacionar las satisfacciones de necesidades al mantenimiento de las

estructuras, y en tercer lugar, debe crear sistemas para hacer peligroso el cambio de éstas.

El partido político en Colombia, es un instrumento para la satisfacción de algunas necesidades de la mayoría de los colombianos. Dada la importancia del botín burocrático en un país subdesarrollado (con mano de obra poco calificada, alto porcentaje de ingreso nacional dedicado a la administración y pocas exigencias técnicas por parte de ésta), el partido político es una importante fuente no solamente de subsistencia de muchos colombianos ya que de él depende la repartición de este botín. En otras palabras, muchos más dependen de los empleos públicos, aunque no los ejerzan, por la expectativa que tienen de ejercerlos. Por lo tanto, son muchos los colombianos que dependen directa o indirectamente del partido político.

Sin embargo, para que esa dependencia implique a la vez una garantía para el mantenimiento de las estructuras socioeconómicas, es necesario que exija una dependencia a la clase dirigente. Por esta razón, para que el partido sea un instrumento apto de conservación para esta clase, debe ser poli-clasista, es decir, debe estar estructurado a base de la pertenencia de todas las necesidades sociales a esa clase dirigente. Como es lógico, si la pertenencia no trae ventajas técnicas ni racionales es necesario buscar motivaciones sentimentales que la justifiquen. De allí la base tradicional o sentimental que tienen los sistemas de partido, ya que el botín burocrático, que de hecho es repartido por la clase dirigente, podría ser administrado por la mayoría de la población, en forma más técnica y racional.

Para que este mantenimiento de las estructuras sea sólido y duradero, es necesario que su rompimiento entrañe un peligro para la clase que no se beneficia con el sistema vigente. El sectarismo político es el instrumento por el cual la clase dirigente logra que esa mayoría encuentre una seguridad intragrupo, proporcional a una inseguridad extragrupo.

En resumen, el partido político tiene funciones respecto tanto de la clase dirigente como de la mayoría de los dirigidos; para la clase dirigente constituye un elemento de conservación de las estructuras por el sentimentalismo partidista y por el sectarismo político, y no permitiendo la reestructuración de los partidos sobre bases racionales que transformen las estructuras implantando el gobierno de las mayorías.

Para la clase dirigida el ambiente social de inseguridad que produce el sectarismo político, el partido constituye un grupo de refugio y el único

capaz de relacionarlo con la clase dirigente, es decir, con la fuente de su propia seguridad. Esta relación debe establecerse con la condición indispensable del conformismo respecto del propio partido. Conformismo que se demuestra y se afianza más con manifestaciones de sectarismo contra el partido contrario. El sectarismo político es pues el instrumento de doble filo que refuerza el conformismo de la clase dirigida y garantiza la estabilidad de las estructuras a la clase dirigente.

La violencia fue desatada como un instrumento del sectarismo para que cumpliera las funciones que hemos atribuido a éste. De ahí que la violencia no se produjo entre las clases dirigentes, sino entre la masa de los campesinos sentimentalmente divididos en los partidos tradicionales, padeciendo una mayor inseguridad social, que los aferraba aún más a esos partidos. Por eso también una vez hecha la unión política entre las clases dirigentes, la violencia ha continuado para garantizar el sectarismo necesario que impide la reestructuración de los partidos sobre bases racionales capaces de transformar las estructuras. Dentro de esta política es lógico que cualquier individuo que se arriesgue a disentir de las directivas y de los partidos tradicionales, sea considerado como marginal y casi como fuera de la ley. Es sintomática la aparición de las sociedades macartistas, compuestas por elementos de la clase dirigente de ambos partidos. La función formal de estas sociedades, es la de perseguir al comunismo y la función informal es la de marginar a todo individuo o movimiento anticonformista que aparezca en el escenario político, social o económico. La violencia, por lo tanto, no favorece a uno u otro partido político en particular; en ocasiones, puede favorecer más a un partido minoritario nivelando con el terror las fuerzas políticas desniveladas por diferencias electorales. Sin embargo, la violencia favorece fundamentalmente a toda la clase dirigente de cualquier partido que ésta sea.

A pesar de todo, la violencia ha desencadenado un proceso social imprevisto por las clases dirigentes. Ha despertado la conciencia del campesino, le ha dado solidaridad de grupo, sentimiento de superioridad y seguridad en la acción; ha abierto posibilidades de ascenso social, y ha institucionalizado la agresividad, haciendo que los campesinos colombianos comiencen a preferir los intereses del campesinado a los intereses del partido. Esto tendrá como efecto la constitución de un grupo de presión social, económica y aun política capaz de cambiar las estructuras en la forma menos prevista y menos deseada por la clase dirigente. Es muy posible que, debido

a la violencia, el sectarismo político se cambie en sectarismo de clase como se ha visto en muchas áreas rurales colombianas.

b) Falta de conciencia de clase.

Escapa a los fines del presente análisis, el entrar en disquisiciones sobre la definición de clase social. Para nuestros objetivos basta tener una definición generalmente aceptada. Cuando hablamos de la clase campesina nos referimos a un cierto grupo social del status económico más bajo dentro de la sociedad colombiana. Consagrado a una ocupación dentro del sector primario de la producción, localizado predominantemente en las áreas rurales del país. Conciencia de clase es la que existe respecto de una serie de relaciones sociales existentes dentro del grupo antes definido, relaciones de tipo exclusivo respecto del extragrupo. Cuando esta conciencia de clase se une a la iniciativa en, y a la organización para la acción del grupo que la posee, es capaz de influir en las decisiones gubernamentales y, por lo tanto, es capaz de volverse un grupo de presión.

En muchos países subdesarrollados, el campesinado se ha organizado en diversas formas. Los movimientos agrarios en Latinoamérica, han tenido una importancia que contrasta con la que han tenido en nuestro país.

El carácter más pronunciado de las variables arriba señaladas, especialmente la del individualismo y la del aislamiento, han hecho que el campesinado colombiano no haya tenido una conciencia de clase. Por otra parte el aislamiento cultural de nuestro país, junto con el atraso en el equipo técnico de comunicaciones, han impedido las interacciones culturales necesarias para un cambio social capaz de crear una conciencia de clase. La ausencia de contactos ha producido una falta de conciencia sobre las propias necesidades, por falta de conocimiento de otros grupos de referencia. La falta de movilidad social ascendente ha tenido por efecto la institucionalización de un fatalismo respecto de la solución de algunas pocas necesidades sobre las cuales hay conciencia. Aun en el caso en que, por alguna circunstancia, haya conciencia de las necesidades y el fatalismo haya sido reemplazado por una actitud de iniciativa en la acción, generalmente esto ha sucedido a la escala individual. Los conflictos con los extragrupos campesinos, han impedido la creación de una solidaridad rural, y el sectarismo político ha agudizado la desunión.

Aun después de la aparición de la violencia, podemos observar las comunidades rurales que no han sufrido el influjo de ésta ni directa ni indirectamente y encontramos las características de conciencia respecto de las

necesidades, fatalismo ante el progreso y falta de seguridad colectiva entre los campesinos.

Al considerar los efectos de la violencia, sobre la creación de la conciencia de clases en el campesinado colombiano, podemos recapitular el análisis sobre los cambios acaecidos de las otras variables.

La demasiada importancia del vecindario local, el aislamiento, el individualismo, los conflictos intra y extra grupo, el sentimiento de inferioridad, la ausencia de movilidad social vertical ascendente, la agresividad latente, implican una falta de conciencia de clase. La violencia, al alterar las anteriores variables, comienza a crear una conciencia de clase; generaliza las relaciones sociales entre los campesinos de casi todo el país, da conciencia de que esas relaciones son exclusivas del grupo campesino, y además da solidaridad para la acción comenzando a influir informalmente en las decisiones gubernamentales y por medio de pactos políticos, en las estructuras vigentes. De la falta de esa conciencia de clase, el campesino está pasando paulatinamente a ser un grupo de presión que será definitivo en el cambio social de las estructuras colombianas.

c) Respecto a la propiedad privada.

De los diversos informes de los Cronistas de Indias, los historiadores de la colonia y de los historiadores latinoamericanos, podemos concluir que la forma más generalizada de propiedad dentro de las comunidades indígenas era la forma de posesión colectiva de la tierra.

La obra colonizadora española no afectó fundamentalmente la mentalidad indígena respecto de la propiedad. Las organizaciones rurales colectivas continuaron bajo nuevos patrones eclesiásticos, militares o civiles.²⁹ Con el movimiento emancipador se introdujeron las ideas liberales, dentro de las cuales la idea de la propiedad privada como base de la estructura política y social colombiana. El respeto a la propiedad privada pasó a ser patrimonio de los valores culturales colombianos. Antes de la violencia, nuestro campesinado tenía un respeto formal a la propiedad privada, respeto que informalmente era desconocido en algunas ocasiones por la conducta de éste. Durante la violencia se introdujo la institución del «jus primo possidentis».³⁰

²⁹ Como estudios sobre la evolución del concepto de la propiedad en Colombia, consúltese a Alfonso López Michelsen: «Introducción al estudio de la Constitución de Colombia».

³⁰ «La Violencia en Colombia», Op. cit.

Las expropiaciones ejercidas a menor precio, las invasiones, el control sobre cosechas y mercadeo, ejercidas por los grupos guerrilleros, hicieron perder a nuestros campesinos ese valor cultural que habían adquirido en el último ciclo.

En las comunidades en donde surgió este fenómeno se han organizado invasiones de tierras, con una facilidad que no solamente puede ser explicada por la presión económica, sino que tiene como base la práctica, durante la violencia, de hacer uso de la propiedad ajena para los fines inmediatos de subsistencia. Aunque este efecto de la violencia es accesorio y aparentemente intrascendente, es importante respecto del cambio social; sí, como vimos antes, el campesinado se está constituyendo paulatinamente en un grupo de presión, es importante conocer los patrones culturales de ese grupo. Si el respeto de la propiedad privada ha dejado de ser un elemento dentro de esos patrones, es muy posible que en el cambio de estructuras que pueda llevar a cabo la presión de este grupo se ataque directamente la estructura de la propiedad.

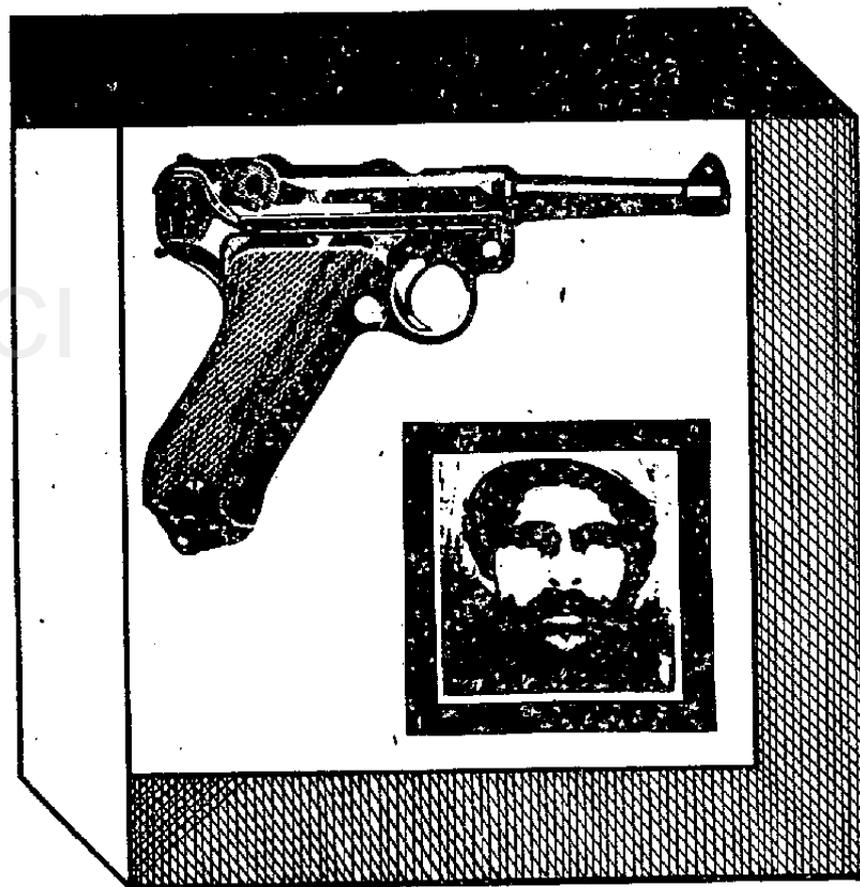
CONCLUSION

Basados en el análisis anterior, podemos decir que la violencia ha constituido para Colombia el cambio socio-cultural más importante en las áreas campesinas desde la conquista efectuada por los españoles. Por conducto de ellas las comunidades rurales se han integrado dentro de un proceso de urbanización en el sentido sociológico, con todos los elementos que éste implica: la división del trabajo, especialización, contacto sociocultural, socialización, mentalidad de cambio, despertar de expectativas sociales y utilización de métodos de acción para realizar una movilidad social por canales no previstos por las estructuras vigentes. La violencia además ha establecido los sistemas necesarios para la estructuración de una subcultura rural, de una clase campesina y de un grupo de presión constituido por esta misma clase, de carácter revolucionario. Sin embargo, la violencia ha operado todos estos cambios por canales patológicos y sin ninguna armonía respecto del proceso de desarrollo económico del país.

Aunque es muy difícil predecir, es muy poco probable que haya cambios estructurales lo suficientemente profundos, realizados por la sola iniciativa de la clase dirigente actual, para encauzar todas esas fuerzas anómicas dentro de un proceso de desarrollo planificado técnicamente. Sin embargo, la orientación hacia los problemas agrarios que han tenido los últimos gobiernos, podría producir el efecto de la creación de un liderazgo de base

capaz de dirigir las presiones del campesinado hacia objetivos de desarrollo social y económico. Si estas presiones se ejercen en forma suficientemente técnicas y enérgicas, podrían cambiar la estructura de nuestra clase dirigente, siempre y cuando ésta sea capaz de valorar a tiempo el peligro de una transformación que la destruya completamente, por no haber podido adaptarse a un cambio social que se presenta como inevitable.

Tomado de la revista La Gaceta, año III, No. 16-17, sept.-oct.-nov.-dic. 1966, Bogotá, Colombia.



La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geo-político

FABRICIO OJEDA

Un camino distinto al de la sumisa aceptación de la «revolución permitida» —que no es revolución sino en la falaz teoría de los imperialistas— implica un cambio substancial en la actitud de individuos y grupos y conlleva, en primer término, a la liberación de cada cual.

Lo principal está en comprender exactamente los problemas del país, su esencia y sus causas. Luego, la magnitud de los intereses en pugna y la conducta de cada clase social frente al conjunto. El análisis completo de la situación general más el examen detallado de la correlación de fuerzas en lo nacional y lo internacional, determina las características y posibilidades de una revolución verdadera, sin más limitaciones que las que imponen las realidades objetivas y sin más restricciones que las que corresponden a un proceso difícil frente a un enemigo relativamente poderoso.

En la medida de que la necesidad de la revolución se aclara ante los diversos sectores nacionales y aparece en toda su nitidez y, en la medida también de que el pueblo y su vanguardia revolucionaria se lanzan a la lucha definitiva —como ha ocurrido en Venezuela y otros países de estructura

similar— los imperialistas y demás clases reaccionarias se apresuran a tomar todas las posiciones correspondientes para mantener su dominación y atemorizar, con la práctica, de la amenaza y los hechos de fuerza, a los grupos y clases que aun comprendiendo aquella necesidad no se atreven a arriesgar lo que ya han conquistado, a poner en peligro sus intereses en una lucha que, mirada superficialmente, luciría como aventura.

Las recientes declaraciones del presidente Johnson al inicio de la crisis dominicana, anunciando que el gobierno de Estados Unidos no permitirá la aparición de «una nueva Cuba» en el continente; la resolución de la Cámara de Representantes norteamericana de apoyar cualquier intervención militar de su país en América Latina; el incremento de la guerra en Viet-Nam y todas las manifestaciones en igual sentido, como la proposición de crear una Fuerza Militar Interamericana, constituyen importantes expresiones de una línea política, que además de ser el único medio para conservar el dominio colonial, está dirigida a la atemorización colectiva y a robustecer, en el seno de los pueblos, los inmensos riesgos, sacrificios y dificultades a que debe enfrentarse la verdadera lucha revolucionaria.

Y por otra parte, no se detienen, como no se detendrán en la utilización de su poderío militar, en crear un clima artificial de facilidades para presentar ante los grupos y clases vacilantes un camino menos riesgoso e inseguro que a la larga satisfaga sus intereses.

Con motivo de la celebración de último aniversario de la Alianza para el Progreso, después de la intervención militar en Santo Domingo para aplastar un movimiento democrático, el presidente Johnson dijo:

«La revolución social democrática es la alternativa —la única alternativa— al derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía. Pues el pasado es pasado. Y los que luchan por preservarlo se suman sin saberlo a las filas de sus propios destructores».

¿Pero quiénes son los que se oponen a la revolución social democrática en la República Dominicana, Venezuela, Perú, Guatemala, Brasil, en el mundo, siendo la única alternativa? ¿Quiénes sino las propias tropas norteamericanas incrementan «el derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía en Viet Nam»? ¿Quiénes sino el gobierno norteamericano, luchan por preservar el pasado y ensangrentar nuestro país y todo el continente americano?

Las palabras del Presidente Johnson, y las del señor Kennedy; las del representante venezolano en la OEA, a propósito de la Conferencia Tricontinental, como las de todos los imperialistas y sus sirvientes, que se contradicen con los hechos (ocupación militar de Santo Domingo, resolución de la Cámara de Representantes, etc.) tienen un carácter claro, preciso. Son como las utilizadas por algún padre bravucón que con un rejo en la mano dice al hijo travieso: «si no te estás quieto, ¡te pegol!»

La combinación de las palabras y los hechos, como expresión de una sola política, por parte de los imperialistas, sus ideólogos y lacayos, no ha dejado de darles buenos resultados. Por su medio han logrado mediatizar a importantes sectores de los pueblos colonizados, como el nuestro, para los cuales la liberación nacional es el camino de su propia liberación económica y social, pues abre al país inmensas perspectivas de desarrollo dentro del cual las clases hoy explotadas por el imperialismo y la oligarquía, tienen campo propicio para el incremento del trabajo productivo.

En Venezuela, ya lo expresamos, pocos discuten la necesidad de una transformación revolucionaria para poner fin al actual estado de subdesarrollo, atraso y miseria. El amigo y viejo compañero a quien me he venido refiriendo, está consciente de esa necesidad, como lo están muchos de los que, incluso dentro de la clase obrera, piensan de la misma manera. El problema existe cuando se consideran las vías para lograr dicha transformación revolucionaria. Es entonces cuando surgen dudas y posiciones discrepantes: de un lado quienes creen —como mi amigo— que hay todavía posibilidades de conquistar la liberación nacional por la vía del sufragio, de la sola lucha pacífica de masas, de las reformas progresivas; y del otro quienes —como yo— creen que tal conquista sólo es posible a través de la insurrección popular, consecuencia de la correcta combinación de todas las formas de lucha, dentro de una exacta concepción de la Guerra del Pueblo.

Son, pues, dos los campos en que están divididos los sectores y clases progresistas del país, como también dos los campos en que se comparte la totalidad de la sociedad venezolana. Y los cuales, en uno u otro terreno, se irán definiendo más nitidamente al profundizarse la toma de conciencia por parte del pueblo y sus aliados en la presente etapa histórica, en la que la revolución liberadora es la alternativa nacional.

Los sectores y clases progresistas, como a los que pertenece mi amigo, actualmente ubicados en el campo del reformismo o de la «revolución

permitida», carecen de una clara mentalidad de Poder; de lo que significa, en su propia esencia, la conquista del Poder Político como instrumento de lucha entre las clases ascendentes, asfixiadas en forma transitoria, y las clases retrógradas, conservadoras, cuyo dominio es también de carácter transitorio. Muchos de los que hoy estamos en la vanguardia revolucionaria, y yo principalmente, tuvimos una posición similar a la de aquellos sectores. No teníamos concepción de Poder el 23 de enero de 1958, ni en julio y septiembre del mismo año. Para mí la democracia representativa, entonces, era lo mismo que lo es hoy para mi amigo. Yo, afortunadamente, me liberé del reformismo para convertirme en revolucionario verdadero. He tomado conciencia y sobre todo, una clara mentalidad de Poder. Igual proceso se ha cumplido en muchos otros; en unos antes y en otros después que yo, como consecuencia de realidades objetivas que la intensa propaganda imperialista no ha sido capaz de ocultar.

Abandonar el campo reformista y tomar el revolucionario significa decidirse a luchar sin temor alguno, tener seguridad de la victoria y desafiar, cual David, al gigantesco poderío reaccionario, como lo han hecho todos los verdaderos revolucionarios de la historia, incluso los revolucionarios burgueses. En esta conversión juega importante papel la mentalidad de Poder, ya que la conquista de él es la finalidad de todo movimiento político. Las clases hoy reaccionarias, que ayer fueron revolucionarias, son lo que son y fueron lo que fueron, precisamente por su mentalidad de Poder. La tuvieron para conquistarlo a través de la guerra (en Venezuela contra el coloniaje español) y la tienen para tratar de conservarlo, también a través de la guerra. Ayer triunfaron porque eran fuerzas nuevas, nacientes de la sociedad, tenían a su lado el apoyo invencible del pueblo (pardos, llaneros y montañeses ofrendaron sus vidas) y representaban el camino de la independencia; pero ahora serán derrotadas —irremisiblemente vencidas— «porque están divorciadas del pueblo; no importa cuan fuertes aparezcan por el momento, están condenadas al fracaso».

El ejercicio del Poder Político es determinante, definitivo en la sociedad. La política no se practica sino a través del Poder, ya sea ésta revolucionaria o reaccionaria, que es en las dos mitades en que ella se divide. En cada etapa histórica hay revolucionarios y reaccionarios; un grueso sector en el medio, sin conciencia propia, vacila a uno y otro lado y se va reduciendo a medida que se desarrolla la toma de conciencia, como producto de la lucha antagónica y los intereses de clase. Pero al principio

de todo proceso revolucionario, el sector intermedio bajo la influencia directa de las clases en el Poder —las clases reaccionarias— hace el juego a éstas, aun cuando trata de salirse de su opresión. No obstante, poco a poco, van tomando conciencia y mentalidad de Poder; se producen importantes desprendimientos que engrosan las filas revolucionarias.

En el campo general de la política esto es lo que ocurre con el imperialismo y sus lacayos, que cada día ven reducida su base de sustentación. Después de la Segunda Guerra Mundial el proceso se ha acelerado; el poderío del Campo Socialista ha aumentado grandemente. Han venido desarrollándose revoluciones contra los imperialistas y sus lacayos en vastas regiones de Asia, África y América Latina y las dos terceras partes de la humanidad se han liberado y viven al margen del dominio reaccionario. Esto hace posible, hoy en mejores condiciones que ayer, el avance y la victoria revolucionarios de los pueblos subyugados, como Venezuela, aun cuando estén en el área geográfica más inmediata del coloso norteamericano, y como Cuba, que ya liberada, realiza su revolución socialista a sólo 90 millas del mismo.

La liberación de los pueblos colonizados y dependientes está fortalecida por estos hechos. Ya el imperialismo, a pesar de todo su poderío, no es la misma fuerza que era hace veinte años. Su base de sustentación ha venido sufriendo un progresivo descalabro y frente a él se yergue un mundo distinto, en franco ascenso, formidable barrera que en lo político y lo militar, contribuye a atemperar y frustrar, según el caso, la furia del gendarme. Además, en el propio campo imperialista existen extraordinarias contradicciones que restan un tanto de libertad a la acción despiadada y hacen que los imperialistas no puedan desbordarse a sus anchas. La situación mundial es cada vez más favorable al progreso de los pueblos. Al lado de la conciencia y decisión que se opera en cada uno de ellos para sacudir las cadenas del colonialismo y la opresión; todo un conjunto de realidades convierte la causa revolucionaria en empresa invencible, con el apoyo moral y material de todos los países amantes del progreso y la paz. Los pueblos colonizados, oprimidos, mediatizados en el ejercicio de su soberanía y desarrollo no se encuentran solos. Su lucha no constituye una causa aislada sólo a expensas de sus propios medios y recursos. Así como existe un campo reaccionario mundial, donde los opresores se dan las manos, se apoyan mutuamente y mueven sus fuerzas integrales en torno a la conservación de su dominio; hay un campo revolucionario

mundial, donde los pueblos hacen efectiva la solidaridad militante. Esta circunstancia, la de las nuevas realidades del mundo, explica elocuentemente la razón de la derrota imperialista en Viet-Nam, donde 400,000 efectivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas de aire mar y tierra no han podido siquiera aminorar el empuje victorioso del movimiento guerrillero, convertido en Guerra del Pueblo; porque los 40,000 efectivos militares desembarcados en Santo Domingo, ante el repudio universal, fueron incapaces de reponer en el gobierno a los gorilas de Wessin Wessin e Imbert Barrera; y porque el bloqueo imperialista contra Cuba —uno de los más enérgicos impuestos en la presente época— no ha podido surtir los efectos previstos por el Pentágono y el Departamento de Estado yanquis.

Ningún pueblo en proceso de liberación puede ser contemplado librando una lucha aislada; donde dos fuerzas o dos ejércitos beligerantes, como un conejo y un tigre, combaten ante la mirada impasible de los demás. Creerlo así sería un grave error que conduciría al oportunismo y la resignación. La lucha revolucionaria de hoy —así tenemos que verla— es una lucha de todas las fuerzas progresistas del mundo, de carácter complementaria, que se extiende y consolida, como unidad dialéctica, en una situación de gran auge popular y donde las condiciones objetivas de cada país constituyen el elemento principal. Ya en América Latina, como en la primera década del siglo pasado, son varios los países que han iniciado su lucha a fondo contra el coloniaje. Tres de los países bolivarianos (Venezuela, Colombia y Perú) y otros como Santo Domingo, Guatemala y Paraguay, han tomado el verdadero camino de la revolución liberadora, en cuyo centro se alza el principal instrumento de Poder: las fuerzas armadas de liberación. A medida que esta lucha se incrementa y van apareciendo nuevos focos en otros países y los movimientos de liberación en África y Asia continúan su desarrollo, al imperialismo se le reducen aún más sus posibilidades de dominio. Y los problemas que ya confronta el gobierno norteamericano con su pueblo, como consecuencia de la Guerra de Viet-Nam (mayores impuestos y mayores necesidades de reclutamiento) se multiplican extraordinariamente.

Todo el ejército norteamericano de hoy sería insuficiente para distribuirlo como fuerza de ocupación en la extensa geografía sacudida por la revolución. Venezuela es un importante factor del campo revolucionario mundial. Su lucha de liberación es complementaria con la de otros pueblos en trance similar. Una es necesariamente, querámoslo o no, continuación de la otra.

Y aunque cada país, como el nuestro en este caso, actúa conforme a sus propias realidades y realiza el tipo de revolución que históricamente le corresponde, no puede eludir, ni ello sería correcto, su integración con otros movimientos similares. No es culpa de los revolucionarios venezolanos que su lucha sea en primer término contra los imperialistas, en lo cual guarda perfecta identidad con las luchas que se realizan en Viet-Nam, en Angola, en el Congo o las que se libraron en Cuba y en Argelia. La culpa en este caso es de los imperialistas, que no han respetado fronteras ni continentes para extender su explotación.

Venezuela lucha hoy contra el yugo norteamericano, como lo hizo ayer contra el coloniaje español; como lo hicieron los norteamericanos contra la dominación inglesa y los brasileños contra el imperio portugués.

Hay gente todavía apegada a las teorías del fatalismo geográfico que creen el mundo en la época de la Doctrina Monroe, cuya síntesis de «América para los Americanos» constituía el reflejo de una situación completamente distinta, en la cual nuestro continente tenía que protegerse contra la expansión imperialista europea; en un mundo de grandes distancias y con rudimentarios medios de comunicación. Esta circunstancia, totalmente superada por los cambios ocurridos como consecuencia de la ubicación del enemigo común en nuestro propio continente; del progreso de la ciencia y la técnica que prácticamente ha eliminado las distancias; del dominio por el hombre, de armas intercontinentales que funcionan a control remoto, con un alto poder de destrucción; y el fortalecimiento del campo de los países liberados y socialistas con una población que supera las dos terceras partes de la humanidad, coloca a dicha gente en un mundo incierto, de espaldas a la realidad; dentro de una concepción política equivocada que sólo contribuye a apuntalar la dominación colonial y su secuela de subdesarrollo, explotación y miseria.

Las tesis de la geopolítica han sido superadas por la dinámica de la historia. Los propios imperialistas norteamericanos han borrado las fronteras continentales. El Presidente Johnson ha dicho recientemente —por si alguna duda quedara— que las fuerzas militares de Estados Unidos estarán presentes en cualquier área del mundo, en cualquier país, donde esté en «peligro la libertad frente a la agresión comunista». Esta agresiva conducta del imperialismo yanqui revela francamente la quiebra de los esquemas intercontinentalistas. Para el gobierno norteamericano lo mismo da que Venezuela o Santo Domingo estén geográficamente ubicados en

América, que si lo estuvieran en la Conchinchina (región que hasta hace poco era sinónimo de insondable lejanía) como lo están Viet-Nam, Camboya y Laos.

El análisis del conjunto político mundial; de la correlación de fuerzas internacionales es elemento obligado para el estudio de nuestros problemas como país colonizado, y de sus posibilidades reales para la liberación. Los venezolanos progresistas, cuyos intereses coincidentes con los intereses mismos de la nación, están restringidos en su desarrollo por la desleal competencia del capital y los productos norteamericanos, en primer lugar y, por el control del Poder Político que ejerce la oligarquía criolla, no pueden desestimar en ninguno de sus aspectos la situación presente en el mundo, ni contemplarla en forma simplista o superficial. Es necesario ahondar en el complejo político del momento y mirar hacia el futuro para comprender el panorama promisor que se presenta a nuestro pueblo en su lucha liberadora. A la luz de estos hechos, de las realidades históricas, nadie puede dudar que el camino de la acción revolucionaria, sean cuales fueren las dificultades circunstanciales, es la única vía, la más segura, para el cambio estructural que tiene planteado nuestro país.

En la creación de una firme mentalidad de Poder por parte de las clases populares, patrióticas y progresistas, el primer paso es liberarse del fatalismo geográfico y de las tesis de la invencibilidad del imperialismo y demás fuerzas reaccionarias. Y el otro, convencerse definitivamente de que sin la toma del Poder Político no podrá ser realizado ningún cambio que afecte las causas de la crisis nacional. La realización de una Reforma Agraria para liquidar el régimen latifundiaro y modificar el actual sistema de tenencia de la tierra —como aspiran los campesinos e importantes sectores afiliados a Fedeaagro— no es posible —ello está demostrado en seis años de vigencia de una Ley de Reforma Agraria progresista— sin transformar radicalmente el propio sistema económico y político de la nación; sin cambiar la composición social del gobierno, donde hasta ahora ha predominado el sector partidario del latifundio y la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos.

Los hombres que han pasado por el Ministerio de Agricultura y Cría —instrumento funcional de la Reforma Agraria— en la última década han sido invariablemente representantes de las clases adversas a la Reforma Agraria integral y verdadera; pero aunque perteneciesen a las clases progresistas no podrían hacer nada distinto a lo que se ha hecho, debido a que

la política agraria no es una parte independiente del complejo económico nacional. Ella forma en un todo, en un sistema, en una unidad indestructible, que comprende inseparablemente el conjunto de la actividad gubernamental en función del control del Poder Político por parte de las clases reaccionarias.

Lo mismo ocurre con el desarrollo industrial del país. Ningún cambio podrá operarse en este importante rubro de la economía nacional que no sea consecuencia de la modificación de todo nuestro sistema de dependencia. Los planteamientos nacionalistas que desde la fundación de Pro-Venezuela vienen ratificando muchas de las organizaciones miembros, quedarán, como han quedado, sustancialmente en el vacío. No se puede pretender que la industria venezolana sea distinta a la de una simple factoría substitutiva de importaciones, sin profundizar, para erradicarlas, en las causas que la mantienen relegadas a esa función. El imperialismo que tiene en Venezuela uno de los más importantes mercados de América Latina, y la burguesía importadora que deriva jugosas ganancias de su actividad intermediaria, no podrán nunca, por sí solos, auspiciar desde el Poder, cuyo control ejercen hegemónicamente, una modificación que remotamente pueda significar perjuicio o desaparición de tales privilegios. El actual Ministro de Fomento que cambió su profesión de obrero y litotipista por la de abogado; de origen social distinto al de los oligarcas, fundador y dirigente de uno de los partidos autollamados de izquierda, y Secretario General de Pro-Venezuela —asociación abanderada del desarrollo industrial independiente— hasta su arribo al cargo que desempeña, no ha podido jugar otro papel que el que corresponde como integrante de un gobierno entreguista, mediatizado por los sectores más reaccionarios y vinculado a los intereses del gran capital venozolano y extranjero.

Como la política industrial es también parte integrante del complejo económico bajo el control del sistema colonial, el Ministro de Fomento, a la manera de los anteriores, pertenecientes a clases y partidos diferentes, ha tenido que someterse, a riesgo de su posición gubernamental, el conjunto predominante en la composición clasista del gobierno.

Ninguno de los problemas que afectan a nuestro país y a las clases populares y progresistas (concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, bajo desarrollo industrial, desempleo, atraso técnico y científico, sub-alimentación, reducido mercado de consumo; falta de viviendas, escuelas, centros de salud y hospitales; bajo salario real; explotación extranje-

ra de las principales fuentes de riqueza; soberanía mediatizada, etc., etc.), pueden ser resueltos sin modificar todo el complejo nacional, o lo que es lo mismo: sin erradicar sus causas. No se trata, pues, de cambios periféricos, de modificaciones superficiales en el equipo gobernante que podrían ser logrados a través de las formas tradicionales de la lucha política, «sin violentar el estado actual de cosas»; «sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras»; «en un proceso a través de la evolución del estado actual que transforme progresivamente el régimen de las instituciones políticas. . .»

La propia experiencia, además del estudio de la teoría política, demuestra que a esta altura de la historia, nada tiene que buscar nuestro país en el cambio de una camarilla por otra; o de un partido o grupo de partidos por otro partido o grupo de partidos. Lo que se trata de lograr es un cambio revolucionario, de fondo, en la composición social del gobierno que sea capaz de modificar las estructuras mismas del país y consolidar un régimen independiente, liberado del imperialismo y la oligarquía. La magnitud y causas de los problemas nacionales requiere, sin duda, la conquista del Poder por una alianza de las clases populares, democráticas y progresistas, con fuerza suficiente en lo político y lo militar, para hacer frente a las fuerzas de la reacción.

Está demostrado —y la mayoría de los densos sectores del país así lo acepta— que Venezuela vive una crisis integral y progresiva cuya gravedad requiere grandes esfuerzos para ponerle fin. Ni la Alianza para el Progreso, ni las reformas circunstanciales han podido conjurar el tremendo mal. Sin embargo muchos sectores, conscientes de la necesidad revolucionaria, no acaban de salir del campo de la influencia reformista, de las ilusiones, contribuyendo con su actitud a la prolongación en el tiempo de la situación que agobia el país. Creen, ingenuamente, todavía —y ello es consecuencia de una indefinida mentalidad de poder— que existen otros medios para resolver los problemas nacionales, sin necesidad de exponer sus vidas, su libertad y sus intereses específicos.

No es posible continuar engañados o seguir viviendo en el mundo de las ilusiones. La revolución tiene que hacerse cueste lo que cueste; sean cuales fueren los peligros y dificultades a que haya que exponerse; de lo contrario, el proceso de pauperización, de desaparición de las pequeñas empresas absorbidas por el capital monopolista, continuará su pendiente ineluctable, con su corolario de desempleo, atraso y miseria. La burguesía nacional (agraria e industrial), la pequeña burguesía (estudiantes, pro-

fesionales, pequeños comerciantes y empleados), junto con la clase obrera y campesina, cuya vanguardia avanza por el camino de la insurrección armada (Guerra del Pueblo), deben aglutinar, como una sola voluntad, el frente liberador, fuerza decisiva para la victoria.

Las clases populares, democráticas y progresistas de Venezuela, víctimas de la explotación del imperialismo y la opresión oligárquica, han llegado justamente a la encrucijada: o se resignan a prolongar su existencia en un campo de acción cada vez más restringido como consecuencia del progresivo empobrecimiento del país y de la crisis general que lo sacude; o se deciden a abrirse paso a través de la lucha revolucionaria, para conquistar una vida mejor, libre de explotación y opresión, en un país cuyas grandes riquezas en sus manos abriría inmensas perspectivas de desarrollo y progreso.

Los dos caminos que se marcan en la actual encrucijada histórica polarizan las dos políticas en pugna: la política reaccionaria y la política revolucionaria. Una en descenso vertiginoso, sostenida por fuerzas agonizantes sin otro asidero que el de sus propios instrumentos de Poder; la otra, en flujo permanente, conducida por fuerzas nuevas en pleno desarrollo y vigor, que como torrente desbordado se abren sus propios cauces y arrasan con todo lo que pretende detenerlas.

Nuestro país y nuestro pueblo viven el momento de una crisis revolucionaria, donde los viejos esquemas políticos sufren el impacto desgarrante de la lucha entre lo caduco que se empeña en subsistir y lo nuevo que nace y crece con inusitado vigor. Esta lucha entre la vida y la muerte lo disloca todo. La proliferación de partidos políticos que para unos es expresión de estabilidad, constituye sólo el producto de la propia crisis revolucionaria, donde cada sector se sumerge en la búsqueda de su propia razón y trata de romper con el pasado moribundo. Cada cual se propone encontrar la verdad. Unos, se alinean sin haberla hallado y se colocan todavía en el terreno movedizo de la vacilación; ignoran aún el fondo de la crisis y no comprenden las verdaderas causas que la alimentan. Otros, los que toman plena conciencia y cobran mentalidad de Poder —comprender lo que éste significa como instrumento de clase— se deciden a luchar y toman el camino de la política revolucionaria.

El progreso de Venezuela está indudablemente ligado a su liberación nacional y ésta no puede obtenerse sino a través de la acción revolucionaria; de la lucha decidida y a fondo contra el opresor común. Las clases progre-

sistas, en consecuencia, han de tomar necesariamente este camino; es decir, decidirse a luchar y para ello es indispensable saber que «cuando existe la necesidad de un cambio —como el que está planteado a Venezuela— éste se hace irresistible y, quíerese o no, se produce tarde o temprano». Sólo si se tiene conciencia de que así ocurrirá, y de que los enemigos, por más poderosos que aparezcan en el momento de iniciar la lucha, serán vencidos, se podrá dar el paso correspondiente y despreciar, en lo general, a los imperialistas y demás reaccionarios.

Ya dijimos que en Venezuela existen, como en el resto del mundo, dos políticas: una revolucionaria y otra reaccionaria. La primera significa, en nuestro caso, la liberación antimperialista y antifeudal, el progreso social y el desarrollo económico; la otra, coloniaje, opresión, atraso, tiranía, miseria...

Existen también dos fuerzas: la revolucionaria, patriótica o progresista; y la reaccionaria, conservadora o colonialista. Y en el centro, un denso sector que vacila hacia uno y otro lado y donde también hay revolucionarios y reaccionarios.

Mi amigo y yo estuvimos juntos, ambos con ideas revolucionarias, en el sector del centro. Yo, a pesar de mi juventud, un poco más reaccionario que él. Sus consejos y los libros que puso en mis manos —muy distintos por cierto a los que antes había puesto Jovito Villalba— me abrieron el camino correcto de la política. Hoy los papeles están invertidos y mi amigo permanece, aunque sin cambiar sus ideas revolucionarias, estacionado en el mismo sector donde lo dejé hace cinco años. El entiende la necesidad de nuestra liberación; hasta ahora ha sido un fervoroso partidario de la propiedad social de la tierra; del desarrollo industrial independiente; de la democracia y la soberanía plenas. En la manera de plantear el problema venezolano y de precisar los objetivos estratégicos, no hay mayor diferencia entre los dos. Tampoco la hay entre quienes impulsamos el cambio histórico por medio de la Guerra del Pueblo y los que aún no se han decidido a tomar este camino, permaneciendo bajo la influencia de la ideología reformista y bajo el terror que proporciona el poderío relativo de la reacción nacional e internacional.

El imperialismo y la oligarquía (es la tesis reformista) cuentan con una inmensa fuerza que irremisiblemente será empleada contra cualquier insurgencia de signo revolucionario o contra cualquier gobierno que trate de modificar la presente situación.

Lo uno y lo otro lo han hecho ya en nuestro continente y fuera de él. Lo hicieron en Cuba y fracasaron. Lo hicieron en Santo Domingo y no lograron plenamente sus objetivos. Lo hicieron en Brasil y se impusieron.

El imperialismo no ha descansado un solo instante en su conducta agresiva contra Cuba. Desde el mismo momento que el gobierno revolucionario dio el primer paso hacia el rescate de sus riquezas explotadas por los monopolios norteamericanos y ahondó en la realización de una Reforma Agraria integral, para romper el sistema de tenencia de la tierra y liquidar el latifundio, se puso de manifiesto la reacción contrarrevolucionaria. La conspiración militar interna (Díaz Lanz, Urrutia y Hubert Matos); el sabotaje (incendio de El Encanto, explosión del vapor La Coubre, etc.) el asesinato de trabajadores revolucionarios (Conrado Benítez, Ascunce Domenech y otros); la invasión de Playa Girón, preparada, armada y financiada por el Departamento de Estado y la Central de Inteligencia en Estados Unidos y Nicaragua; la expulsión de Cuba de la OEA y la ruptura multilateral de relaciones diplomáticas y comerciales impuesta por el gobierno de Estados Unidos a los países latinoamericanos; y el bloqueo general, son expresión concreta, hechos indubitables, de una constante represiva. Tal cadena de acontecimientos, unida a otros hechos, se ha producido en dos etapas distintas del régimen revolucionario cubano: la del gobierno democrático-burgués, a la caída del tirano Fulgencio Batista, el 2 de Enero de 1959 y la del régimen socialista, proclamado durante la invasión mercenaria, en Abril de 1961.

La transición del gobierno democrático-burgués al régimen socialista fue consecuencia directa de la radicalización popular frente a la agresión imperialista y producto de la firmeza revolucionaria de los nuevos gobernantes encabezados por Fidel Castro. Pero en su actitud agresiva y confusionista, las fuerzas reaccionarias jamás han hecho diferencia. Y cuando se dice que el gobierno de Estados Unidos no permitirá la aparición de una «nueva Cuba» en el continente no se refiere sólo a la presencia del socialismo, sino al triunfo de cualquier movimiento de liberación nacional bajo el régimen revolucionario democrático-burgués. No es al comunismo exclusivamente lo que combaten las fuerzas reaccionarias, como quieren hacerlo ver a todo trance, sino a la liberación de los pueblos para poner fin a la explotación y el colonaje.

«A los imperialistas los tendría sin cuidado que nosotros —dijo Raúl Castro el 1º de Mayo de 1959— izáramos en el mástil del Capitolio Nacional

la bandera roja con la hoz y el martillo y no realizáramos la Reforma Agraria ni pusiéramos en marcha una política que afecte los grandes intereses norteamericanos en nuestro país».

Y es que lo formal tiene sin cuidado a los reaccionarios, aun cuando aparezcan muy apegados a ello. Lo sensible, en todo caso, son sus intereses que garantizan a través del dominio político y económico sobre los pueblos débiles. El gobierno cubano se ha caracterizado precisamente por los hechos, por la acción directa contra el colonaje y la opresión imperialista. De ahí la sañuda actitud de Estados Unidos frente a la revolución. Sin embargo, como los hechos y no lo formal es también lo que galvaniza la voluntad popular, Cuba no ha podido ser derrotada y su pueblo avanza hacia la construcción de una nueva sociedad.

Son ocho años de lucha abierta, feroz, por parte del imperialismo contra el pequeño país cubano, en los cuales no ha habido la menor tregua. Todo el poderío de la reacción ha estado frente a aquel pueblo sin poder doblegarlo. Los fracasos de las fuerzas reaccionarias indican claramente que no es posible derrotar a un pueblo cuando éste se decide a luchar.

En las circunstancias históricas presentes, con un mundo donde el conjunto de las fuerzas revolucionarias es superior a las de la contrarrevolución, ningún pueblo que tome la ruta de su liberación podrá ser derrotado, independientemente de la ubicación geográfica o cualesquiera otros factores circunstanciales.

Vo Nguyen Giap en su libro: «Viet-Nam: Liberación de un pueblo», dice: «La guerra de liberación del pueblo vietnamita ha contribuido a poner en evidencia esta nueva verdad histórica: en la coyuntura internacional de hoy, un pueblo débil que se levanta y combate resueltamente por su liberación es capaz de vencer a sus enemigos cualesquiera sean y lograr la victoria final...»

Los imperialistas han fracasado en Cuba —ésta es la lección que debemos extraer— porque el pueblo insular, mayoritariamente consustanciado con los fines de la revolución y favorecido por su política liberadora, ha resuelto perecer antes que regresar al estado de explotación y miseria en que vivía; además, porque no se ha hallado solo, abandonado, a su propia suerte, en la valiente lucha que libra día a día contra el inmenso poderío reaccionario. En todo momento ha tenido el apoyo del mundo socialista y de los pueblos amantes del progreso. Y, por otra parte, se han reflejado

en su favor las grandes contradicciones existentes dentro del propio sistema imperialista mundial.

La confirmación de que los imperialistas y demás reaccionarios sólo utilizan su lucha anticomunista como pretexto, como cortina de humo para ocultar sus verdaderos designios, está presente en el caso de Santo Domingo, donde la lucha por el retorno a la constitucionalidad democrática es totalmente distinta a la que libra el pueblo cubano en defensa de su régimen socialista.

En la República Dominicana el gobierno de Estados Unidos ha quedado una vez más al descubierto. Muchos gobiernos cuya actitud violatoria del principio de la libre autodeterminación de los pueblos podrá explicarse respecto a Cuba, donde el Poder lo ejerce el Partido Comunista, tuvieron que asumir una conducta diferente ante la burda intervención militar norteamericana en la otra Isla del Caribe, conducta que contribuyó a robustecer la firme posición del pueblo dominicano que, con las armas en la mano, impidió el retorno al gorilismo militar.

Los infantes de marina norteamericanos y los batallones aerotransportados no fueron a Santo Domingo a salvar vidas, como lo dijo recientemente el líder constitucionalista, coronel Francisco Caamaño Deñó. Su objetivo era restituir en el gobierno a la camarilla militar de Wessin y Wessin, o en último caso, la de Imbert Barrera; impedir la restauración constitucional y el regreso de Juan Bosch a la presidencia de la República, cargo para el cual había sido electo en comicios democráticos. No se trataba de una insurgencia revolucionaria de signo comunista o siquiera de un firme movimiento de liberación nacional. El objetivo inmediato era el retorno a la normalidad constitucional, a la legalidad democrática, interrumpida en 1963 por un golpe de cuartel a cuya cabeza estuvieron Imbert Barrera y Wessin Wessin.

Juan Bosch es un político reformista y no un revolucionario. Su gobierno se caracterizó por querer hacer realidad la democracia representativa, realizar algunas reformas, muy tenues por cierto, en los esquemas del desarrollo económico y social; y mantener el imperio de las libertades públicas. La Constitución de 1962 ampara el libre juego de las ideas políticas dentro del régimen democrático y abre las puertas a determinadas modificaciones en el régimen de tenencia de la tierra y el desarrollo económico del país. La aplicación de dichas reformas por parte del gobierno legítimo, bastó y sobró para que los gorilas militares, bajo el pretexto de la amenaza comu-

nista frente a la debilidad del Presidente Constitucional, echaran a éste del Poder y establecieran, una vez más, la dictadura. La más reaccionaria camarilla militar dominicana, con el apoyo directo de la oligarquía y el imperialismo, puso fin por la fuerza al primer ensayo democrático después de 30 años de Poder omnímodo en manos de «Chapitas» Trujillo. Las fuerzas antipopulares y colonialistas, cuyas maniobras en el proceso electoral se quebraron contra la voluntad mayoritaria del pueblo dominicano, expresada en los votos en favor de Juan Bosch (como manifestación de la soberanía popular) no tardaron mucho en imponer por la violencia, con el beneplácito y solidaridad del gobierno de Estados Unidos, la opresión de su política reaccionaria.

Las fuerzas populares y democráticas no se cruzaron de brazos frente a la usurpación. En abril de 1965 reaparecieron en escena, en alianza cívico-militar que depuso a la Junta encabezada por Donald Rey Cabral; convocó el Congreso disuelto en 1963, que de acuerdo con la Constitución nuevamente en vigencia, designó al Presidente provisional de la República, entretanto se produjera el regreso del titular: Juan Bosch. Los sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas bajo el mando del general Wessin Wessin se pusieron de parte de la Junta derrocada y se hicieron fuertes en la Base Aérea de San Isidro. Desde allí trataron de aplastar al movimiento democrático. El pueblo fue armado por el régimen constitucional. Esto conjuró cualquier posibilidad de victoria de las fuerzas reaccionarias. Asegurado el triunfo constitucionalista, con el apoyo popular masivo, el gobierno norteamericano invadió la isla; el subterfugio fue evacuar a los estadounidenses residenciados allí y proteger sus intereses. Tomadas posiciones en territorio dominicano, las tropas de Estados Unidos entraron a jugar su verdadero papel al lado de los militares reaccionarios. Primero apuntalaron los reductos de Wessin Wessin y luego, habida cuenta de que la alianza cívico-militar constitucionalista no se atemorizó ni cedió un palmo de terreno en su decisión revolucionaria, jugaron la maniobra de un cambio formal. Patrocinaron la integración de una nueva Junta de Gobierno presidida por Imbert Barrera, sin la presencia de Wessin Wessin. La resistencia popular persistió con mayor ardor y heroísmo, alentada en gran parte por el repudio mundial de que fue objeto la agresión militar norteamericana.

El imperialismo, cuyas fuerzas habían ocupado largo tiempo el territorio quisqueyano, impuesto y sostenido al tirano Rafael Leónidas Trujillo, tuvo

que retroceder y abocarse a la negociación, sin lograr plenamente sus objetivos. El poderío militar norteamericano, desplegado con prontitud, no fue capaz de evitar la derrota de la reacción dominicana que a la postre tuvo que aceptar un gobierno de transición, con prescindencia de los gorilas más connotados; la incorporación al ejército de los oficiales constitucionistas; la amnistía general; el regreso de los exilados durante el mandato de Rey Cabral, y la libre actividad de todos los partidos políticos, incluso de la extrema izquierda.

La crisis dominicana, que aún no se ha resuelto en su fondo, sirvió para terminar de desenmascarar al gobierno de Estados Unidos; para evidenciar, una vez más, que un pueblo decidido a luchar, con la razón política de su parte, no puede ser derrotado. Si alguien quiere dar cariz de victoria a la invasión militar norteamericana a Santo Domingo, no le quedará más remedio que conformarse con una victoria de carácter pírrico: donde las pérdidas fueron superiores a las ganancias.

Todos los pueblos latinoamericanos, todas las instituciones progresistas del mundo, se movieron a la vez contra la política intervencionista de Estados Unidos y en apoyo al pueblo ocupado por los infantes de marina. El gobierno de Johnson, incluso dentro de Norteamérica, sufrió una de las más fuertes derrotas morales de los últimos tiempos. El pueblo dominicano, en cambio, recibió vivas manifestaciones de solidaridad y respaldo que lo hicieron más firme en su posición y lo alientan hoy en el camino revolucionario contra la ocupación militar y por la independencia.

Allí también se verá, como ya ha comenzado a verse, que «ante un enemigo poderoso y agresivo, la victoria sólo se asegura con la unión de toda la nación en el seno de un sólido y amplio frente nacional unido basado en la alianza de los obreros y los campesinos...»

En Brasil, como en República Dominicana en 1963, las fuerzas reaccionarias se impusieron. Había también un régimen de cierto signo progresista, expresión del sufragio universal y enmarcado dentro de la constitucionalidad democrática. Joao Goulart, que sustituyó en su carácter de vicepresidente al presidente Jannio Quadros (a quien las fuerzas de la reacción obligaron a renunciar), fue derrocado por los gorilas militares, con el apoyo de Estados Unidos. El pretexto para insurgir contra este otro gobierno constitucional fue el mismo utilizado para derrocar a Juan Bosch: infiltración comunista.

Quadros y Goulart, al igual que Juan Bosch y otros políticos tradicionales

de nuestro continente (asimilables a algunos de la generación del 28 en Venezuela como Jovito Villalba) aferrados a su formación dentro de la «cultura occidental», militan en el campo del reformismo; según sus tesis, el progreso de los pueblos «podrá lograrse a través de la evolución del estado actual y la transformación progresiva del régimen y las instituciones políticas, económicas y sociales».

El desarrollo de esta teoría en América Latina, consecuencia directa del fatalismo geográfico, se ha visto constreñida en la práctica por sus mismos creadores (los imperialistas) como ha sucedido en varios países y recientemente en Brasil. Los peligros que se atribuyen a los cambios revolucionarios, frente al «inmenso poderío de la reacción» no desaparecen ni ante la tímida y vacilante esencia de la reforma. Y ésta no logra nuclear las masas populares y fuerzas progresistas para hacer frente, en el momento dado, a las fuerzas reaccionarias que, igual e indistintamente, se oponen a toda manifestación de cambio o avance revolucionario o reformista, capaz de poner en peligro sus intereses o vulnerar sus privilegios de clase.

La reacción militar brasileña, al servicio del imperialismo, los latifundistas y la poderosa burguesía intermediaria, no halló la menor resistencia frente al zarpazo consumado. Tanto la política de Quadros como la de Goulart, si bien carecía de contenido revolucionario, introdujo algunas reformas; en lo internacional, estableció relaciones con los países socialistas; y, en lo interno, varias medidas de beneficio para la burguesía industrial y agraria. La nacionalización de ciertas empresas norteamericanas de servicio, y la promulgación, bajo el gobierno de Goulart, de disposiciones referentes al régimen agrario, fueron suficientes para que la alianza oligarquía-imperialista consumara su acción de fuerza.

En los gobiernos del tipo de los derrocados en Brasil o anteriormente en Cuba (Carlos Prío Socarrás), en Perú (Bustamante y Rivera y Manuel Prado), en Argentina (Juan Domingo Perón y Arturo Frondizzi), en Venezuela (Isaías Medina Angarita y Rómulo Gallegos), en Chile (Carlos Ibáñez), en Ecuador (Velasco Ibarra y Carlos Arosemena), etc., la reacción, que mantiene en sus manos los principales instrumentos de Poder, entre ellos las Fuerzas Armadas, constituye la fuerza determinante. Los sectores populares y progresistas, cuyo único recurso, en este caso, son las normas del formalismo democrático y la ilusoria majestad de la Constitución, giran a la zaga y bajo la férula de aquélla, que no se detiene ante las formalidades legalistas si se presentan en su contra.

Las fuerzas reaccionarias, que saben claramente para lo que el Poder sirve, sólo permiten determinadas libertades cuando éstas no afectan sus intereses y privilegios. En Brasil y en otros países de América Latina han sido derrocados aquellos gobiernos que pretendieron transponer los límites de su verdadera competencia; dar un paso más allá de lo permitido por la reacción. Tales gobiernos, sin una política popular definida para no chocar con los intereses de las clases dominantes, no alcanzan a despertar la conciencia del pueblo, ni a colocar a su lado los sectores progresistas, para apoyarse en ellos y derrotar el golpismo.

Los políticos no revolucionarios creen que todo radica en la mayoría de votos acumulada para ganar el gobierno; consideran que si se perfila un régimen democrático representativo y se le orienta hacia la vigencia absoluta de la ley, nadie se atrevería a desafiar la ley. No acaban de comprender —ello se expresa a través de todas sus manifestaciones— que para ejercer el Poder real se necesita una fuerza capaz de enfrentarse con éxito y derrotar a las clases reaccionarias afectadas por el cambio constitucional.

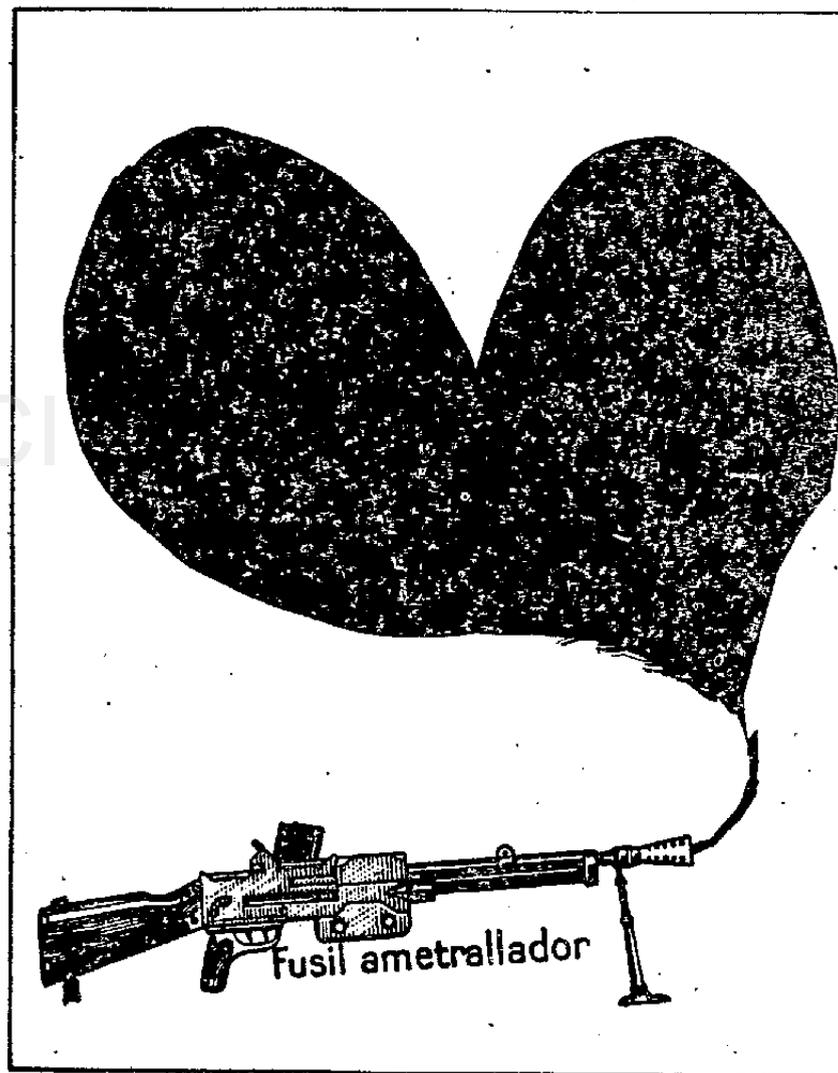
Esta es precisamente la diferencia hallada por el imperialismo y demás fuerzas reaccionarias en los casos de Cuba, Santo Domingo y Brasil. En el primero, el Poder real ha pasado a manos del pueblo; en el segundo, el pueblo ha decidido adquirirlo a cualquier precio y en Brasil, donde el gobierno democrático sólo tenía carácter formal, el gorilismo militar encontró la vía expedita para imponer fácilmente su voluntad.

En el país más grande de América Latina, que tiene el ejército de aire, mar y tierra, más numeroso y 70 millones de habitantes, el imperialismo no tuvo necesidad de mover más de unos cuantos mariscales y generales para poner término a los gobiernos de Quadros y Goulart. En Cuba, por el contrario, el imperialismo ha puesto en práctica todos sus recursos, excepto la agresión militar directa de sus tropas (y esto porque el apoyo popular de la Revolución y la correlación internacional de fuerzas se lo impide), sin poder introducir el más ligero cambio en el rumbo ascendente de la Revolución. Y en Santo Domingo, donde sí apelaron al desembarco de los infantes de marina, la heroica resistencia del pueblo les frustró sus plenos objetivos.

Esto parece paradójico; pero para quienes llegan a entender que la fuerza de los pueblos no está en relación exclusiva a su número de habitantes, sino en función de su moral, conciencia y mentalidad de Poder, lo que ocurre

en Brasil, Cuba y Santo Domingo, es revelación exacta de la necesidad del Poder Político en manos del pueblo.

Cap. III del libro inédito de Fabricio Ojeda «Hacia la Conquista del Poder».



Perú: Revolución, insurrección, guerrillas

AMERICO PUMARUNA

Más de un lustro alcanza ya la lucha guerrillera en América Latina. Tiempo más que suficiente para permitir que se realice una valoración crítica a fondo de las experiencias obtenidas. Tanto de las buenas experiencias como de las malas. Esta tarea teórica no es sólo una posibilidad, sino más bien una necesidad imperiosa para el desarrollo del movimiento revolucionario, sobre todo ahora, cuando alguna gente publica, en revistas de circulación internacional, artículos de un aparente rigor intelectual, intentando elaborar una interpretación ideológica interesada de ese cúmulo de experiencias de la lucha revolucionaria americana.

Algunos de estos atildados escritores, devenidos en teóricos políticos, pretenden apoyarse sobre la memoria de Camilo Torres, Luis de la Puente, Fabricio Ojeda y Turcios Lima, sobre el sacrificio anónimo de miles de revolucionarios latinoamericanos, a fin de demostrar que estas muertes y estos sacrificios no representan más que una loca aventura romántica carente de fundamentación, política sería.

Podemos mencionar hoy nombres y argumentos. Son ya tantos como para definir y constituir un movimiento teórico que no es sensato continuar subestimando, porque son cada vez más amplios los sectores adonde llegan en nuestra América, y a veces con la anuencia explícita de las oligarquías explotadoras.

Esta corriente ha logrado perfeccionar la técnica que consiste en unir a frases formalmente revolucionarias, conclusiones absolutamente derrotistas y por tanto antirrevolucionarias. Es preciso denunciar esa filosofía del desaliento que se esconden

de detrás de una terminología políticamente ambigua, o de afirmaciones de doble filo que no buscan otro objeto que el de sembrar la confusión y el pesimismo entre los verdaderos revolucionarios o entre los que potencialmente podrían llegar a serlo.

Un ejemplo en alguna medida representativo lo tenemos en el artículo que a continuación ofrecemos: Perú: Revolución, Insurrección, Guerrillas. Es cierto que no es tampoco la expresión extrema de esta corriente y que aún podría admitirse que el mismo no fuera más que el reflejo de una tragedia personal de una conciencia confusa, arrepentida, pero honesta. Sin embargo, el trabajo de Pumaruna es un trabajo de tesis en el cual se realizan todos los esfuerzos por tratar de demostrar algo. No es la intención de esta nota (no sería serio, ni posible) tratar de rebatir en tan breves líneas las afirmaciones que Pumaruna sustenta, ni hacer una valoración exhaustiva de su obra en general. Sólo pretendemos realizar una serie de observaciones sobre algunos aspectos del trabajo que sirvan de advertencia al lector para que aguce su sentido crítico frente a él.

En su introducción el señor Pumaruna intenta ofrecernos una concepción del «foquismo» (teoría del foco guerrillero). Dicha exposición simplifica en una medida tal el asunto, que prácticamente se reduce al planteamiento esquemático de una de las tesis que componen la mencionada teoría: la posibilidad de la creación de una parte de las condiciones por la actividad guerrillera.

Esta reducción arbitraria desnaturaliza la teoría del «foco» e inclusive, la única entre sus tesis que es expuesta, resulta castrada al no plantearse los argumentos que la sustentan y que por lo tanto la hacen posible. Pumaruna realiza aquí una vieja artimaña: sólo presentar el aspecto donde se piensa atacar, haciéndolo aparecer lo más débil posible. Así se consigue una victoria fácil... y falsa.

Posteriormente, al referirse a las causas del fracaso de Jauja en 1962, Pumaruna apunta en primer término:

«...un desconocimiento total del método marxista y de la teoría revolucionaria, así como de los procesos reales de las revoluciones socialistas». El planteamiento, de por sí, es confuso. Sin embargo, a estas alturas no resulta un descubrimiento reconocer que un conocimiento de la teoría marxista facilita el inicio de un proceso armado y que a un determinado nivel de desarrollo, dicho conocimiento se hace indispensable. Pero plantear las cosas como lo hace Pumaruna es prácticamente cuestionar a Pancho Villa la posibilidad de armar la «División del Norte» y a Sandino la de resistir durante años en Las Segovias.

Una lectura del proceso de la insurrección de Jauja hace saltar a la vista diversos errores concretos de orden militar y político. Destacarlos y analizarlos hubiera servido para alertar a otros revolucionarios latinoamericanos. Mas Pumaruna no está interesado en eso; él busca fundamentar su tesis aunque solo sea con vaguedades: Jauja fracasó por desconocer el marxismo. Es necesaria una condición subjetiva, el conocimiento del marxismo. Pumaruna continúa anotándose «victorias».

La aseveración del fracaso de la guerrilla basándose en la razón de que «...porque ésta no había logrado penetrar en la conciencia obrera y campesina»... demuestra

que Pumaruna pretende impartir sus lecciones acerca de las experiencias guerrilleras (independientemente del lugar donde éstas hayan ocurrido) tan sólo mediante frases.

La insurrección que el autor nos propone llevar a cabo está basada en la difusión ideológica, mediante la cual se pretende que la población de la región, con anterioridad al inicio de la lucha, tendría ya la firmeza y convicción suficiente para llegar hasta el fin del proceso, además de contar con una claridad ideológica extraordinaria; esto es una utopía, «guerrilla de gabinete».

Si no conociéramos a cuántas delaciones se ve expuesto un grupo insurreccional en los primeros tiempos, las infiltraciones constantes a que está sometido, la movilidad que se ve obligado a tener para no chocar fuertemente con el ejército, las dudas y el temor (comprensibles) que la población vecina mantiene en los primeros tiempos, la falta de contactos con la ciudad, repetimos, si no supiéramos todo esto y conociéramos además los movimientos revolucionarios que han fracasado en sus inicios por no percibirse de estas situaciones, por ser ingenuos; quizás entonces pudiéramos creer al Sr. Pumaruna sus lecciones sobre «la penetración en la conciencia obrera y campesina».

Creemos que Pumaruna se queda en las «intenciones»; trata de destruir una concepción, la del foco y la guerra revolucionaria, sin haber antes entendido la significación de la misma; sin embargo, no diríamos que esto sucede por desconocimiento teórico («o del método marxista» como él prefiere decir) sino por falta de apego a la realidad.

No creemos que frente a artículos como éste deba desarrollarse una labor que se reduzca a las simples críticas de errores. Lo necesario es analizar desde posiciones revolucionarias y con intenciones revolucionarias las experiencias de la lucha armada. Estos análisis correctos eliminarán las confusiones y se opondrán a todo intento de tergiversar la realidad.

LA REDACCION

Algunos antecedentes

El signo del Fidelismo preside los últimos siete años de experiencia revolucionaria peruana. Difícilmente podría haber sido de otra manera.

La endeblesz teórica y organizativa de las agrupaciones de izquierda, combinadas con la vehemencia y las ansias de hacer justicia han hecho su experiencia. La herencia del Fidelismo mal entendido es el foquismo guerrillero y los ejemplos clásicos peruanos son también parte del bagaje revolucionario latinoamericano.

Antes de caer en el riesgo de no ser bien interpretados, expliquemos en dos palabras con qué concepto de foquismo vamos a trabajar esta

elaboración teórica. La idea principal es tomada equivocadamente del libro de Ché Guevara; *La guerra de guerrillas*, en tanto de allí se entiende que no es necesario que estén dadas todas las condiciones que se requieren para emprender la lucha, ya que el foco guerrillero las puede ir creando. ¿Exactamente de qué condiciones se trata, y de qué manera se realiza la proyección y adaptación correcta de este enunciado a cada libre situación concreta? es el aspecto antojadizo y de las interpretaciones. Naturalmente hay algunos elementos adicionales, también importantes para redondear la noción. Entre éstos por ejemplo: la necesidad de creer en la omnipotencia del foco, que, claro está, —como en la Revolución Cubana, tiene que tener como final lógico la huida del enemigo y el triunfo en medio del alborozo generalizado; la necesidad de que el proceso se dé en ausencia de un movimiento de masas, porque éste —una de las condiciones necesarias— no existe al partir y se tiene la esperanza de crearlo sobre la marcha. Es decir, todo lo cual debe explicarse al nivel de una interpretación incompleta y defectuosa del proceso revolucionario cubano. A muchos camaradas cubanos les cabe culpa en tanto ellos informalmente, inconscientemente y por falta de una comprensión cabal, difundían consignas equívocas como aquellas de los doce hombres de la sierra, las condiciones de superhombre de Fidel y el paralelismo entre la Sierra Maestra y la Cordillera de los Andes. Esto a innumerables revolucionarios peruanos, ganados por el tonismo del momento y faltos de capacidad de análisis y formación teórica, les hacía pensar que bastaba reunirse doce y que más quizás sobrarán, que era suficiente sentirse predestinado y con condiciones superhumanas o por último simplemente instalarse en cualquier contrafuerte andino, para repetir la hazaña del pueblo de Cuba que derrocó a Batista y en una sola operación ininterrumpida produjo el parto socialista en la Isla Gloriosa.

Claramente se puede ver entonces cómo se complementan y se entrelazan los diferentes elementos para dar los fundamentos teóricos del concepto de foquismo guerrillero. A todo ello debe agregársele una noción que también ha sido difundida por un sector de opinión cubano: la de la «no excepcionalidad de la coyuntura cubana». Así pues los revolucionarios peruanos que llevaron a cabo los procesos insurreccionales que examinaremos a continuación, se sentían situados dentro

de condiciones como las cubanas del 58 y ellos miembros de un movimiento como el 26 de Julio y su ubicación como la de un paraje de la Sierra Maestra en la provincia de Oriente, y sus propias capacidades como las de Fidel, el Ché, Camilo y Raúl y más no, porque más no era sino el calibre, la cantidad y tipo de las armas y algunos aspectos logísticos, a veces ni esto mismo.

Los procesos que vamos a examinar a continuación, a manera de antecedente, son los siguientes: 1) Jauja, en Mayo de 1962; 2) Convención y Lares, entre 1962 y 1963; 3) Huacrachuco, a principios de 1963 y 4) Puerto Maldonado, en Mayo de 1963. Examinaremos brevemente tres de ellos y dejaremos sin tocar el de Huacrachuco, del cual se sabe bien poco, y sólo indicaremos que, a nuestro entender, el grupo de aproximadamente una docena de universitarios que realizó la acción, fue debelado en el curso de unas horas y sin pérdida de vidas por ninguno de los dos bandos. De los cuatro fue indiscutiblemente el de menor importancia y proyecciones, a la vez que también el más elemental y foquista.

1) Jauja, Mayo de 1962. La experiencia de Jauja es foquismo puro. El desarrollo de los acontecimientos fue el siguiente: un cuadro de izquierda, en ese entonces militante del POR, una de las fracciones trotskistas existentes en esa época, se conectó primero a nivel amical y luego a nivel conspirativo con un oficial, con grado de subteniente, de la Guardia Republicana, que hacía servicio en la cárcel de Jauja.¹

El oficial, que tenía a su cargo la cárcel y un destacamento de unos quince hombres, fue quien propuso el levantamiento, y para ello quería contar con el respaldo de una organización política. El dirigente sindical efectuó dos o tres intentos de conseguir el compromiso de su organización, pero ésta se resistió manteniendo serias reservas sobre todo el proyecto. Ambos tenían gran coraje y voluntad revolucionaria, muy escasa formación teórica y nula capacitación guerrillera. En el curso de unos seis meses, entre Jauja, residencia del oficial revolucionario y Lima, residencia del dirigente sindical, se realizaron tres o cuatro

viajes, en cada uno de los cuales conversaron algunas horas sobre «todo», animándose y conjurándose uno al otro. El plan era por lo demás elemental y simple; consistía en comprometer el respaldo de determinados dirigentes campesinos de la zona, alzarse en Jauja y constituirse como foco guerrillero en las inmediaciones de la Selva Alta. El oficial había tomado contacto con dos dirigentes campesinos y había cumplido con el mínimo de conversaciones. Todos asentían, todos estaban de acuerdo en la necesidad de producir acciones insurreccionales y constituir focos guerrilleros. Surgió entonces como muy decidido un dirigente comunal² con cierta trayectoria de lucha, aunque igualmente de nula capacitación guerrillera y de aún más escasa formación teórica. Cumplidos estos compromisos se extendió la participación a un grupo de estudiantes de secundaria de la ciudad de Jauja que, aunque no se tenía intención de que participaran armados, servirían de acompañamiento agitativo en la primera fase de las acciones. Este grupo lo constituían unos doce muchachos llenos de coraje.

Un día antes de la fecha fijada para comenzar las acciones el dirigente sindical viajó de Lima a Jauja y esa noche se reunió con el oficial revolucionario y con el más combativo de los dirigentes campesinos. Se hizo conocer que dos maestros, que durante un tiempo habían vacilado respecto de participar o no, finalmente habían decidido echarse atrás aludiendo una serie de razones personales. Se aseguró, sin embargo, la participación de otros dirigentes campesinos y se acordó que todos los insurrectos se reunirían a las 5 a.m., en el punto prefijado, para comenzar las acciones.

Las acciones planteadas eran elementales: el oficial tomaba la cárcel y con ayuda de los conjurados desarmaba y encarcelaba a los soldados y con estas armas se dotaba a los combatientes revolucionarios. Se tomaban luego las otras dos comisarias de policía, se expropiaban los dos bancos y con armas y dinero se partía en retirada hacia las quebradas de las laderas orientales de los Andes a instalar el foco.

El desenlace fue también elemental: a la mañana siguiente no se presentaron sino dos de los dirigentes campesinos, cuando, a través de éstos, aproximadamente unos diez habían asegurado hasta el día anterior su

¹ Jauja es la capital de la provincia del mismo nombre en el Departamento de Junín, en la Sierra Central del Perú, a unas cinco horas por carretera de Lima y a unos treinta minutos de Huancayo, capital de Junín.

² Dirigente comunal: dirigente de una comunidad de indígenas, forma de organización tradicional integrada por campesinos paupérrimos.

participación. Unos adujeron que tenían que ir a recoger su ganado del monte, otros que habían tenido que viajar a un pueblo vecino por razones del trabajo y en fin otros ni siquiera se molestaron en ofrecer explicación alguna. Los maestros habían desertado un día antes y todo ello motivó que, en la madrugada del día que debía comenzar la insurrección, no hubieran sino los cuatro actores principales. Se esperó un tiempo y mientras se vacilaba si proceder adelante con las acciones o no, se hicieron presentes los estudiantes. Estos, llenos de inconsciencia y de coraje, decidieron en pocos minutos su participación armada, alentaron al grupo y terminaron todos por decidir seguir adelante.

Las acciones comenzaron con tres horas de atraso pero el grupo «guerrillero» no tuvo mayor dificultad para asaltar la cárcel, las dos comisarías y uno de los bancos.³ Finalmente, rumbo al Este, el grupo se retiró en un automóvil y una camioneta expropiados como punto final de las acciones urbanas. El viaje motorizado duró más o menos unas seis horas hasta un pueblo en donde el camino terminaba. En este lapso, de Jauja las autoridades avisaron a Huancayo y desde allí salió un destacamento de cien Guardias de Asalto en «jeeps» y camiones militares.

Este destacamento represivo llegó al mismo pueblo al final del camino sólo dos horas más tarde que los insurrectos. Desde allí comenzó la persecución a pie.

El grupo insurrecto se había dividido en dos, uno conformado mayormente por los estudiantes iba delante, el segundo conformado por los dirigentes iba atrás, arreando dos burros que cargaban las armas sobrantes, el dinero y algunos petrechos. El contacto con las «fuerzas del orden» se produjo al final del día y con las últimas luces, en momentos en que se coronaba una cumbre desde donde se inicia el descenso hacia la zona más protegida de la Selva Alta, comenzó una muy desigual batalla.

El combate duró unas horas. Le costó la vida al oficial Vallejos cabeza del grupo revolucionario y al dirigente campesino Mayta, que, habiendo caído herido, fue tratado brutalmente hasta que murió en el camino de regreso. Los estudiantes se dispersaron, algunos cayeron presos horas más tarde en los alrededores, y el resto se fue entregando en Jauja mismo durante los días subsiguientes. El dirigente sindical-político trotskista Rentería cayó también preso al final del tiroteo junto con el otro dirigente campesino y algunos de los estudiantes. Todos fueron encarcelados y mantenidos presos sin juicio alguno.

Estos hombres llenos de coraje, de valor y de «voluntarismo revolucionario», se alzaron por la revolución socialista y así lo expresaron pública y personalmente a los cientos de jaujinos que presenciaron las acciones en la cárcel, en las comisarías y en el banco. ¿Qué tipo de razonamiento empírico los condujo a una acción tan bárbaramente equívoca? Es algo que encontramos sin duda en los elementos que hemos enunciado al comienzo del trabajo: un desconocimiento casi total del método marxista y de la teoría revolucionaria, así como de los procesos reales de las revoluciones socialistas; una deformación a partir de una interpretación equivocada del proceso cubano en particular y un aislamiento casi total de las masas.

2) Puerto Maldonado, mayo de 1963.

La experiencia revolucionaria de Puerto Maldonado, casi exactamente un año después, es también un caso foquismo, aunque los planes tácticos tuvieran relación —unilateral y equívoca— con las acciones de masas que realizaban los campesinos del Valle de la Convención y Lares en el Departamento del Cuzco.

Las acciones de Puerto Maldonado⁴ se refieren al enfrentamiento entre la vanguardia táctica (unos seis combatientes), de un grupo expedicionario-revolucionario y las fuerzas armadas del Estado que esperaban su llegada.

³ En el curso de las acciones que se mencionan hubo no pocos incidentes de tipo increíble, que no se reproducen porque no afectan el contenido descriptivo ni el análisis y más bien alargarían mucho el desarrollo, y aunque servirían para dar una idea más cabal de la naturaleza de los hechos, quizás terminarían por hacer pensar a más de un lector que se trata de un relato novelado que nunca pudo ocurrir en la realidad!

⁴ Puerto Maldonado es la capital del Departamento de Madre de Dios, en la región sudoriental del país; limítrofe con Bolivia y colindante con la provincia de la Convención del Departamento del Cuzco. Se encuentra a orillas del río Madre de Dios, ya en pleno llano amazónico.

El grupo revolucionario se encontraba constituido por aproximadamente treinta y cinco cuadros militares formados para la lucha guerrillera y que habían tenido, en general, una cierta capacitación política marxista, aparte de que, en algunos casos se trataba de camaradas con trayectoria de militantes en algunos de los partidos de la izquierda peruana, de donde se habían escindido por discrepancias que muy frecuentemente tenían relación con «la necesidad de producir acciones armadas».

El grupo —enfrentado a una disyuntiva— había optado por la no incorporación al MIR⁵ que por aquella época hacía la preparación de sus cuadros; y había logrado un cierto respaldo que le había permitido atravesar clandestinamente el Brasil, armarse en Bolivia y llegar a la frontera selvática Perú-Boliviana.

El plan estratégico-táctico consistía en entrar armados al Perú, atravesar los 300 Km de selva que separan la frontera de los valles donde actuaban los campesinos dirigidos por Hugo Blanco y prestarle a este grupo el apoyo militar que, se les hacía evidente, necesitaba. El grupo se constituiría en foco y a partir del foco y en combinación con las acciones de masas campesinas de la zona mencionada se iría desarrollando el proceso por la toma del poder. Los integrantes, todos hombres de gran valor y coraje, eran mayormente de extracción pequeño-burguesa y de las capas medias; una minoría era producto de familias proletarias y aun campesinas. Casi en su totalidad eran estudiantes universitarios.

La avanzada de seis combatientes que entró en la ciudad de Puerto Maldonado tenía el objetivo de toda avanzada: auscultar la situación e informar, salvando de riesgo al grueso de las fuerzas. Parecía hacerse necesario tomar contacto con la ciudad en razón de que se esperaba poder introducir a algunos de los combatientes dentro de la circulación normal y ritmo de vida de la zona con el fin de que hiciera los contactos con otras organizaciones y en especial con los grupos del FIR,⁶ ligado a los cuales actuaba Hugo Blanco; y también en razón de que muchos

camaradas se encontraban enfermos, atacados de parásitos intestinales y especialmente por infecciones de uta.⁷

El desenlace debe ser examinado en perspectiva. Los acontecimientos del 15 de mayo fueron los siguientes: en las calles de Puerto Maldonado se produjo una escaramuza armada entre la avanzada y la policía local que se hizo presente para interceptarla. El desarrollo ulterior fue la persecución de los combatientes revolucionarios por las Fuerzas Armadas y por los hacendados de la localidad provistos de armas de caza. Estos grupos se encontraban advertidos desde días antes, pues la presencia de los guerrilleros en una zona selvática próxima a Puerto Maldonado y conectada con éste, los había denunciado. La cacería humana duró unos días, le costó la vida al joven poeta laureado y militante revolucionario Javier Heraud, integrante de la avanzada. Cayó herido Alain Elías, otro de los combatientes, quien fue encarcelado junto con el resto. El grueso de las fuerzas pudo captar conversaciones radiales en onda corta entre los oficiales de las fuerzas represivas en Puerto Maldonado y la Jefatura zonal en el Cuzco; comprendió claramente lo sucedido y optó por retirarse a Bolivia por una ruta más inhóspita que la recorrida meses antes. El plan quedó frustrado.

En Bolivia el grupo se dispersó y vivió un tiempo semiclandestino. Recibió cierta ayuda de algunas organizaciones de izquierda bolivianas y luego fue infiltrándose paulatinamente al Perú. Posteriormente tomaron el nombre de Movimiento 15 de Mayo y se constituyeron en el ELN (Ejército de Liberación Nacional). En este reagrupamiento las fuerzas habían quedado reducidas a aproximadamente la mitad; pese a que algunos de los combatientes apresados en las acciones de Puerto Maldonado ya se encontraban en libertad y se habían sumado también otros, una parte de los que no llegaron a combatir se había replegado y pasó a una actividad no militante. A este grupo del ELN lo volveremos a encontrar más adelante, cuando nuevamente comienza a producir acciones armadas.

Pese a que la concepción estratégico-táctica era evidentemente foquista y pese a que posiblemente los mismos elementos de crítica enumerados

⁵ MIR: Movimiento de Izquierda Revolucionaria, se analiza en detalle más adelante.

⁶ FIR: Frente de Izquierda Revolucionaria, organización trotskista producto de la fusión de varios grupos muy pequeños y ligada al movimiento internacional trotskista. Se examina con mayor detalle más adelante, al tratar del proceso en los Valles de la Convención y Lares.

⁷ Uta: microbio cuyo vector es un insecto parecido al transmisor del paludismo; produce una enfermedad de la familia de la lepra, con llagas abiertas que se expanden y son muy difíciles de cicatrizar. Pueden producir la muerte o la pérdida de la piel y el músculo adyacente, dejando el hueso al descubierto.

en el caso de Jauja, un año antes, pueden ser repetidos para este segundo proceso examinado, parece interesante señalar algunas diferencias que serían el fruto de una cierta maduración por vía de las aproximaciones. Así por ejemplo, el grupo de Puerto Maldonado concebía su desarrollo asimilado (o más bien podría decirse incrustado), dentro de un movimiento de masas que ellos consideraban en condiciones de ser suplementado por acciones de tipo militar revolucionario. Pero, ciertamente no se habían detenido a examinar la relación entre la situación y circunstancias de la zona Convención-Lares y el resto del país, ni tampoco las condiciones particulares y de detalle que se daban en la propia zona. El grupo había incorporado a su bagaje revolucionario importantes conocimientos en el aspecto de la táctica guerrillera, pero ciertamente no había ganado en perspectiva, en concepción nacional, en amplitud de miras y en la incorporación de una problemática que es propia y obligatoria a todo grupo revolucionario. Un proceso revolucionario que se frustra porque alguien olvidó la llave para abrir la puerta que le permitirá a la revolución pasar a su etapa siguiente, es ciertamente un proceso que se encuentra encauzado muy lejos todavía de la concepción marxista y del desarrollo de las revoluciones socialistas. Todo proceso debe tener un mínimo de impulso vital que no puede ser proporcionado por las acciones táctico-militares (guerrilleras o no), y que deviene de las condiciones objetivas y subjetivas del país.

No se tiene conocimiento de ningún documento crítico producido por el grupo de Puerto Maldonado ni por su heredero político, el Movimiento 15 de Mayo y el ELN, y se verá más adelante cómo este hecho ciertamente debe de haber contribuido a la reproducción de determinados aspectos de una línea táctica equívoca.

3) Convención y Lares, 1962-1963

La experiencia de los valles de la Convención y Lares,⁸ difícil de examinar por su naturaleza más rica y compleja. Se le ha fijado en el tiempo

⁸ Los valles de la Convención y Lares quedan en la provincia de la Convención, del Departamento de Cuzco. La provincia de la Convención, cuya capital es Quillabamba, se extiende a partir de la Selva Alta que se presenta de la ciudad del Cuzco, hacia el norte (Macchu Picchu) es una zona agreste, poco poblada, a excepción de los valles mismos.

de 1962, fecha en que se comienzan a desarrollar determinadas acciones conexas en Lima, a abril-mayo de 1963, fecha en que son apresados los dirigentes campesinos más importantes incluyendo el líder indiscutible: Hugo Blanco.

Para entender bien el proceso es necesario tener presente diferentes elementos. Por un lado, el aparato político del FIR que funcionaba en Lima y que, como hemos dicho, tenía ramificaciones internacionales de importancia. Por otro lado, las condiciones especiales que se presentaban en las relaciones entre clases en la zona de Convención y por último la ligazón que se presentaba entre las masas campesinas de la zona y el aparato político, a través de la persona de Hugo Blanco, cuadro revolucionario firista.

En Lima, el FIR había juntado un equipo teórico de regular calidad y había montado una organización militar, aún de carácter solamente urbano, que llegaba, aproximadamente a unos sesenta cuadros. Con una concepción internacionalista, un tanto exageradamente ortodoxa, la organización internacional trotskista había desplazado —por acuerdo— sus mejores cuadros al Perú. Se habían hecho presentes en Lima y militaban activamente cuadros trotskistas de origen foráneo que cumplían celosamente los consignas de su organización. Periódicamente se hacían presentes los dirigentes máximos del aparato internacional que normalmente tenían residencia en el extranjero. Todo esto era absolutamente nuevo en el país y estaba rebasando rápidamente las condiciones políticamente subdesarrolladas a las cuales se encuentran acostumbradas las organizaciones peruanas de izquierda. Todo el aparato político se encontraba extraña y equivocadamente intermezclado con el comparativamente poderoso aparato militar y el conjunto muy débilmente conectado con el otro extremo de este eje revolucionario, el extremo campesino: los dirigentes cuzqueños y las masas de la provincia de la Convención.

En los valles de la Convención y Lares la estructura agraria determinaba una suerte de relación de producción sumamente interesante. Por un lado, los hacendados propietarios de extensos latifundios, mayormente incultivados (un total de 136 propiedades latifunditarias cuya extensión varía entre las 2,000 ha. y las 152,000 ha. y en las cuales sólo

un 8 a 10% de la extensión se encuentra cultivada), y por el otro lado los «arrendires, los allegados y los habilitados»,⁹ el campesinado pobre de la zona que sufre increíbles condiciones de explotación económica, de injuria, sometimiento y miseria. Allí se presenta muy bien asimilado y encubierto el aparato revolucionario del FIR y comienza el trabajo de organización sindical. En 1962, en momentos en que en Lima el aparato militar y político se encontraba en condiciones de pasar a la acción en los valles de la Convención y Larcs, casi todas las haciendas contaban con una organización campesina en estado de ebullición. Los dirigentes del FIR en el campo, iniciaron la agitación por mejores condiciones, difundieron la consigna «Tierra o Muerte», decretaron las huelgas, conmovieron toda la región y condujeron el proceso hasta el borde mismo de la insurrección campesina. Las masas descontentas de arrendires, allegados y habilitados, los siguieron, respaldándolos absolutamente, y por la naturaleza de las condiciones y de la lucha obtuvieron una primera serie de resonados éxitos. Es fácil explicarse qué es lo que ocurre cuando masivamente campesinos, sujetos a una estructura como la descrita, entran en «huelga». Esto significa no dar más trabajo gratuito al propietario, pero ocuparse en sus propias parcelas y para su propio beneficio, significa no pagar más arriendo, no entregar más productos al dueño, pero utilizar ese dinero para vivir mejor y esos productos para incrementar sus ingresos. No era lo mismo para los habilitados, pero éstos se pliegan sobre todo en la esperanza de que el proceso terminaría por dotarlos de tierra a ellos también. Los hacendados huyen y a las fuerzas represivas se les hace difícil controlar un movimiento de esta envergadura, y en donde los infractores de la Constitución y el orden burgués eran, en primer lugar, visiblemente, los propios latifundistas que estaban perpetrando una explotación no sancionada por las leyes capitalistas de la república.

⁹ El arrendire es el equivalente de la Selva Alta sudoriental peruana, en medio de las condiciones de país capitalista subdesarrollado, al siervo de la gleba del feudalismo europeo. Recibe una pequeña parcela de selva virgen por la cual se obliga a una serie de «condiciones». El allegado es un arrendatario, a él la tierra le es cedida por el arrendire a cambio de que, sea quien cumpla con todas o determinadas partes de la condiciones. El habilitado es un trabajador rural a jornal «enganchado» en la sierra y traído para suplir la falta de fuerza de trabajo. El jornal es mínimo, sus condiciones de vida, miserables, sus posibilidades de surgimiento, nulas.

En Lima, la organización comienza a actuar. Se expropiaron dos bancos en operaciones «comandos», perfectamente exitosas, y que estaban destinadas a proveer de fondos para la lucha revolucionaria. Luego de estas operaciones, la mayor parte de los cuadros debía trasladarse al Cuzco para entrar en contacto con la organización que trabaja en el campo y seguir desarrollando una táctica que combinaba: las movilizaciones campesinas por la tierra, el tipo de organización sindical precaria y empírica que agrupaba a los campesinos alrededor de un líder y unas consignas muy elementales y el aparato militar guerrillero que estaba por constituirse.

El desenlace se vio ligado a las condiciones particulares de la estructura revolucionaria que se examina. En Lima surgieron serias discrepancias entre los miembros de la dirección política y aún más serias discrepancias entre éstos y el aparato militar, e inclusive, por último, condiciones de rompimiento entre este conjunto y la dirección internacional. Dos factores tuvieron marcadísima importancia en estos acontecimientos. Uno de ellos, la cuestión del destino de los fondos expropiados, su aprovechamiento, distribución, contabilidad y custodia; fue el punto principal que motivó el distanciamiento con la dirección internacional. El otro, la cuestión de la jerarquización y la comprensión cabal y profunda de la línea táctica a desarrollar, fue lo que motivó las discrepancias entre el buró político y la organización militar. En los momentos inminentes se planteó la cuestión de si era de veras necesaria una dirección política y si en todo caso, de existir, debía estar ésta por encima de la dirección militar. En estas circunstancias, un sector del aparato militar realiza una tercera expropiación bancaria actuando unilateral e inconsultamente. Una parte de la dirección política toma la decisión de ajusticiar con la pena de muerte a uno de los dirigentes de primera plana y procede a ello con éxito, aunque en medio del desconcierto y la desorganización general. Producidos estos acontecimientos (parte integral e importante del desenlace), el final no podía estar lejos. Un sector de los cuadros militares ya en el Cuzco, motivados por el nervosismo, delatan su presencia ante una patrulla policial totalmente inadvertida y de esta manera provoca su captura. En Lima mientras tanto, al producirse los hechos descritos, la

organización se «dejaba ver» de manera extremadamente aparatosa y en unas semanas más el aparato represivo de la policía terminó por apresar a la mayor parte. Apenas unos pocos lograron salir al extranjero. La mayor parte de los dirigentes está todavía en la cárcel sin haber sido sometidos a juicio.

En el campo se desató una represión feroz contra un campesinado inerte y a la espera de que llegaran los instructores, las armas y los demás pertrechos para comenzar su preparación guerrillera. Se produjeron masacres en las cuales murieron decenas de campesinos que no alcanzaban a comprender la proyección de los acontecimientos de los cuales habían sido autores. En Chaullay, en pleno valle de la Convención por ejemplo, murieron en una sola oportunidad cuarenta y seis campesinos asesinados por la policía que ya en este tiempo (diciembre de 1962), actuaba brutalmente frente a cualquier concentración de pobladores que se reunía para ver si, de entre el conjunto, se planteaba un camino de salida para su estado de desorientación.

Naturalmente, Hugo Blanco y los principales dirigentes se encontraban perseguidos y se desplazaban escondidos evitando el cerco policial.

En circunstancias de desesperación, Blanco produce el asalto a un puesto policial en Pujyura y al tomarlo cae, en combate, uno de los guardias civiles. Este hecho, en vez de orientar, endurecer y entonar a las masas campesinas que lo habían seguido a través de todo el proceso de agitación, huelga y movilización reivindicativa, les hace replegarse aún más de lo que era, motivado por efecto de la represión policial, y en esas circunstancias Blanco se ve abandonado, ya no sólo de su organización, el FIR, que ha sido destrozada por la policía en Lima y luego en el Cuzco, sino ahora también del campesinado que sin formación política, sin capacitación teórica, sin experiencia concreta de lucha insurreccional, se repliega no alcanzando a comprender la naturaleza de los acontecimientos.

Los dirigentes más calificados de la organización en la zona misma de Convención y Lares van cayendo uno tras otro. Finalmente Hugo Blanco mismo es tomado prisionero estando enfermo, solo, descalzo y con una pistola sin balas como toda arma. Desde entonces se encuentra preso bajo condiciones especiales de incomunicación y sin haber sido sometido a juicio.

Los artículos de análisis del proceso, que la organización internacional ha dado a publicidad en la Argentina, con la firma de Hugo Blanco, dando a entender que habían sido escritos por él mismo e indicando que eran de carácter autocrítico, en realidad se plantean a un plano teórico muy general, no hacen la crítica ni se refieren a los acontecimientos realmente producidos y más bien terminan ratificándose sobre la línea siguiente: desarrollo de las organizaciones campesinas de tipo sindical, agitación y movilización de masas, nacimiento y fortalecimiento del «poder dual», ocupación de las haciendas y culminación con la autodefensa campesina en las tierras ocupadas. En la práctica el FIR, como organismo de izquierda peruano, con sus dirigentes encarcelados (y divididos en fracciones aun dentro de la cárcel y en razón de los acontecimientos previos a la captura), con las deformaciones que les son propias al movimiento trotskista internacional: líneas tácticas apriorísticas, ortodoxia bolchevique, esquematización simplista, dogmatismo, tendencia a las divisiones y subdivisiones, no ha sido capaz de volver a levantarse. Por otro lado, si bien no sería correcto sindicarse el proceso de la Convención y Lares como simplemente foquista, está claro que la organización que lo hizo avanzar no contaba con respaldo entre el proletariado urbano ni tenía mayor ligazón con otros sectores del campesinado. La zona misma escogida resultaba una unidad aislada del resto del país.¹⁰

Y se daba por último una línea exclusivamente «ruralista» lo cual parece haber sido el signo común a los cuatro procesos examinados como antecedentes.

El proceso insurreccional de 1965

Se hace necesario, antes de pasar a examinar el desarrollo de los acontecimientos, detenernos unas líneas describiendo las condiciones que se daban en el país y la génesis y las características que le son propias a la organización que desencadena la lucha revolucionaria: el MIR.

¹⁰ Los valles de la Convención y Lares, conectados entre sí por carretera, se encuentran aislados del resto del Departamento, al cual se unen por una línea férrea de trocha angosta y de una sola vía.

En enero de 1959, triunfa la revolución cubana y durante los primeros meses cuenta con la simpatía no sólo de la izquierda latinoamericana sino aun también de los grupos reformistas radical-burgueses como el aprismo en el Perú. Frustrado el gabinete de Urrutia, dada la ley de Reforma Agraria y producidas las primeras escaramuzas en el enfrentamiento con los Estados Unidos, el Apra, entre otros grupos, la denuncia y la abandona. El Apra en ese entonces mantenía una alianza política informal con el gobierno de Manuel Prado y le brindaba su apoyo parlamentario y general bajo el título de «Convivencia». El 12 de octubre de 1959, un grupo de dirigentes medios y de militantes apristas fue expulsado de ese partido por su IV Convención. Este núcleo cohesionado alrededor de Luis de la Puente, se constituyó primero en Comité Aprista de Defensa de los Principios Doctrinarios y de la Democracia Interna, luego en Apra Rebelde, levantando las banderas marxistas y Fidelistas arriadas por el Apra tradicional, y más adelante, en su Convención Nacional de Dirigentes de mayo de 1962, se convirtió en MIR. A través del proceso avanzó desarrollándose en cierto modo paralelo a las evoluciones ideológicas de la revolución cubana.

En julio de 1962, se llevaron a cabo en el Perú elecciones para presidente de la República y para la renovación total del parlamento. Hubo siete candidatos para presidente: Víctor Haya por el Apra, Fernando Belaúnde por Acción Popular, Manuel Odría por la Unión Nacional Odríista, Héctor Cornejo por la Democracia Cristiana, César Pando por el Frente de Liberación Nacional, Alberto Ruiz por el Social Progresismo y Luciano Castillo por el Partido Socialista; en orden decreciente de votación alcanzada, los últimos tres representaban a la izquierda y en conjunto no alcanzaron ni el 10% de la votación. En julio, las fuerzas armadas dieron un golpe militar, depusieron al presidente Prado, anularon las elecciones que hubieran llevado al Apra al gobierno y convocaron a nuevo sufragio para el año siguiente. En enero de 1963, la JMG atendiendo a las presiones de la derecha y de los principales grupos políticos burgueses, produjo una redada política de dirigentes de izquierda. Aproximadamente 1500 militantes izquierdistas fueron apresados en todo el país, algunos fueron liberados poco tiempo después, otros permanecieron en prisión hasta después del proceso electoral. En junio de 1963, hubo nuevas elecciones, sólo se presentaron tres candidatos:

Belaúnde, Haya y Odría. Salió elegido Belaúnde, esta vez respaldado por una alianza de su partido Acción Popular, con la Democracia Cristiana.

Instalado el gobierno de la Alianza AP/DC, éste pretendió desarrollar su programa reformista, pero descubrió a las pocas semanas que no había posibilidad para posiciones intermedias. La gran burguesía y el imperialismo no querían reformas ni estaban dispuestos a permitir las. El gobierno de la alianza vaciló algunos meses y luego comenzó a claudicar de manera regular, asegurándose en el gobierno a medida que se entregaba a las presiones de los grupos mencionados. Así se llega a 1965, después de un año y medio de entreguismo pro-burgués y pro-imperialista expresado principalmente en: la dación y promulgación de una ley de reforma agraria que favorece al latifundismo en Costa, Sierra y Selva y que está destinada a dar mayor solidez a la estructura actual; la mantención del *status* de favor y privilegio a la compañía americana explotadora y refinadora de petróleo subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey: International Petroleum Co.; y la represión sistemática de las organizaciones obreras y campesinas que, aun dentro de los marcos de la ley, han venido pugnando por alcanzar pliegos reivindicativos.

Acompañando el proceso que hemos descrito en los acápites anteriores, se venía produciendo en el país un importante movimiento de masas campesinas que, en su pugna por mejorar su situación, habían escogido el camino de la ocupación de tierras, de propiedad privada, en los latifundios vecinos. Las condiciones en el campo eran tales que, si bien de 1956 a 1962 (durante el gobierno de la convivencia del Apra con el Pradismo), se habían producido una serie de hechos aislados, distribuidos indistintamente por todo el territorio nacional; en los cuales las comunidades de indígenas o los campesinos «siervos» de los latifundios, habían reivindicado derechos aduciendo argumentación legal.¹¹ Aproximadamente a partir de 1962, éstos se habían localizado en dos zonas geográficamente precisas: la sierra central y los valles de Convención y Lares. En esta segunda etapa, que va a culminar en

¹¹ Tales como viejos títulos coloniales sobre tierras actualmente en poder de haciendas; o artículos constitucionales referidos a la propiedad, al trabajo o al *status* de las comunidades de indígenas.

Julio de 1963, (al subir al gobierno la alianza AP/DC, con una plataforma programática que incluía la Reforma Agraria), ya el proceso de movilización campesina pasó, de estar situado al nivel de los dirigentes comunales y sus asesores legales, a ser preocupación fundamental y parte de la línea táctica de algunas organizaciones de izquierda.

Estas, como el FIR en la provincia de la Convención y el Partido Comunista (antes de su división en dos organizaciones separadas), en la zona de la sierra central, destinaron algunos de sus cuadros y de sus activistas para impulsar el movimiento campesino. Finalmente, entre julio de 1963 y enero de 1964, se da un proceso espectacular en todo el ámbito de la Sierra,¹² que determina la ocupación de tierras en forma masiva, fenómeno que abarcó unas 300 haciendas y al cual estuvieron ligados aproximadamente medio millón de campesinos indígenas. El gobierno vaciló entre las actitudes brutalmente represivas y masacradoras de los regímenes anteriores y su plataforma electoral reformista y de reivindicación campesina; pero la posición de los conciliadores no podía ser sostenida por mucho tiempo y espantados por el terror que les producían las masas populares en ascenso y presionados por los grupos de poder ultraderechistas, iniciaron la represión masiva en enero de 1964 con la masacre de 17 campesinos en Sicuani, departamento del Cuzco.¹³ En esta fase de la lucha por la tierra ya no se habían argumentado cuestiones de orden legal y la consigna más difundida había sido: «Tierra o Muerte». Bastó sin embargo, que el Estado burgués tomara la ofensiva y que los destacamentos policiales desarrollaran sus métodos represivos para que en pocas semanas se hubiese puesto fin al flujo revolucionario. Nuevamente en esta última etapa los acontecimientos habían desbordado a las organizaciones políticas de izquierda y a sus dirigentes más calificados. Todos ellos,

¹² A excepción de Cajamarca y Puno, por razones particulares, entre las cuales fundamentalmente se cuentan las siguientes: en Cajamarca una importante proporción de pequeños propietarios y la fuerte dominación del campesinado por el partido aprista; y en Puno, el control casi total que en esta zona ejercía el Movimiento Sindical Campesino de orientación reformista y ligado a los intereses políticos de un sector burgués de la zona.

¹³ Unas semanas antes, ya los hacendados habían tomado la iniciativa, y en Nínabamba (Cuzco) un latifundista, ametrallador en mano, había asesinado a cinco campesinos.

por una razón u otra, se limitaron a observar el proceso, impresionados por sus dimensiones espectaculares, pero incapaces de conducirlo, menos aún de intentar su defensa.

Durante toda esta etapa el MIR, preparaba sus cuadros, ajustaba su organización y se disponía a pasar a la lucha armada.

A) *El desarrollo de los acontecimientos.*

1) *La ofensiva propagandística.* A fines de marzo y durante los meses de abril y mayo, el secretario general del MIR, Luis de la Puente, hizo llegar, desde el campamento donde operaba,¹⁴ unos reportajes y declaraciones a determinados diarios y revistas de Lima. De esta forma, y por primera vez, el país tomó conocimiento, por vía del alto comando mirista y los diarios de la burguesía, que el MIR se declaraba insurrecto y en lucha contra el Estado burgués peruano. Si bien es cierto que la línea estratégica del MIR había sido hecha pública años antes y pese a que el diario «La Prensa» de Lima había estado dando noticias sobre sospechosas actividades en determinadas zonas del país, como en la zona de «Mesa Pelada» en el valle de la Convención, todos los sectores del país habían sido tomados de sorpresa y ciertamente muy pocos pensaron que la insurrección había de comenzar precisamente por reportajes y declaraciones en los diarios, acompañados de fotografías en donde aparecían los guerrilleros armados y barbudos en el ambiente natural de su «zona de seguridad». Es interesante dar una idea aproximada de cómo reaccionaron, en líneas globales, los diferentes sectores del país:

a) El pueblo, es decir el sector del proletariado de Lima y de otras ciudades importantes que reprodujeron la noticia, no se expresó en ningún sentido al nivel de sus organizaciones gremiales. No hubo pronunciamientos y aparentemente tampoco hubo inquietud, pese a que la ofensiva propagandística se extendía en el sentido de volantes distribuidos en las salidas de las fábricas. Debemos entender, sin embargo, que fue numeroso el sector en el cual, a nivel individual, sí se le prestó

¹⁴ Se trataba (según el propio MIR dio a conocer), de la guerrilla Pachacutec con su zona de seguridad Ilary Chasca (estrella del amanecer, en quechua), ubicada en las cumbres de la montaña del valle de la Convención en el departamento del Cuzco, en la zona denominada «Mesa Pelada».

atención al proceso desde su inicio; b) Las organizaciones de izquierda, en general dieron el asunto como por no ocurrido. Cerraron los ojos a la insurrección que tocaba a sus puertas y, con las excepciones que mencionaremos a continuación, en esta etapa no emitieron pronunciamiento alguno. El FIR, la organización de la cual hemos hablado anteriormente y que quedara hecha pedazos después de la represión que se desató contra ella, pudo producir un mínimo de reagrupamiento para emitir una opinión sobre las intenciones insurreccionales del MIR: el planteamiento que difundió fue que se trataba de «un aventurerismo irresponsable» y que ellos lo denunciaban. El PROC,¹⁵ debatía con vehemencia si pronunciarse en pro o en contra, finalmente se hicieron públicos ambos temperamentos y alrededor de éste y otros puntos en discrepancia, se dividió en dos fracciones. Más adelante, ambas terminaron por disolverse, pero en sentido inverso: la fracción que en la primera etapa sostenía la posición más izquierdizante a poco devino terrorista y quedó disuelta por los estragos de la represión, mientras que la fracción que aparecía como menos izquierdista, se disolvió por propia voluntad, solicitando su incorporación individual al MIR, en momentos en que la represión se desarrollaba salvajemente contra éste.

El único pronunciamiento que se produjo en esta etapa, examinando en extensión y en profundidad a la organización insurrecta y las condiciones en medio de las cuales se había de desenvolver, fue emitido por *Vanguardia Revolucionaria*,¹⁶ en su publicación VR No. 4. La izquierda estaba pecando mortalmente de oportunismo, todos los sectores anodados esperaban que de alguna manera fuesen iluminados para saber a qué atenerse y mientras tanto se escondían a la espera de futuros acontecimientos que les permitiese «oportunamente» acoplarse al carro

¹⁵ PROC: Partido Revolucionario Obrero Campesino, una de las fracciones trotskistas que en ese entonces existía en el país, perteneciente, al igual que en las otras dos, a la IV Internacional, se reclamaba la dirección peruana de ésta.

¹⁶ Vanguardia Revolucionaria (VR): Trabajó un año como grupo de análisis y de difusión marxista agrupando a cuadros revolucionarios, que, haciendo su autocrítica, abandonaban otras organizaciones. Se constituyó en Mayo de 1965 como organización política, señaló una línea estratégica insurreccional. Respaldo el estallido revolucionario del MIR, pero planteó reservas respecto de la táctica. Publicó y difundió en Julio sus tesis políticas y programa que resultaban una concepción creadora, y crítica de la izquierda peruana y de las líneas internacionales del PCUS, PCCH y del Trotskismo.

de la revolución o denunciarla cuando todo estaba terminado, retomando sus posturas pacíficas y electoralistas; c) La gran burguesía y el imperialismo, el norteamericano es decir, a través de los diarios y revistas que poseen, controlan o manejan, demandaron acción enérgica exigiendo se les reprimiera violentamente y de inmediato; d) El gobierno emitió pronunciamientos informales ridiculizando y minimizando la situación, restándole toda importancia y solicitando no se le prestara atención. Las Fuerzas Armadas, mientras tanto, al nivel del comando de las tres armas, hicieron saber que no se trataba de un asunto para ellos y que bastaba una simple tarea policial de limpieza.

Era la presunción de los ignorantes, que a poco habría de tornarse en pánico; e) Los partidos burgueses por su lado se dividieron en esta etapa, en dos grupos, sustentando dos posiciones equidistantes e igualmente lejanas de la realidad: APRA/UNO, que exageraba la situación real para con este argumento desarrollar una táctica macartista que no sólo estaba dirigida contra la organización insurrecta y contra la izquierda en general, sino también contra los sectores reformistas y progresistas de la sociedad y con las miras puestas en las universidades que les resultaban un baluarte perdido, que para recuperar debían primero desbrozar de elementos progresistas que cumplen, en estos casos, el papel de una capa amortiguante entre la reacción macartista y la izquierda universitaria; el otro grupo lo constituían los partidos del gobierno, AP y DC, que minimizaban la acción y sostenían que no se trataba de guerrilleros (ni podía tratarse, según ellos, porque las condiciones de república democrática del Perú, no daban lugar a guerrillas); que no había más amenaza para el Estado, que no fuera la de un desprestigio internacional por efecto de las voces alarmantes que hacían correr sus oponentes del otro sector burocrático; f) El CIA y el FBI comenzaron de inmediato a enviar decenas de agentes —de lo cual en los primeros momentos se dio cuenta precisa (e irresponsable) en los propios diarios de la reacción— a la vez que fue grandemente reforzada la misión militar imperialista con especialistas antiguerrilleros. La contraparte nacional de las agencias de espionaje extranjeras: La PIP (Policía de Investigaciones del Perú), y el DIN (Dirección de Inteligencia Nacional), dieron a conocer en conferencias de prensa todo lo que conocían del MIR, y de la izquierda en general, pero no pudieron evitar que se

entreviera que en un momento determinado habían perdido el rastro de la organización insurrecta y que, al igual que el resto del país, habían sido sorprendidos.

De esta manera habían madurado los acontecimientos entre marzo-abril y los primeros días de junio. Pero, el proceso insurreccional parecía no haber salido todavía, del todo, de la etapa de la tinta y el papel. Aparentemente, todo el alto comando mirista se encontraba en el campo y el plan estratégico parecía evidenciar una actitud de desvinculación con las ciudades, las cuales habríanse considerado sólo como responsabilidad de la última etapa de la lucha, cuando con todo el campo a favor, se produciría el asedio de éstas.

Los militantes del MIR que cumplían tareas en la capital, estaban limitados a entregar comunicaciones y declaraciones a los medios de prensa y a adquirir materiales y pertrechos para uso en las zonas de combate y que aparentemente habían sido olvidados en la preparación anterior.

Sólo contactos muy preliminares y sin otro propósito que no fuera el de mandar hicieran eco a la propaganda insurreccional mirista, eran planteados en esta etapa a las otras organizaciones de izquierda; aun inclusive a aquellas que habían hecho pública su posición estratégica en líneas afines. Debe entenderse que quizás no se trataba de una actividad real del comando mirista de aislarse y de subestimar la coordinación revolucionaria, sino más bien que, si bien tenían una disposición favorable a ello, no habían logrado montar y poner en funcionamiento un aparato que les permitiera cumplir estos objetivos; a la vez que no le asignaban a los objetivos mismos una prioridad que —debemos estimar hoy día en una mirada retrospectiva— sin duda tenían.

2) *La ofensiva guerrillera en el campo.* Debe estimarse que el MIR tenía contactos interesantes en el campo desde 1963 y que ellos, desde un comienzo, estuvieron orientados hacia un sondeo para el establecimiento de las zonas guerrilleras. Debemos estimar asimismo que con el discurso de su secretario general, de la Puente, en la manifestación de varios grupos de izquierda (FLN, PC prochino, FIR y MIR), en la plaza principal de la capital, el 6 de febrero de 1964, éste dio por terminados los trabajos públicos de su organización y a poco se decidió

el traslado total de la jerarquía dirigente y la militancia al campo, a reforzar la preparación de las zonas guerrilleras. A poco también habría de producirse el aislamiento voluntario y unilateral del MIR, del resto de las organizaciones de izquierda —debe entenderse con el fin de ganar en materia de condiciones de seguridad y firmeza combativa— y la organización pasó a una etapa de clandestinidad, orientada por la naturaleza de la táctica a desarrollar. Aparentemente, en marzo de 1964 el MIR se trasladó al campo y a fines de este año se acordó que las zonas guerrilleras, que trabajaban de una manera casi enteramente autónoma, pasarían a la acción según lo juzgaran conveniente. Desde el comienzo de 1965, el MIR trabajaba armado en el campo y bajo la consigna de repeler con las armas cualquier intento de reprimirlos. La proximidad de una represión por parte de las fuerzas armadas se dio luego de las proclamas revolucionarias de la etapa precedente y para aquel entonces el comando de cada zona tenía libertad de acción.

Si bien es cierto que los planes originales del MIR comprendían varios focos al comenzar la ofensiva armada en el campo, la realidad los había reducido a sólo tres: en el Sur, en la provincia de la Convención, Pachacutec, comandado por Luis de la Puente; en el Centro, en la provincia de Concepción del departamento de Junín, Tupac Amaru, comandado por Guillermo Lobatón; y en el Norte en la provincia de Ayabaca del departamento de Piura, uno comandado por Gonzalo Fernández Gasco.

Fue en la zona de la sierra central, el 9 de junio de 1965, cuando comenzó la acción armada con una ofensiva guerrillera. El país se conmovió hasta sus cimientos por segunda vez en pocos meses, y en esta oportunidad, a un nivel que no conocía la historia revolucionaria peruana. De las declaraciones de la tinta y el papel se había pasado a los hechos. Nadie podía ya tener dudas de que efectivamente el MIR estaba cumpliendo con la palabra empeñada, y hasta los más escépticos en la izquierda se alinearon, momentáneamente, con admiración y respeto, frente a los acontecimientos que espectacularmente sacudían al país. La versión periodística respecto de las acciones fue la siguiente: «60 hombres en uniforme verde olivo, armados con metralletas, fusiles, pistolas, actuando súbitamente, se apoderaron de la hacienda «Runatullo» en la provincia de Concepción (Junín), donde robaron víveres, herramientas y un equipo de radio transmisor-receptor. Causaron daños y destrozos

cuantiosos para infundir terror. Seis de los mismos asaltantes a caballo se dirigieron a Canchopalca donde asaltaron la mina «Santa Rosa» llevándose 41 cajas de dinamita. Luego, para proteger su huida, volaron los puentes de concreto de «Marayniyoc» y de «Canchopalca» en los km 60 y 70 respectivamente, de la carretera Concepción-Satipo. En el paraje «Sayhua», los asaltantes distribuyeron cuatro quintales de queso y otros víveres tomados de «Runatullo», a unos campesinos indígenas de la zona, diciéndoles: «Ustedes son nuestros hermanos. Tienen que comer lo que les hemos quitado a los ricos». Prosiguiendo su marcha llegaron a Tambo, último lugar accesible para vehículos motorizados, donde los esperaba otro grupo guerrilleros con 26 mulas, en las que cargaron la dinamita. Los guerrilleros asaltaron, en su huida, dos puestos de la Guardia Civil, los de Andamarca y de Santo Domingo de Acobamba, apoderándose de armas y municiones y tomando rehenes a un sargento y dos guardias. Luego prosiguieron su marcha. En Huancayo circularon subrepticamente volantes dando cuenta de los asaltos y alabándolos y mientras tanto, se supo que otro grupo de extremistas había asaltado la hacienda «Coto Villa» en Huancavélica.

Aun en estas circunstancias el ejecutivo, por boca del propio Presidente de la República y de su ministro de Gobierno, insistía en ridiculizar a los combatientes revolucionarios, llamándolos esta vez abigeos. Sin embargo, pese al impacto profundo que el estallido revolucionario produjo a todos los niveles sociales, no se dieron movilizaciones de masas en ningún sentido, ni tampoco se desataba aún la represión con intensidad. El país parecía como anonadado.

La guerrilla de la zona central, apenas unas semanas más tarde, el 27 de junio, tuvo ocasión de demostrar que la ofensiva continuaba con una gran intensidad y que dominaba plenamente su zona: en una operación táctica de emboscada, liquidaron a una patrulla policial de casi treinta hombres, dando muerte a nueve de ellos y tomando todas las armas, materiales, pertrechos y parque, así como las acémilas de que se servían.

Las declaraciones de los portavoces de los diferentes sectores del Estado burgués, que se produjeron los primeros días de julio, cuando los hechos fueron conocidos y divulgados en Lima, son el más vivo testimonio de la reacción que se produjo a este nivel: en la capital, el diario «Correo»,

publicó un titular a todo lo ancho de su primera página: «¡Basta de palabras! ¡Acaben con las guerrillas!» Era éste el mismo diario que había iniciado la campaña propagandística del MIR, dándole cabida a sus primeras declaraciones, a fines de marzo: El presidente de la comisión de Gobierno y Policía y senador reaccionario, uno de los restos del Pradismo, Enrique Martinelli, declaró: «¡Que salgan los «rangers», el Ejército y la Aviación, tras los guerrilleros. Nosotros los respaldaremos porque no podemos permitir que el régimen constitucional sufra un sabotaje, una subversión, para que caiga en manos de los rojos.

¡No caben las medias tintas! ¡Es necesario enfrentar con firmeza a los extremistas!» La alusión a las medias tintas y el ofrecimiento de respaldo a las Fuerzas Armadas, estaban dirigidas como puntos de crítica al ejecutivo que todavía vacilaba entre reconocer la insurrección revolucionaria como tal o seguir minimizándola, no otorgándole más nivel de acción que el abigeato. A nombre de la UNO, el sector político más derechista, representado en el Parlamento, Víctor Freundt, presidente de la Cámara de Diputados, declaró: «La situación es crítica. ¡Hay que poner más energía para combatir a los extremistas!» Es importante anotar, por ejemplo, como todavía a estas alturas de desarrollo de la lucha no se uniformizaran los conceptos con los cuales se habría, más adelante, de calificar a los combatientes revolucionarios. Especialmente el diario «La Prensa», de una inmensa influencia en la sociedad peruana, sobre todo en sus niveles más altos, habría de insistir en las calificaciones hasta lograr su objetivo: «Se trata de guerrilleros comunistas, ladrones y asesinos». Por el partido aprista, el diputado Nicanor Mújica declaró: «¿Se puede seguir llamando abigeos a personas que matan a diestra y siniestra a sus semejantes, en este caso policías? ¡Se reclama una mayor acción del gobierno!»

Resulta inevitable, en condiciones revolucionarias, que determinados sectores de la izquierda que no se encuentran ligados a una dirección nacional, produzcan acciones al nivel de su propia, particular y equívoca interpretación. En el caso de la situación peruana de julio, ni siquiera una organización insurrecta misma contaba en la práctica con una dirección nacional y el comando que se ejercía en el campo era, como hemos indicado, de carácter autónomo para cada zona guerrillera. Menos aún lo habrían de tener minúsculos grupos terroristas

que comenzaron a proliferar en la capital. Uno o dos de éstos, el día 4 de julio, en circunstancias en que se celebraba un baile de gran frivolidad y gala en el más lujoso y oligárquico club privado de Lima, hizo explotar en la sala de entrada una bomba terrorista. Lo mismo ocurría, minutos más tarde, en la sala del Hotel Crillon, el más moderno de Lima, y donde se encontraban alojados la gran mayoría de los nuevos asesores militares y espías enviados por el gobierno de los Estados Unidos. Lo que no había ocurrido cuando la ofensiva guerrillera de junio fue posible gracias al pánico que suscitó la explosión en los medios de la gran burguesía y el imperialismo: a las pocas horas se desató brutalmente la represión contra toda la izquierda en general, en todo el ámbito del país, a la vez que eran suspendidas las más elementales garantías constitucionales. La democracia burguesa se quitaba la careta y aparecía, mostrando su ferocidad dictatorial y tiránica, el orden burgués. Era el Estado peruano, de grandes intereses capitalistas y de consorcios extranjeros, que echaba a andar su adormilada maquinaria. Recién la sociedad iba a despertar ante los sabores de una futura lucha de clases que hasta entonces había estado alejada en razón de las posiciones mediatizadas de la izquierda tradicional. Las clases que se enfrentaban a esta lucha, sin embargo, no se encontraban bajo condiciones comparables: la clase obrera y el campesinado no aparecían aún en el escenario y las acciones las venían dando, en su nombre, pequeñas vanguardias, llenas de coraje y decisión, pero faltas de una ligazón real y concreta con sus millones de representados: se había iniciado la insurrección sin contar con el aparato insurreccional que debía responderle. Ciertamente el MIR, que a estas alturas del proceso daba la sensación de haber montado muy bien el aparato guerrillero en el campo, no contaba con una organización nacional de fuerte arraigo entre las clases que son las fuerzas motrices de la revolución: el proletariado y el campesinado pobre.

En el campo se encontraban en plena actividad los focos de la zona central y de la zona sur, y el estallido insurreccional crecía, con cada hora, en importancia y profundidad. Es durante estos días de la primera quincena de julio, cuando el gobierno de la alianza AP/DC, presidido por Belaúnde, se tambaleaba ante la arremetida de los sectores más derechistas que exigían acción y resultados. Fue el mismísimo Comando

Conjunto de las Fuerzas Armadas quien terminó canalizando estas aspiraciones (de la reacción y el imperialismo sobre todo), y planteó, el 14 de julio, una disyuntiva muy clara al ejecutivo: o entregarles la responsabilidad total de la dirección de la lucha antiguerrillera, bajo una clara concepción de lucha contrarrevolucionaria abierta en todos los frentes que ellos juzgaran necesario, o producían el golpe de estado «institucional» (una variante dictatorial que ya había sido ejecutada con éxito en el año 1962, en razón del resultado de las elecciones).

La vacilación del gobierno de Belaúnde no duró sino unas horas y se resolvió, naturalmente, con la claudicación total. A partir de ese momento, si bien es cierto se siguieron manteniendo las apariencias formales más notables de un régimen normal, en realidad había comenzado a gobernar la *clique* militar. Días más tarde, naturalmente, se iban a producir las declaraciones correspondientes a través del ministro de Gobierno, el contramirante Rottalde (que había comenzado por llamar abigeos a los guerrilleros): «Yo he pedido que el Ejército asuma el comando de las fuerzas contra el grupo de extremistas». Lo que el ejército en realidad estaba asumiendo era el control del gobierno, en íntima consulta con los militares norteamericanos que trabajaban a todos los niveles, y que se encontraban también en los centros de operaciones en el campo.

La represión se extendió y se intensificó sin medida ni criterio y la izquierda toda se vio obligada a actuar en clandestinidad total o caer apresada. Eran condiciones nuevas que los partidos burocráticos no podían soportar. Las nuevas circunstancias estaban produciendo una importante depuración en las filas y en los métodos de los grupos revolucionarios pero habría de pasar todavía mucho tiempo antes de que se dieran los reajustes que adaptaran a las organizaciones y a sus dirigentes a las condiciones de la lucha insurreccional. Antes de que esto llegara a ocurrir, nuevamente habían de cambiar las circunstancias y, en cierto modo, la izquierda habría de volver a su nivel de existencia anterior.

Durante el mes de agosto, la ofensiva guerrillera se mantenía pujante pero siempre al nivel limitado de los dos focos mencionados. Aparentemente, el foco de la zona norte había quedado retrasado, o, quizás, estaba desenvolviéndose de acuerdo a una táctica diferente, presionado

por la presencia masiva del ejército, y ya había abandonado el esquema de la «zona de seguridad» otorgándole de esta manera una movilidad mayor a su equipo combatiente, evitando los enfrentamientos con las fuerzas armadas y por tanto, dificultando la posibilidad de ser ubicados. Es decir, dada la relación desproporcionada, al nivel de los efectivos militares y el poder de fuego, estaban haciendo lo correcto, que por lo demás no se trata sino de una cuestión elemental que hay que tener presente en la táctica guerrillera.

Por otro lado, la contraofensiva de la reacción ya se hacía sentir; y se veía, a mediados de agosto, fuertemente reforzada en el plano subjetivo, en razón de dos decretos por el parlamento y promulgados por el ejecutivo con carácter de urgencia. Uno acordaba la pena de muerte para los que desarrollaran o los que colaboraran con las guerrillas o cualquier otro tipo de violencia que atentara contra el «orden de la república» y el otro acordaba bonos por 200 millones de soles (aproximadamente 8 millones de dólares), para atender a los gastos demandados por la lucha contrarrevolucionaria. Estos, naturalmente, comenzaron de inmediato a ser suscritos por la gran burguesía y el imperialismo, en una verdadera emulación reaccionaria entre las grandes empresas financieras, industriales y comerciales. Por el lado de los grupos progresistas, no se escucharon sino voces tímidas y mediatizadas, de algunos sectores intelectuales, contra estos salvajes acuerdos unánimes de los partidos burgueses, del parlamento y el ejecutivo. En la calle se escucharon también petardos aislados de los grupos terroristas; pero en general, el pueblo, las masas populares, estaban quietas y aparentemente sin entender el enfrentamiento de estos grupos que en la práctica le eran —ambos— ajenos: el uno por tratarse de sus opresores y sus verdaderos enemigos de clase, el otro porque no había logrado penetrar en la conciencia obrera y campesina, porque no había dejado de ser una vanguardia bastante desconectada.

En estas circunstancias, en que se alcanza el clima insurreccional, las acciones de los primeros días de junio se han reproducido varias veces, en términos similares, en el ámbito rural de las dos zonas guerrilleras, pero el control de los medios de difusión de masas es casi total y sólo aparecen las versiones parcas, tendenciosas y escuetas de los comunicados del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, las especula-

ciones que en torno a ellas hacen los diarios y una sistemática campaña de calumnias contra la izquierda y la revolución. La ofensiva contrarrevolucionaria comienza por otro lado a producir sus frutos y se da cuenta de las primeras detenciones efectuadas en las mismas zonas de combate. Los combatientes capturados pasan todos por un mecanismo brutal: son interrogados, torturados y luego fusilados (pero los diarios hablan de «suicidios» y muertes en combate o en «fuga»).

3) *La contraofensiva reaccionaria a todos los niveles.*

A partir de septiembre la situación en el campo había variado sustancialmente. Las áreas guerrilleras habían sido ocupadas por el Ejército y las llamadas «zonas de seguridad» dentro de éstas, habían sido desmanteladas. Los equipos guerrilleros se habían visto forzados a salir de ellas y a desplazarse por el cerco militar que ya estaba tendido y sobre todo en el caso de la zona sur, se había montado con eficiencia sobre la base de los accidentes naturales. Los ríos que prácticamente triangulaban la zona de combate, servían para mantener un cerco permanente e infranqueable al haber sido reforzado con emplazamientos del ejército. Dentro de éste operaba un cerco móvil, de la periferia hacia el centro, mientras que a la vez, sobre la base de un bombardeo aéreo masivo, con bombas incendiarias, «napalm», en el área de la llamada «zona de seguridad» y el desembarco posterior de unidades paracaidistas sobre el terreno anteriormente arrasado, se abría del centro a la periferia un segundo cerco; entre uno y otro habrían de quedar atrapados los combatientes de la guerrilla. El desmantelamiento de la zona de seguridad había consistido en lo siguiente: a) en una primera operación se habían capturado aproximadamente 400 campesinos que constituían la ligazón del nivel intermedio entre los cuadros guerrilleros y las masas rurales de la zona; b) se les había reunido en una especie de campo de concentración y allí sistemáticamente se les había interrogado hasta reunir la información necesaria; c) se les había utilizado a ellos mismos para despejar los accesos minados que conducían a la zona de seguridad, operación en la cual muchos campesinos perdieron la vida al hacer estallar ellos mismos las minas; d) se habían ubicado los depósitos subterráneos de almacenamiento de víveres y pertrechos cayendo éstos en poder de las Fuerzas Armadas. La guerrilla quedaba entonces, sin

base de sustentación a nivel local: desde el punto de vista táctico-militar, quedaban incapacitados para utilizar sus recursos materiales, a cuya obtención, transporte y ubicación, tanto esfuerzo habían dedicado; y desde el punto de vista político-militar, quedaban incapacitados para mantener una ligazón con las masas campesinas de la zona, al haber sido capturados los contactos de nivel intermedio que habían estado destinados a participar indirectamente, sin armas, produciendo el enlace de los cuadros guerrilleros, extraños a la zona, con los recursos humanos de ésta.

Los últimos días de septiembre, entró en acción guerrillera un segundo grupo revolucionario, el ELN.¹⁷ Su aparición en escena no significó un estremecimiento nacional, como ocurrió meses antes con el MIR, las clases dominantes se habían curado del miedo, por lo menos por el momento, y como no eran las masas las que estaban en movimiento, sino determinadas vanguardias que iniciaban su experiencia para ligarse a éstas (aunque para algunos sectores esto no fuera evidente), los dueños del capital, sin necesidad de razonarlo a este nivel, actuaban en consecuencia. El ELN aparecía desarrollando una línea táctica en algunos aspectos diferente de la del MIR. Se trata también en este caso de una guerrilla autónoma, sin dirección nacional, sin contacto con las ciudades, sin mayor trabajo político previo. Es, sin embargo, de un carácter más móvil, no utiliza nada que se le asemeje siquiera a la «zona de seguridad», parece haber comprendido bien una de las consignas elementales de la lucha guerrillera: «muerte y huye». Su primera acción consiste en el ajusticiamiento de dos latifundistas de una zona de sierra en Ayacucho. Antes habían reunido a los campesinos, y es por decisión de éstos que proceden a hacerles pagar sus crímenes de muchos años. Terminada la acción, que se da en medio de una batalla en las inmediaciones de la casa-hacienda, se retiran, evitando el enfrentamiento con la policía. Al haber hecho desaparecer a los propietarios y su administrador, la masa indígena oprimida y explotada durante siglos, queda en una situación completamente nueva. Ya no tienen a quién darle trabajo servil y gratuito, ya no tienen a quién entregarle la mitad o tres cuartos de la cosecha. Poseen la tierra para

¹⁷ Ver subtítulo 2: Puerto Maldonado, Mayo de 1963.

si y los campos que se trabajaban para la hacienda pueden también ser ocupados por todos en conjunto. Así les ha explicado la guerrilla y así resulta tan pronto se ha llevado a cabo la acción. La policía que llega luego no tiene función a cumplir. Reprime al campesinado y gana su odio mayor. Mantiene un destacamento cuidando los campos vacíos (la casa-hacienda y otros símbolos materiales de la opresión latifundista, han sido destruidos por el fuego), pero no puede evitar que el campesino cultive sus parcelas y se aproveche de la totalidad del producto. No habrá otro propietario que quiera venir a ocupar el turno del saliente, eso está bien claro, pues correría la misma suerte.

El ejército de inmediato comienza su ofensiva contra la guerrilla del ELN, pero en este caso es diferente, se trata de un grupo muy pequeño y muy móvil, no resulta simple ubicarlo en un lugar preciso, cuando las fuerzas de represión llegan al lugar de los hechos producidos, la guerrilla bien puede estar a 150 km de allí. No van a producir una segunda acción de inmediato; ésta es una guerra larga y esta etapa se gana en el plano de la moral y en los aspectos subjetivos. El ejército no puede tender un cerco, sería un cerco muy amplio, y por ello muy raleado, y quizá sea un cerco de nada; la guerrilla no delata su presencia en razón de una acción puramente militar.

A la vez que las acciones producidas por el ELN se desarrollaban según las describimos, en la zona guerrillera sur del MIR, los combatientes probaban una acción táctica desesperada para intentar salvar al comando rompiendo el cerco. Así fue creado por pocos días un foco guerrillero que produjo acciones en Vilcabamba y que tenía como fin concentrar sobre ellos los efectivos del ejército, que al desplazarse del cerco permitirían abrir una brecha. Las Fuerzas Armadas, sin embargo, no estaban dispuestas a arriesgar su ventaja real y para cercar el nuevo foco transportaron nuevas tropas militares desde los cuarteles de Huanacán y Juliaca, que guardan la zona fronteriza con Bolivia y sobre todo protegen al sur de un alzamiento campesino, como ya antes hubo en Huanacán a principios de siglo. Así, finalmente, el 23 de octubre, fue muerto el secretario general del MIR, Luis de la Puente y con él cayeron otros tres dirigentes de primer plano: Paúl Escobar, Rubén Tupayachi y Edmundo Cuzquén. En los días subsiguientes, la zona guerrillera sur fue para todos los efectos prácticos, liquidada.

Había caído el máximo dirigente de las fuerzas insurreccionales pero las masas no se movieron, la clase obrera, que había quedado estática a través de la contienda, no atinó a reaccionar, en protesta siquiera. No podía haber sido de otro modo, ella aún no se sentía partícipe, las vanguardias de la izquierda no le habían explicado cómo la insurrección venía a ser no otra cosa que la continuación de la política por otros medios, por los únicos medios vitables en el caso y circunstancias del Perú.

La expresión máxima de reacción, a nivel de la izquierda, se produjo a poco, en la capital, en la forma de terrorismo urbano. Esta vez ya no por obra de grupos trotskistas o anarquizantes, sino por acción del propio aparato urbano que el MIR había llegado a montar sobre todo en función de un acuerdo de coordinación producida con una fracción desprendida del Partido Comunista prochino (que publicaba el periódico *Bandera Roja*), y con el ELN. El resto de la izquierda, o se encontraba preso o estaba en libertad pero escondido y quieto, o entendía su contribución insurreccional haciendo madurar la conciencia política de la clase obrera, trabajando sobre todo en el plano sindical y en la formación crítica de los cuadros obreros, aun bajo las condiciones de una brutal represión.

El MIR había creado en la ciudad un comando de coordinación en el que participaban tres organizaciones: MIR, ELN y FALN.¹⁸ Esta última estaba constituida por un grupo de ex militantes comunistas que concebían su acción estrictamente en el plano militar y que estaban, un tanto, a la búsqueda de orientación en el plano político. El Comité de Coordinación no estuvo a la altura de sus responsabilidades, ya que si bien es cierto (como su nombre lo indicaba) que había sido creado para coordinar, en realidad ninguna de las tres organizaciones que lo componían contaba con una dirección nacional que estuviera examinando el curso de los acontecimientos con una perspectiva orientada por cabales conocimientos teóricos y por tanto formulando una línea (de acción táctica a todos los niveles), y que fuera consecuente con las circunstancias que se daban y con las exigencias de los objetivos por alcanzar. Es decir, más concretamente, y por ejemplo: ¿tenía sentido

¹⁸ FALN: Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

realizar acciones terroristas como las que se produjeron: bombas ruidosas en las puertas de entrada de instituciones del Estado burgués, como el Palacio de Justicia o de las residencias de miembros destacados de la burguesía financiera? ¿o es que la crítica clásica al terrorismo que explica el sentido negativo que éste puede tener cuando no aparece acompañado y a manera de culminación de un movimiento de masas, y las experiencias vivas y recientes de Caracas, no eran cuestiones a tener presente?; o también por ejemplo la evaluación regular y sistemática de las propias fuerzas y de los cambios en la correlación de fuerzas y en el desarrollo de la lucha de clases, que debían ser los elementos de juicio para evitar caer en el peligro omnipresente de subestimar al enemigo y sobreestimar sus propias fuerzas. ¿Quién o quiénes, y desde dónde, y, en función de qué mecanismo, y a partir de qué datos, estaba o estaban efectuando los análisis que correspondían como responsabilidad fundamental a una dirección nacional, a un buró político de la revolución, a un comité central de la insurrección?

Liquidado para todos los efectos prácticos el foco guerrillero de la zona sur, las fuerzas de represión avanzaban, ahora con renovados bríos y con el estimulante de un triunfo momentáneo (pero muy sonado e importante), en los trabajos de cerco en la zona de la sierra y selva altas de la región central. Se produjeron sucesivas e importantes detenciones, con la mecánica posterior que hemos descrito, y se recibía la sensación de que la ofensiva contrarrevolucionaria estaba teniendo un resultado que la burguesía recibía alborozada, y por el cual se deshacían en elogios para con los jefes militares del país.

En estas circunstancias ocurrieron en el país dos actos de masas de gran importancia y que interesa analizar con algún detalle separadamente.

4) *En tiempos de revolución los límites de lo posible se dilatan mil veces.*¹⁹

Juliaca es la capital de la provincia de San Román en el Departamento de Puno, en pleno altiplano del extremo sur peruano. Es una ciudad tan importante como Puno, la capital del departamento a orillas del

¹⁹ Lenin, Obras Completas, Vol. XXIII p. 323.

Titicaca. Por su ubicación resulta el centro geográfico comercial, y es el cruce de las principales vías troncales de la zona. En Juliaca se ha desarrollado una minúscula burguesía comercial no ligada a la tierra. Los representantes más conspicuos de ésta, son la familia Cáceres.

Dos hermanos Cáceres son diputados de oposición progresista e independiente en el Parlamento. Un tercer hermano Cáceres es el alcalde de la ciudad, elegido por amplia mayoría, en votaciones provinciales.

Los Cáceres cuentan con una radioemisora y con una red de tiendas que venden, entre otras cosas, radios transistores. Los Cáceres organizaron y controlan el Movimiento Sindical Campesino que agrupa unos 600 sindicatos campesinos²⁰ que incluyen pequeños grupos de 40 a 50 colonos (siervos) de hacienda; y parcialidades, estancias y comunidades que llegan a agrupar hasta 700 campesinos en algunos casos.

Juliaca tiene aeropuerto, Puno no tiene. Puno tiene agua y desagüe, Juliaca no tiene. Puno es la capital, Juliaca tiene más actividad comercial. Se desenvuelve entre las dos ciudades un proceso de emulación que es vivido a todos los niveles sociales de éstas. El 4 de noviembre de 1965, Puno celebraba el centenario de su fundación y había ofrecido su asistencia el ministro de Gobierno y Policía y el presidente de la Cámara de Diputados. Personalidades de Acción Popular y del Apra, reespectivamente. Juliaca, a nivel de un Cabildo abierto, tomó el acuerdo de aprovechar la oportunidad para mostrar a estas personalidades burguesas, el estado de abandono en que se encontraba; el pueblo se congregó y esperó la llegada del ministro, éste, sin embargo, aterrizó en Juliaca, único aeropuerto de la zona, pero pasó de largo por Puno y dejó a las masas sumidas en una sensación de desprecio. Ello habría de ser suficiente para que el pueblo de Juliaca, masivamente, se levantara en rebeldía. Las dos emisoras de radio arengaron a la huelga general decretada por el Consejo Municipal y el pueblo se organizó, espontáneamente, para desarrollar la consigna con su estilo. En el aeropuerto colocaron tambores de gasolina sobre la pista de aterrizaje para bloquear el tránsito de aviones que traían más personalidades políticas burguesas

²⁰ 850, según declaración del secretario general de la organización. Este, Atalo Gutiérrez, es un campesino indígena de la zona, con una formación política elemental de corte liberal y profesionalizado en su trabajo de dirigente por los mismos hermanos Cáceres.

(entre ellas el presidente aprista de la Cámara). En la nueva carretera de doble vía, que une Juliaca con Puno, los mismos obreros que la habían construido, cavaron zanjas transversalmente, impidiendo el paso de regreso de los «ilustres visitantes». Eran las masas que estaban demostrando la importancia regional de su abandonada ciudad. Se trataba, para cualquiera que tuviese la voluntad de entender, de una lección de teoría del Desarrollo Regional. El ejército y la policía, en pánico por las proyecciones del movimiento y las circunstancias de la lucha insurreccional que se daba en el país, comenzaron de inmediato una brutal represión armada.

Las masas urbanas se defendieron con valentía, armaron barricadas, usaron palos y piedras, botellas de gasolina, y aun cartuchos de dinamita y las pocas armas de fuego de que disponían. La lucha duró tres días y la calma sólo pudo ser restablecida cuando las fuerzas represivas terminaron de tomar la ciudad y los cerros aledaños, barricada por barricada, grupo por grupo, con el poder de sus metralletas y sus bombas. El parte policial, hasta entonces siempre lacónico, esta vez no pudo dejar de entrever la diferencia que se daba por efecto de haber participado las masas. De uno de ellos tomamos los siguientes párrafos: «...a horas 000 del día 4 de noviembre en curso, se inició en la ciudad de Juliaca el paro general decretado por el Consejo Provincial de San Román. Desde horas antes, varios centenares de manifestantes congregáronse frente al local del Municipio y fueron arengados por varios oradores...»; «aprovechándose de la oscuridad de la noche, numerosos piquetes de huelguistas interrumpieron diversas vías de comunicación, principalmente la carretera de Juliaca a Puno y de Juliaca a Cuzco, con enormes piedras y profundas zanjas en no menos de diez puntos...»; «En el curso de la mañana, en la plaza principal y calles céntricas de Juliaca, se reunieron aproximadamente seis mil personas, entre hombres, mujeres y niños, de las cuales la mayor parte eran campesinos en estado de ebriedad...»; «...[una turba de huelguistas], atacó a las 11:30 el local de la Comisaría de la Guardia Civil. Los atacantes, que eran varios miles, no sólo lanzaron piedras y bombas de fabricación casera contra los custodios del orden público, sino que usaron también armas de fuego...»; «...otra turba de huelguistas, a horas 12:00 atacó el local de la Comandancia de la Guardia Civil, lanzando piedras con

bombas y también disparos de armas de fuego...»; «se ha comprobado la intervención de conocidos elementos comunistas...». El parte policial deforma los hechos de manera absoluta: llama a las masas urbanas «campesinos ebrios»; acusa a los huelguistas de intentar asaltar los puestos policiales para justificar la matanza represiva; y por último pretende responsabilizar a los «comunistas» como si de alguna manera éstos (sean ellos quienes fueren), hubiesen planeado estos actos de masas.

Entre la rebelión de Juliaca (rebelión contra la burocracia, contra los métodos políticos burgueses, contra el abandono y la miseria), y la insurrección que se daba en determinadas zonas apartadas del país no había ninguna relación directa, ningún contacto efectivo al nivel de tal o cual cuadro, o «elemento», como los llama el parte policial.

Pero, si bien es cierto que no había este tipo de relación, es innegable que las masas se habían movido con ese estilo, con esa decisión y ese coraje, impulsadas por la situación que se daba en el país, es decir, habían madurado subjetivamente frente a las condiciones objetivas de su suerte. Por otro lado, sin embargo, había una condición objetiva que no había variado un ápice: la ausencia de la organización y los cuadros revolucionarios capaces de conducir a estas masas por el camino de los éxitos tácticos. Tres días después de iniciados los actos de masas, la represión se enseñoreó en dicha ciudad y en las zonas aledañas, masacró a los campesinos, encarceló a muchos de los participantes y quebró el movimiento en pedazos. Los Cáceres al defenderse de los ataques en el Parlamento, se lavaron las manos con lógica actitud pequeñoburguesa y aduciendo una frase hecha popular por el propio gobierno, negaron toda responsabilidad afirmando: «El pueblo lo hizo».²¹

Unas semanas más tarde, en Lima, se habría de producir otro acto de masas, éste de carácter singularmente distinto, pero no por ello menos interesante: de él también debiéramos extraer algunas lecciones de utilidad.

²¹ Frase hecha popular por Belaúnde y su gobierno a través del Programa Estatal de Cooperación Popular, consistente en dar ayuda técnica a las comunidades campesinas para las obras de infraestructura que ejecutan colectivamente.

La Federación de Estudiantes del Perú, que agrupa aproximadamente a 60,000 estudiantes de unas 30 universidades y escuelas superiores distribuidas por todo el país, había convocado a un Congreso Nacional que se celebró en Lima con una asistencia ampliamente mayoritaria de delegados estudiantiles de izquierda. El Congreso tenía la responsabilidad de examinar ponencias que abarcaban desde el campo estrictamente estudiantil hasta cuestiones de interés e importancia nacional e internacional. El Congreso nombró, en su primera sesión plenaria y por efecto de la aplastante mayoría de izquierda, a Luis de la Puente, máximo dirigente mirista muerto en combate en su zona guerrillera sur, presidente de honor. Así, en nombre de decenas de miles de estudiantes universitarios, se le rendía homenaje al fallecido jefe de las fuerzas insurreccionales. Se trataba de un acto simbólico de proyecciones interesantes, cuya noticia produjo un impacto real y concreto en el país.

Más adelante, sin embargo, al tratarse del análisis de las ponencias en sí, se observó que la madurez de las masas estudiantiles era sólo aparente y que el nivel de su comprensión no les permitía aún centrarse correctamente sobre los problemas esenciales de la hora revolucionaria.

No aparecían los trabajos de análisis y crítica ni las líneas que se proyectasen sobre el desarrollo futuro de las tareas a éste u otro nivel.

De esta manera, finalmente, al llegar al punto crucial del certamen y tratarse de la elección del nuevo presidente y la directiva de la FEP, la aplastante mayoría izquierdista expresó una vez más, la naturaleza viva de uno de los aspectos fundamentales a resolver dentro de la problemática de la lucha revolucionaria peruana: la cuestión de la unidad. Los delegados de izquierda se dividieron en las siguientes fracciones en orden de importancia mayoritaria: Partido Comunista prochino que publica el periódico *Bandera Roja*, Partido Comunista prosoviético que publica el periódico *Unidad*, Vanguardia Revolucionaria, MIR y FALN; y en dos bloques, uno integrado por sólo la fracción comandada por el Partido Comunista prochino, el otro por todas las demás organizaciones. El segundo bloque era ampliamente mayoritario sobre el primero y los dos en conjunto mayoritarios en el Congreso pero, aparentemente, ni uno ni otro podían, separadamente, imponer su decisión. El planteamiento del bloque unitario era otorgar la presidencia al representante del MIR y conformar la directiva proporcio-

nalmente al número de delegados de cada una de las fracciones, dejando un número pequeño a repartirse entre las fracciones burguesas que también participaban en el Congreso. El planteamiento del grupo del Partido Comunista prochino, exigía una mayoría absoluta prochina en la conformación de la nueva directiva. Frente al *impase*, la izquierda concurre dividida a la sesión electoral y en circunstancias en que los dirigentes estudiantiles del Partido Comunista prochino descubrieron que la votación habría de resultarles adversa, se retiraron de la sesión dejándola sin *quorum*. El desenlace fue simple: la FEP quedó sin dirección, el Congreso se disolvió y el panorama estudiantil se proyectó sombrío sobre las próximas jornadas de lucha y responsabilidad revolucionarias. Este acto de masas, aparte del hecho simbólico de reconocerle a Luis de la Puente el mérito de su heroísmo y su martirio, no había hecho sino reflejar la naturaleza de los problemas a resolver dentro de la misma izquierda en el curso de la lucha insurreccional si se busca proyectar ésta resueltamente sobre el futuro.

Desenlace preliminar de la guerra

El cerco que la contraofensiva de las fuerzas armadas tendía en la zona guerrillera del Centro, y los desplazamientos masivos de tropas del ejército y la intervención regular y sistemática de la aviación; terminaron por dar sus resultados. A fines de diciembre la jefatura zonal de las fuerzas represivas daba alborozada la noticia de la captura y muerte de Guillermo Lobatón, combatiente revolucionario del MIR, jefe de la zona centro al comenzar las acciones, y que, luego de la muerte de de la Puente, había asumido el comando de la insurrección.

Algunos días antes había sido también capturado, interrogado, torturado y asesinado, el dirigente mirista de un grupo guerrillero en la misma zona: Máximo Velando. Al igual que en el caso del aniquilamiento de la guerrilla en la zona sur, en el curso de los próximos días, la zona central quedó también, para todos los efectos prácticos, liquidada.

De esta manera, el ejército peruano podía vanagloriarse de haber destruido a las fuerzas insurreccionales en menos de ocho meses. Quedaban, sin embargo, en actividad los focos de la zona norte y del ELN,

este último ubicado en una región a media distancia entre las anteriores posiciones centro y sur de las guerrillas miristas. De los combatientes ubicados en Ayabaca, en el extremo norte del país, no se había sabido más y se tenía (y se tiene) la impresión de que se efectuaron importantes modificaciones de orden táctico, que les permitió mantenerse en existencia sin producir acciones armadas, sin dar enfrentamientos y trabajando encubiertos a un nivel preliminar de asentamiento y consolidación.

El grupo guerrillero del ELN, tampoco aparecía ubicado y por lo tanto, no se daban las condiciones que favorecían el trabajo de cerco y aniquilamiento por las fuerzas represivas. Sin embargo, circunstancias fortuitas habrían de colocarlo en una situación por lo demás precaria.

El jefe de la organización, Héctor Béjar, fuertemente atacado por la *uta*, se vio en la necesidad de salir de la zona y desplazarse clandestinamente a Lima en busca de asistencia médica de urgencia. En la capital fue descubierto y capturado por los servicios nacionales de espionaje y actualmente se encuentra preso y en riesgo de ser condenado a muerte y fusilado.

Unas semanas más tarde, en circunstancias que aún se desconocen, fue también apresado Julio Gadea, combatiente revolucionario mirista (hermano de la primera esposa de Ernesto Guevara), quien cumplía funciones dirigentes a un alto nivel dentro de su organización.

Los diarios y revistas burguesas, comenzaron por tanto a hablar del «RQP del movimiento insurreccional» y de cómo quienes «habían tomado la espada, habían muerto por la espada». No aparecía por ninguna parte, ni entonces ni hasta el momento, el análisis objetivo que hiciera un balance de la situación de la lucha insurreccional.

El MIR se encontraba, ciertamente, diezmado, no sólo al nivel de sus militantes de base, convertidos en guerrilleros, sino fundamentalmente al nivel de sus dirigentes medios y su comité central. En función de las publicaciones de los diarios y revistas burguesas, y la confrontación con los boletines del propio aparato de propaganda mirista, podemos estimar que no menos de un 50% de sus dirigentes medios había sido anulado para la acción, ya sea a través de su muerte o su apresamiento, y que aproximadamente $\frac{3}{4}$ de los miembros de su comité central habían

sufrido la misma suerte; se hacía por tanto, a partir de una premisa de este tipo, difícil hablar del MIR con estricta objetividad. Ciertamente que todo un foco guerrillero queda, aparentemente hasta el momento de escribir estas líneas, intacto; y asimismo, debemos estimar que un número indeterminado de militantes de base han escapado a la represión, no sólo en la ciudad sino también en el campo. Pero, respecto de los niveles organizativos que tienen sobre sí la responsabilidad de desarrollar los análisis y ratificar o rectificar las líneas, debemos decir que no es posible hacer vaticinios acerca de su composición o sus tendencias. ¿Quién dentro de esta organización habrá de surgir como dirigente al nivel de la calidad de los camaradas muertos, quién, de entre ellos, habrá de tener la decisión y la firmeza para seguir llevando adelante la lucha, y más aún, impulsarla por los caminos que la experiencia recogida muestre como más propicios a las necesidades de la hora?

Las masas proletarias urbanas, los grupos estudiantiles y las masas campesinas que, hechas las excepciones descritas, permanecieron quietas, se han seguido manteniendo inmóviles y parecen encontrarse a la expectativa de que se les explique, en términos que les son propios, la naturaleza, desarrollo, experiencia, alcance y proyecciones de la lucha. Aparece de esta manera esbozada, quizá, la tarea más importante de las organizaciones revolucionarias que se plantean con el mismo fin u objetivo estratégico que el MIR.

¿Quién había ganado la primera batalla y por qué resultó esto así? Es algo que pretenderemos analizar a continuación.

Resumen de nuestra crítica

De la primera publicación difundida por el MIR,²² tomamos los párrafos que citamos *in extenso* a continuación, clasificados por grupos según conviene a nuestro análisis.

²² Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Bases Doctrinarias y Programáticas; Ediciones Voz Rebelde, Lima-Perú, Febrero de 1963. Los subrayados son todos nuestros.

I. Respecto de la caracterización de la sociedad peruana.

«La historia de los regímenes políticos en el país, es la historia de una oligarquía con gran capacidad de maniobra que se perpetúa en el poder a despecho de los cambios que en el orden económico y social se efectúan».

«...esta oligarquía que monopoliza el capital nacional en todas sus formas, *sin desprenderse de sus propios orígenes*, invierte sus utilidades en el campo industrial, se proyecta a las finanzas, enlaza sus capitales a los del imperialismo, compartiendo con éste el dominio de las grandes empresas. La capitalización del país, en su integridad, pasa por sus manos, y a esta vasta concentración monopolista *lleva su viejo espíritu feudal* que, a través del poder político de los vehículos culturales, ideológicos, sociales, etc., impone a todo el país».²³

«Es así como esta oligarquía ha logrado hasta el momento mantener al país *sujeto a la hacienda*, dominado por el imperialismo, sometido al más alto grado de explotación, impidiendo su plena integración nacional».

«(el imperialismo) se enlaza con los señores de la tierra y forma poderosas empresas agrícolas para la explotación, por ejemplo, de la caña de azúcar».²⁴

«(la) insuficiencia del desarrollo de la base económica (es) debida a la incidencia del imperialismo, a la *supervivencia de relaciones de producción precapitalista* y a la desigual distribución de la renta nacional».²⁵

«Para el Perú, provincia del mundo capitalista, *con supervivencia de la estructura y de las relaciones de producción feudales y precapitalistas*, la Reforma Agraria es la primera de esas medidas fundamentales».²⁶

«La tesis de que la burguesía nacional, al desarrollarse, se enfrenta al imperialismo y por tanto de que puede realizarse una revolución antimperialista en nuestro país, conducida por ella, no es más que una

²³ Obra citada, pág. 7.

²⁴ Obra citada, pág. 8.

²⁵ Obra citada, pág. 10.

²⁶ Obra citada, pág. 17.

ampliación (sic),²⁷ mecánica e incompleta del método marxista. En países como el nuestro, en su actual etapa, la burguesía industrial es una prolongación de la oligarquía y el proceso que conduce es mediado por esta relación de parentesco. Además, la penetración imperialista es múltiple, ágil, dinámica.

El inversionismo extranjero en los últimos años penetra en el campo industrial con las limitaciones que impone el interés imperialista y generalmente empieza por comprometer a la burguesía nativa, *neutralizando de este modo sus atisbos de independencia*.²⁸

II. Respecto de la caracterización del proceso revolucionario y las tareas.

«Creemos también que la Revolución en el Perú, más que en ningún otro país de América, se iniciará como un fenómeno social, multitudinario. Millones de campesinos levantarán los puños y aplastarán a la oligarquía comenzando desde los Andes».

«*Trabajamos por la unidad de la izquierda revolucionaria que crea sinceramente en la insurrección como único camino para la conquista del Poder*».²⁹

«Llevar a la unidad de lucha al campesinado en su conjunto en el plano nacional y vincular ésta, a la de las demás clases explotadas, es la tarea imperativa del momento actual que se propone cumplir el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (antes Apra Rebelde), y a la cual deben contribuir todos los sectores auténticamente revolucionarios».³⁰

«(la) toma de conciencia de la clase obrera de su papel fundamental y determinante para la liberación del país, es uno de los presupuestos decisivos de la obra que el país espera, y en la cual el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (antes Apra Rebelde), *empeñará sus mejores esfuerzos*».³¹

²⁷ Creemos que «ampliación» es un error de imprenta por «aplicación».

²⁸ Obra citada, pág. 22.

²⁹ Obra citada, pág. 4.

³⁰ Obra citada, pág. 27.

³¹ Obra citada, pág. 28.

«... el desarrollo de factores negativos como el sectarismo, el caudillismo, el oportunismo y la ausencia de esclarecimiento teórico, hicieron que la lucha en vez de ser nacional y total se parcializase, facilitando a la reacción la tarea de frustrarla y controlarla».

«Las nuevas generaciones que se incorporan a la lucha traen la convicción de la necesidad de superar la frustración antigua».³²

«La consigna de nuestro tiempo impone la unidad en la lucha, y la victoria, que será resultado de la consecuencia en esta lucha, debe tener carácter nacional».³³

1. La caracterización de la sociedad es, en general, correcta; sobre todo en lo que respecta a la ligazón estructural, que se denuncia, entre la burguesía nacional industrial con la tierra de donde proviene y de la cual no se ha separado, con el imperialismo con quien se enlaza y quien la compromete y neutraliza, y con los otros sectores de la economía donde invierte y se proyecta.

2. Una cierta confusión se produce al nivel de la caracterización de un sector como feudal y precapitalista, concebida no sólo como supervivencia de relaciones de producción sino aún como toda una estructura.

Esta estructura o aun las relaciones no pueden ser calificadas propiamente como feudales; y en todo caso debe de ellas decirse, que se encuentran integradas como partes de un todo en el sistema económico nacional: la suma de diversas estructuras que se corresponden, se contradicen o se complementan, pero que operan debidamente entrelazadas.

3. No puede decirse que la tesis del MIR, por lo menos al nivel de la tinta y el papel y para la fecha de febrero de 1963, fuera de tipo «dualista». Es decir, que concibe al Perú como dividido en dos partes separadas, una moderna y capitalista, la otra atrasada y precapitalista, sin «integración» entre ellas. Si bien el planteamiento mirista no aparece concluyente, claro y categórico a este respecto, presenta de hecho apenas atisbos de elementos que pudieran ser desarrollados hasta la sustentación de la tesis «dualista» que mencionamos.

³² Obra citada, pág. 30.

³³ Obra citada, pág. 31.

4. El MIR muestra con aterradora claridad (en la cita de la página 4, que ofrecemos), cómo concebía, por lo menos a esta altura de su desarrollo organizativo, el proceso revolucionario. Debemos entender por tanto, que el gran despliegue propagandístico y, más aún, la ofensiva iniciada por las fuerzas guerrilleras, se hace sobre la base de que el proceso «se iniciará como un fenómeno social multitudinario» en el cual «millones de campesinos... aplastarán a la oligarquía comenzando desde los Andes». Ciertamente el MIR hacía una evaluación puramente subjetiva y extremadamente errada, de cuales eran las condiciones *subjetivas* reales de las masas campesinas. El MIR había visto, en el segundo semestre de 1963, desarrollarse el proceso masivo de ocupación de tierras, y había encontrado en él la prueba definitiva de la certidumbre del enunciado que mencionamos. Había visto en el apetito pequeñoburgués de los campesinos peruanos por la tierra, la comprensión política de las tareas históricas de la revolución; y sin contar con un aparato que lo ligara estrechamente con estas masas, había decidido que eran las campañas furiosas de la revolución las que sonaban en sus oídos. Había deseado, y había convertido «su» deseo en «su» realidad, y, en función de ésta, se había echado a andar.

5. El MIR afirma que la unidad en la lucha se impone como la consigna de nuestro tiempo y que trabajará por ésta. Debemos entender que los esfuerzos por la misma terminaron por cansar a los dirigentes miristas sin haberla logrado y que, alrededor del verano de 1964, abandonaron estos trabajos, se aislaron del resto de la izquierda y prosiguieron adelante solos y por su cuenta, considerando que el resto de la izquierda peruana se encontraba en una línea estratégica equivocada. Este hecho, que era, posiblemente, de manera general, cierto para marzo de 1964, ciertamente no lo era ya un año después, cuando el MIR se disponía a la acción. Sin embargo, para ese entonces, el MIR traía la inercia de su aislamiento, unilateralidad y sentido no unificado del trabajo, todo lo cual, en cierto modo, determinó el desarrollo que hemos descrito.

6. El MIR plantea, con absoluta corrección, que las tareas son: al nivel del campesinado, llevarlo a la unidad de lucha vinculándolo con las clases explotadas; y a nivel de la clase obrera, la toma de conciencia de su papel fundamental y determinante del proceso. De ambos se expre-

sa como de la tarea imperativa, decisiva, determinante, en la cual empeñará sus mejores esfuerzos. En la práctica, sin embargo, el MIR no pudo llegar a montar el aparato nacional para la realización de las tareas, perdió el equilibrio y se inclinó fuertemente hacia el polo militar y guerrillero de la balanza, hasta que hubo de abandonar totalmente las tareas enunciadas, emprendiendo el camino de la instalación de los focos guerrilleros en el campo. Aparentemente el MIR se logró ajustar debidamente para el cumplimiento de ciertos aspectos de la tarea insurreccional: el trabajo con los grupos proletarios urbanos y las masas campesinas al nivel nacional; llevándolos por los caminos que se esbozaban y en cumplimiento de las tareas planteadas. No logró formar los cuadros que para ello eran necesarios, ni consiguió montar la organización que los objetivos demandaban, y por tanto decidió tomar un atajo: añadió esta condición a las muchas que habrían de ser alcanzadas por efecto del desarrollo de la lucha en los focos insurreccionales. Se estiraba cada vez más y más el alcance del enunciado de Ernesto Guevara, que ya hemos mencionado al comienzo de este trabajo: «No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede crearlas».⁸⁴

7. El MIR, con toda corrección, señalaba la «ausencia de esclarecimiento teórico», como una de las causas más importantes que habían determinado que la lucha anterior fuese sólo parcial, no fuese nacional, y quedase frustrada. Pero el propio MIR, en un momento determinado, abandona el esclarecimiento teórico; como si ya se hubiese dicho la última palabra y ésta hubiese sido aprendida por la mayoría de los integrantes de las clases revolucionarias. De esta manera se separa de las masas, pierde contacto con ellas y éstas pierden contacto con la posibilidad de esclarecimiento proveniente de quienes habrían de reclamar conducir las.

Si bien es cierto que el MIR ha sido consecuente con su línea estratégica, en tanto ha luchado por la revolución socialista y se ha inmolido llevando adelante el proceso insurreccional, ciertamente no ha sido consecuente con sus propios planteamientos, en tanto no los ha llevado

⁸⁴ Che Guevara: *La guerra de guerrillas*, pág. 11, Instituto Ezequiel Zamora, Caracas, 1960.

a la práctica o de otro modo no los ha autocrítico reemplazándolos después de su correspondiente análisis.

En julio de 1965, instalado en su «zona de seguridad», y en pleno auge insurreccional, el MIR dio a conocer, a través de *Monthly Review*, un documento de gran interés. Este apareció firmado por Luis de la Puente y con el título «La Revolución en Perú: concepciones y perspectivas».³⁵ Siendo un documento tan rico en planteamientos, nociones y conceptos, se hace difícil efectuar un análisis resumido y enfrentarlo con la realidad que hemos descrito, pero dada su importancia, y siendo el último documento de este nivel producido por el MIR y por provenir del propio jefe de la insurrección le hemos de dedicar la última parte de este ensayo.

El documento mirista se plantea con toda claridad y absoluta franqueza sobre una serie de aspectos fundamentales. ¡Como puede concebirse, habiendo sido escrito desde un foco guerrillero, con el arma en una mano y la pluma en la otra!

Respecto de la caracterización de la sociedad, sostiene el MIR las mismas equívocas tesis que en su primera publicación, ya comentada, aunque esta vez con mucha mayor intensidad y error. Insiste en las tesis del feudalismo: implantación de éste en Perú por efecto de la conquista, su existencia y vigencia actual y la influencia determinante que tiene. Se llega a extremos como el de llamar a la Sierra, de plano, región del «Perú real, el Perú feudal, el Perú indio».³⁶ De aquí deduce una burguesía feudal que se complementa luego de la elaboración de la noción de oligarquía y el concepto de imperialismo para establecer: «El poder político está en manos de la oligarquía-feudal-burguesa-imperialista».³⁷

Sin embargo, reconociendo que se instala en la región de la sierra para luchar por el socialismo por vía de las acciones guerrilleras; proclama «una revolución nacional y popular antioligárquica y antimperialista, llamada a establecer el gobierno democrático que sienta las bases para

la instauración del socialismo en nuestra patria».³⁸ ¿Es decir que, reconociendo que lucha por el socialismo en plena zona feudal, no lucha contra el feudalismo, sistema que según ellos explota y oprime a los campesinos serranos? Ciertamente así es, no podía ser sino así pues luchar contra el feudalismo en el Perú, sería algo así como Quijote y los molinos de viento. Coincidimos con los editores de *Monthly Review* (Huberman y Sveczy), cuando en el prólogo sostienen: «...no puede sino inducir a la confusión el introducir términos como "feudal" y "feudalismo"...».³⁹ Pero no podemos dejar de enfrentar la siguiente reflexión: ¿Y si no se tratara sólo de «términos» sino de «conceptos», y si alrededor de estos conceptos se ha formulado una estrategia y una táctica? ¿Y si realmente el MIR hubiese pensado que, sólo en esta etapa intermedia, naturalmente, se encontraba combatiendo por el capitalismo y contra el feudalismo que menciona y que le sirve de base fundamental para su análisis?⁴⁰ ¿Y si, por tanto, dedujo que no debía esperar una represión tan tremenda o quizás éf, hasta la «burguesía nacional progresista» o algunos sectores medios de ésta intervendrían para frenar la acción represiva y que todo ello permitiría una consolidación y desarrollo efectivo de la lucha insurreccional? Nuestra opinión es que, si bien esto no fue así, no poco daño ha hecho a una comprensión cabal de la sociedad peruana, por el MIR (y de allí las tesis políticas, la estrategia y la táctica), el tener conceptos tan errados sobre la realidad estructural del país. Lo que el MIR no había llegado a comprender bien, la burguesía peruana (sin entenderlo mayormente), sí había asimilado; ésta por tanto reaccionaba *en defensa de sus intereses objetivos*. Así demostraba, en la práctica, cómo es que en realidad hay una integración estructural, de naturaleza real y fundamental, que los lleva a defender el orden capitalista y burgués, allí donde el MIR no ve sino un Perú feudal y condiciones feudales de producción y existencia.

Respecto de la caracterización del proceso revolucionario, sobre todo en cuanto a la estrategia y táctica insurreccional, el MIR rechaza la

³⁵ Luis de la Puente, «La Revolución en el Perú: Concepciones y Perspectivas», *Monthly Review*, ediciones en castellano, No. 26, Noviembre de 1965, B. Aires.

³⁶ Obra citada, pág. 6. El subrayado es nuestro.

³⁷ Obra citada, pág. 22.

³⁸ Obra citada, pág. 39.

³⁹ Obra citada, pág. 16.

⁴⁰ Obra citada, pág. 16 a 26.

tesis que llama «esquema ciudadano de la Revolución de octubre» acusando a los trotskistas de postularla dogmáticamente;⁴¹ rechaza la tesis que llama del «poder dual», postulada por Hugo Blanco, indicando que la prueba de su error proviene del fracaso de éste y el FIR, «a la primera embestida de las fuerzas represivas»;⁴² rechaza la tesis que llama del «gran partido de masas de estructura leninista» que implícitamente queda asignada al Partido Comunista prorruso, al Partido Comunista prochino y al FLN;⁴³ y por último postula su propia línea estratégico-táctica.

Sostenía el MIR «la necesidad de encarar el fenómeno partiendo de la lucha armada en el campo, con la estrategia y táctica guerrilleras». El proceso incorporará paulatinamente a las masas campesinas, estudiantiles, pequeñoburguesas y de la clase obrera y terminará por capturar el poder por la vía de la guerra del pueblo que va de la sierra a la costa, del campo a la ciudad y de las provincias a la capital.⁴⁴ Para ello han optado por basarse en «...mínimos indispensables en cuanto a organización partidaria y a prestigio ante las masas...» ya que todo otro esfuerzo debe estar empeñado a la preparación de las zonas guerrilleras.

La formación del partido se difiere para ser desarrollada sobre la marcha. Consideraba el MIR que también correspondía la formación de un Frente Único de las clases revolucionarias con los sectores progresistas de la burguesía nacional, bajo la hegemonía del Partido Revolucionario⁴⁵ y que debían darse formas progresivas de integración revolucionaria continental para encarar la lucha a este nivel.

Para la fundamentación de los enunciados estratégicos mencionados, el MIR se basaba, claro está, en su propio esquema analítico de la situación peruana:⁴⁶

⁴¹ Obra citada, pág. 30.

⁴² Obra citada, pág. 29-30.

⁴³ Obra citada, pág. 31.

⁴⁴ Obra citada, pág. 29.

⁴⁵ Obra citada, pág. 30-31.

⁴⁶ Obra citada, pág. 26, 28, 29.

—las condiciones objetivas están totalmente maduras, lo han estado siempre; —las condiciones subjetivas no están plenamente dadas, pero:

1) están más allá de la capacidad conductora de las pretendidas vanguardias revolucionarias; 2) el proceso de invasiones de tierras del segundo semestre de 1963 es un ejemplo de cuán maduras están las condiciones subjetivas, otros ejemplos son también; 3) la ocupación de barrios marginales en las ciudades grandes; 4) la creciente concienciación de la clase obrera; 5) el control izquierdista de $\frac{3}{4}$ de las universidades; 6) la combatividad urbana de universitarios y escolares; 7) la masacre del Estadio Nacional en 1964 y la combatividad urbana de masas en razón de ello.

*«el inicio del proceso insurreccional será el factor desencadenante para su perfeccionamiento e integración con caracteres tales que no es posible imaginar».*⁴⁷

Es decir, que el MIR consideraba que el «mínimo indispensable» de partido que habían sustituido era suficiente —como condición objetiva— para desenvolverse como vanguardia revolucionaria real, aunque (todo así lo indica), nunca llegaron a considerar al partido —sea éste de uno u otro tipo— como una de las condiciones objetivas a tener presentes como necesarias.

Especialmente debemos incidir sobre la apreciación mirista del problema de las condiciones subjetivas. Vuelve a aparecer aquí el mismo concepto enunciado en su documento de 1963, ya citado. El MIR consideraba que el pueblo peruano estaba todo listo a volcarse masiva y furiosamente por la revolución, ofreciendo su existencia por el desarrollo de las acciones insurreccionales que conducirán al poder a la alianza obrero-campesina. Igualmente plantea creer que el proceso tomará la forma de una revolución agraria y que las masas comenzarán por invadir los latifundios.⁴⁸ Pero hemos visto como las masas, no sólo en la ciudad sino también en toda la extensión del ámbito rural, quedaron inmóviles y parecían no acertar a comprender la naturaleza de los acontecimientos.

⁴⁷ El subrayado es nuestro.

⁴⁸ Obra citada, pág. 33.

El MIR trabajó sus análisis teóricos completamente aislado y al margen de la confrontación con los demás grupos políticos de la izquierda peruana (a todos ellos había estigmatizado). Esto fue en parte compensado por la elaboración que se hacía en relación con las concepciones de diferentes experiencias extranjeras.

El MIR se lanzó a la lucha mostrando un incorrecto descuido por las masas obreras y estudiantiles de las ciudades en razón de que el esquema estratégico consideraba sólo la necesidad de prestarles atención en una etapa muy posterior, y dejaba entrever que se esperaba mucho de la espontaneidad de éstas para sumarse a la lucha, buscando su propia ubicación.

El planteamiento enunciado en el párrafo anterior debe ser confrontado con la hipótesis de que el MIR en realidad no haya hecho sino formular un esquema estratégico-táctico expresando, no las necesidades reales de la lucha, sino sus propias limitaciones. Esto querría decir que, tal vez fundamentalmente en razón de no contar con un aparato nacional de fuerte arraigo y ligazón con la clase obrera y el estudiantado, se dejaba de lado a éstos hasta una etapa posterior. Un proceso de toma de decisiones de este tipo no se da jamás químicamente puro, ni se presenta en blanco y negro: si bien creemos que elementos como los enunciados han jugado su papel, ciertamente, se han presentado dentro de un conjunto estructural que es el que, finalmente, ha determinado el sentido de las decisiones.

Quizás uno de los errores más importantes cometidos por el MIR, haya sido el haber arriesgado, de tal manera, la existencia misma de su más alto comando, de sus mejores cuadros, y de la organización en su conjunto, en una sola operación táctica, cual debió ser la consolidación de los focos guerrilleros en el campo. Esto nos hace forzosamente reflexionar sobre la posibilidad de que el MIR, sobre la base de una evaluación superoptimista de la situación y en función de una concepción idealizada del proceso insurreccional, «haya jugado sólo a ganador, apostando toda la plata en la primera carrera». No está de más indicar, por ejemplo, que si los bolcheviques hubiesen expuesto a su débil aparato organizativo en mayo de 1917 la revolución hubiera sido, posiblemente, aplastada, y la reacción cobrado tal fuerza, que el proceso

hubiera quedado diferido, y más aún, si en la experiencia hubiesen perdido la vida Lenin y Trotsky.

La fe revolucionaria es ciertamente fundamental, pero no es suficiente para que una vanguardia pequeña se enfrente a las fuerzas represivas del estado burgués, arriesgándolo todo en la primera batalla. Es necesario, antes, hacer inclinar la balanza a favor, utilizando la ventaja que significa el apoyo popular activo y haciendo participar a la guerrilla sobre la base del aprovechamiento máximo de sus evidentes ventajas tácticas dentro de la concepción clásica de su funcionamiento.

Las guerrillas del MIR parecen no haber explotado correctamente el instrumento fundamental con el cual deben enfrentarse a las fuerzas armadas del poder burgués: el arma subjetiva, desmoralizarlos, cansarlos, no presentar frente, darles tiempo para que se corroan, ganarles la moral, descomponerlos internamente, esperar a que se pudran desde adentro.

Aparentemente el MIR sufrió los efectos de un desequilibrio formativo entre los aspectos militar y político, y de un relativo aislamiento de las masas más politizadas; se desarrollaron pues en el campo como creyendo que las acciones principales debían producirse al nivel de los enfrentamientos militares sobre el terreno. Pero aun desde el punto de vista militar eran errados algunos aspectos de la concepción táctica. Como aquél de concebir las llamadas «zonas de seguridad» como una condición dada desde el inicio de la lucha, y por efecto de algunos meses dedicados a su preparación.

El MIR, en sus primeros boletines, se expresaba de sus «zonas de seguridad» como de «una fortaleza inexpugnable». Aparte de que una declaración de este tipo refleja una deformación provocadora, producto, seguramente, de la inmadurez revolucionaria del autor (quien quiera que él haya sido), resulta evidente que no era correcto para una guerrilla, en su etapa inicial, inmovilizarse de tal forma —alrededor de la llamada «zona de seguridad»— que facilitase la estructuración del cerco ni tampoco denunciar su ubicación y su presencia en una área prefijada.

La condición fundamental de la guerrilla debía ser justamente su movilidad; lo cual haría difícil su ubicación y fijación y por tanto impedía el cerco. Debe entenderse que esta concepción táctica tuvo varias fuentes

de origen, algunas de éstas ya han sido mencionadas al tratar sobre la interpretación que el MIR hace de la sociedad peruana. Un fundamento, quizás inconsciente, haya posiblemente sido el afán de buscar atajos y de acortar el camino, desarrollando una táctica que permitiera saltar la etapa de la consolidación del foco y partiendo con la base de una zona ya ganada por la guerrilla y en la cual podía y debía existir una área de seguridad. Otro fundamento quizás haya sido la interpretación defectuosa y la adaptación deformada de la táctica del FLN vietnamita y sus complicados sistemas de zonas de seguridad. Éstos, sin embargo, incluyen, no sólo y fundamentalmente, el trabajo político de veinte años de lucha insurreccional, sino además un mecanismo defensivo desarrollado sobre el terreno en condiciones de represión y perfeccionado a través del tiempo.

El MIR pensó y sostuvo que las condiciones subjetivas estaban suficientemente dadas como para que bastara la presencia de los grupos armados para que las clases revolucionarias se movilizaran espontánea y masivamente tras de ellos. En razón de esta consideración estimaron que el frente fundamental y prioritario de la revolución peruana era el frente militar y guerrillero en el campo, y a ello por tanto, dedicaron su esfuerzo total, con evidente desmedro del trabajo en el frente político: los contactos con las masas y el esclarecimiento teórico de la clase obrera, el estudiantado y la pequeña burguesía radical en las ciudades, y el campesinado de las áreas fuera de la zona de los respectivos focos.

En razón de todo ello, consideraron que debían emprender la ofensiva y se lanzaron al ataque. Al nivel de la interpretación popular, no se trataba, por tanto, del pueblo que se defendía de las condiciones a que lo forzaban, sino de una determinada vanguardia que tomaba la ofensiva contra el Estado. Esto los aisló aún más de las masas y los colocó en situación tal que el gobierno burgués se permitió el lujo de una campaña propagandística acusándolos de agresores. Con la consiguiente influencia negativa sobre las condiciones subjetivas al nivel de masas, que ellos daban por descontadas.

El MIR sostenía: «...lo que hace falta en nuestro país es la vanguardia revolucionaria capaz de canalizar las ansias reivindicativas de nuestro pueblo, darle forma y organicidad, y conducirlos a través de caminos

adecuados y valederos.⁴⁹ En esto estamos total y absolutamente de acuerdo; sigue hoy día faltando esa vanguardia y la tarea fundamental consiste en unir a los cuadros que merecen integrarla, formar a los que faltan y constituirla como expresión real y concreta, activa y consecuente, de los objetivos de la revolución peruana.

En la Conferencia Tricontinental, la delegación peruana estuvo presidida por el MIR y presentó un «informe sobre la situación política del país que culminó con la decisión popular de organizar la lucha armada contra el régimen. El impacto de las guerrillas en las masas campesinas y urbanas, desarrollo de la tendencia unitaria en el seno de las hasta entonces dispersas y divididas fuerzas de la izquierda revolucionaria; la agudización de las contradicciones en el seno del enemigo, prueban que la lucha armada acelera y desarrolla las condiciones subjetivas que faltaban en el país, tesis sostenida por quienes iniciaron la acción armada.»⁵⁰

Alguien podrá quizás plantearse como reflexión: Pero ¿las muertes de cientos de campesinos indefensos, las torturas y los asesinatos de los combatientes revolucionarios, la destrucción, la sangre, la violencia que se desencadenó con la insurrección, se justifican por la experiencia adquirida y el estado actual de la lucha? y la revolución misma ¿en qué medida podrá justificar las víctimas que hacerla posible demandará?

Ciertamente debemos con firmeza acotar: divagaciones de este tipo son comparables al análisis de la propia existencia: ¿vale la pena vivir, haber nacido, ser o no ser? cuestiones como éstas no han estado en discusión ni han sido planteadas al análisis. Las angustias personales no terminan por impedir que la humanidad entera crezca, fecunde y dé lugar a nuevos seres. La insurrección no es sino la continuación de la política por otros medios y la revolución es el camino obligado por donde pasan los pueblos que persiguen una salida para sus problemas de miseria, explotación y sometimiento.

Debemos tener siempre presente que la revolución es un proceso vasto que se da en el tiempo y en el espacio. Hemos examinado apenas una

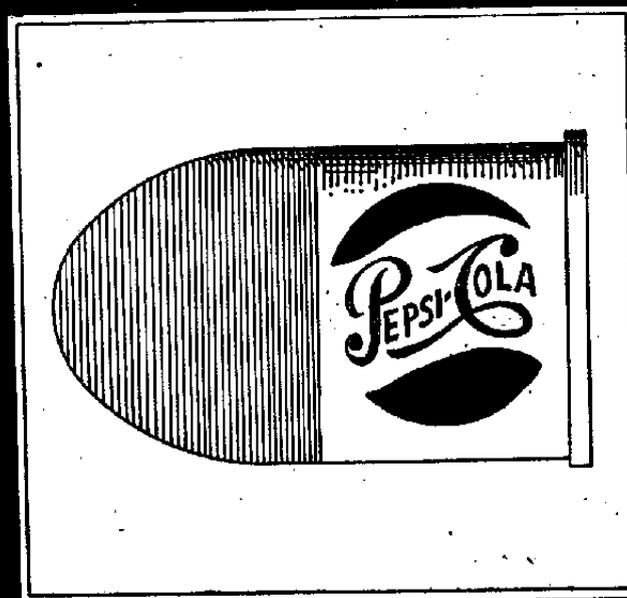
⁴⁹ Obra citada, pág. 28.

⁵⁰ Fragmento único dado a conocer sobre la posición peruana en la Tricontinental. Bohemia, año 58, No. 2, 14 de Enero de 1966, La Habana.

escaramuza y la primera batalla de la insurrección contra el orden burgués y la lucha por el poder para el pueblo. Esta primera batalla la habrá ganado quien haga mejor uso de la experiencia, es en este sentido que se aporta esta contribución. ¡Vendrán más adelante nuevos enfrentamientos! ¡El futuro es del pueblo! ¡El futuro es nuestro!

3 de mayo de 1966.

Tomado de «Cuadernos de Ruedo Ibérico» No. 6 Abril-Mayo de 1966.



CALIBRE 45

Contra la tendencia conservadora en el Partido

JULIO DEL VALLE

I.—TOMA CUERPO LA TENDENCIA

Con el apareamiento de «Por la vuelta a los principios del marxismo-leninismo», documento que expone la posición de un Comité de Base del PGT respecto a las divergencias en el seno del Partido y de las FAR, y del primer número de «Guatemala en Lucha —por una práctica basada en los principios—», medio de publicidad del mismo comité, toma forma y entra a beligerar abiertamente, por fin, la tendencia conservadora que, hasta el momento, estaba diluida, agazapada entre quienes combatían las posiciones izquierdistas y al trotskismo.

Esto es lo positivo que tiene el que tal documento y tal periódico se hayan publicado. Dan fin a una lucha extraña y confusa, que parecía librarse entre quienes sustentaban criterios coincidentes respecto a los problemas fundamentales, discrepando en la práctica, en los métodos de trabajo, en la concepción de ciertos problemas, en la actitud asumida al plantearlos y al resolverlos.

Y aunque hemos estado conscientes del peso que el conservadurismo ha tenido y tiene en el Partido, el esfuerzo por liberarnos de él parecía tener sólo problemas prácticos, consistentes en adaptar sus órganos a las necesidades apremiantes de una línea comúnmente aceptada. Trasladar a otros puestos o sustituir a los compañeros que, en los niveles dirigentes más diversos, no se han librado del peso de la tradición, carentes de la agilidad y la audacia que impulsan una guerra revolucionaria; sacudir o marginar a los militantes nominales; y dar vida a nuevas estructuras en la organización, adecuadas para la práctica de la línea: éstas parecían ser las formas principales y casi únicas de la lucha contra el conservadurismo.

Dentro de una concepción general, común a todos, se localizaban los resabios conservadores en quienes no han cambiado ostensiblemente sus métodos de trabajo, manifiestan reservas menores o mayores respecto al éxito de la lucha armada en su forma actual de desarrollo, se muestran extremadamente suspicaces ante las actitudes audaces o izquierdistas, demuestran negligencia al poner en práctica las nuevas formas organizativas y de lucha, pierden la iniciativa o recelan de que la integración del Partido y las FAR conduzca a la desaparición del primero, etc.

Se ha luchado contra los resabios del conservadurismo, contra las actitudes conservadoras concretas, producto de una incompleta adaptación de la conducta al pensamiento, en muchos compañeros. En pocos casos y en algunas ocasiones, se ha confundido a éstos con los auténticos conservadores y se les ha combatido. Sin embargo, no se ha luchado sistemáticamente contra una facción conservadora definida, porque parecía no haberla. Nadie defendía abiertamente esas posiciones. El Partido ha ido superando sus deficiencias y desarrollando la concepción de la vía violenta en las condiciones de nuestro país: la Guerra Revolucionaria del Pueblo, su estrategia, su táctica, sus formas de organización, sus métodos de trabajo, etc., sin que se alzara una sola voz de protesta o de oposición. La apariencia indicaba que había un avance simultáneo entre las resoluciones y el pensamiento de los militantes y sólo se ponían de manifiesto las dificultades en adaptar la conducta en el trabajo a las nuevas posiciones sustentadas. El freno al desarrollo de la lucha se encontraba allí, en la incapacidad de muchos compañeros a adaptarse con agilidad a las nuevas peculiaridades, a las nuevas perspectivas que abría una línea correcta, que se propone la toma del poder del Estado a través de la lucha armada.

Esto hacía suponer que la lucha contra los resabios del conservadurismo, no sería difícil. En su solución se combinarían las medidas de reorganización, la educación política y el ejemplo de los compañeros más avanzados. El Partido marcharía en su conjunto, con plena seguridad, sobre el camino trazado, lamentando solamente en la actualidad la lentitud, excesiva en algunos aspectos, que tantos recelos y contratiempos produce, en la transformación de sus organismos, en la integración a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) y en la adaptación de los métodos de trabajo de muchos de sus militantes y dirigentes a las nuevas necesidades.

Hoy toma cuerpo una tendencia conservadora real, efectiva y fraccionista, que no nos permite hacernos la ilusión de que el Partido avanza en su conjunto, ni que solamente quedan resabios del conservadurismo. Al contrario, se abre un período de lucha ideológica y política en contra de una tendencia que, al parecer, no se rendirá ante las medidas reorganizativas, la educación política y el ejemplo, sino que se proyecta más allá de las medidas internas.

Por esas razones, la frontera entre quienes tienen dificultades de adecuación por resabios de conservadurismo y quienes sustentan posiciones conservadoras, deberá ser nítida de ahora en adelante. De los primeros se espera su adecuación gradual. De los segundos, el estímulo constante a los resabios conservadores, a la neutralización de la actividad práctica de quienes los padecen, la resistencia y el combate abiertos a las nuevas posiciones. Por lo tanto, con ellos solo cabe el combate ideológico y político.

II.—ESENCIA DE LA POSICION CONSERVADORA

La esencia de la posición conservadora está en considerar la línea de la Guerra Revolucionaria del Pueblo como una desviación de izquierda, «la desviación más seria del momento».¹ No son pues, de ninguna manera, los errores en su aplicación los que se combaten, sino la línea misma, porque «es la culminación de un largo proceso que ha traído una gran desorientación y confusión, no sólo en nuestras filas, sino en el frente revolucionario».²

¹ «Por la vuelta a los principios del marxismo-leninismo», Pág. 15.

² Doc. cit. Pág. 1, primer párrafo.

Este largo proceso, viendo las cosas de esa manera, empezó desde que se fue elaborando y poniendo en práctica, sistemáticamente, la vía armada de desarrollo de nuestra revolución, provocando, a medida que se avanzaba, agudas crisis de dirección, organización y línea, en el Partido y en el movimiento revolucionario. Esas crisis demuestran, en su opinión, hasta qué punto llegó la desorientación y la confusión, conforme la línea «se apartaba» del marxismo-leninismo. Y se apartaba de él, desde que fue considerando la lucha armada como la forma de lucha más importante, hacia la cual había que dirigir el esfuerzo principal, si queríamos en verdad alcanzar el objetivo estratégico. O sea desde hace cuatro años, aproximadamente.³

Así pues, si desde el punto de vista conservador la desviación de izquierda consiste en apreciar la lucha armada como la forma de lucha más importante, desarrollando esa idea y, principalmente, poniéndola en práctica hasta sus consecuencias más profundas, el camino correcto, el que está «encuadrado dentro del marxismo-leninismo», es aquel que concede la máxima importancia a otras formas de lucha: las formas pacíficas, la organización y movilización legal de las masas, impulsada por un Partido que, aunque clandestino, su alianza con los partidos legales demoburgueses le permite participar en el juego político y en los eventos electorales.

Considerar las formas pacíficas como las principales, no significa que los compañeros echen a la canasta las formas violentas, de la misma manera que destacar las formas violentas no significa ignorar la lucha de masas, económica, ideológica o política. En ambas posiciones se habla del dominio de todas las formas de lucha por el Partido, que le den capacidad para pasar, cuando las circunstancias lo requieran, del empleo de unas al de otras, con agilidad y eficacia. Para cada una, sin embargo, tiene un alcance diferente. El paso de unas formas de lucha a otras es concebido por ellos

³ En el editorial del primer número del periódico «Guatemala en lucha», titulado «EL PGT y las FAR», por Anteo, el último documento «marxista-leninista» que se cita es la resolución de la Comisión Política ampliada «Conclusiones del examen de las experiencias de lucha violenta e intentos guerrilleros de principios de 1962», de mayo 17 de 1962, que aparece con el título de «Examen y conclusiones de la experiencia de la Guerrilla 20 de Octubre» y de fecha julio de 1962. En cuanto a la vida de Partido, estiman que se mantuvo dentro de las normas hasta la aprobación de la línea de la Guerra Revolucionaria del Pueblo, marzo, de 1965, es decir, hasta la creación del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), (Doc. cit. Pág. 11, párrafo 4).

como una maniobra táctica: pasar del empleo de una lucha pacífica a secas al de una lucha pacífica con manifestaciones de violencia. Y a la inversa: pasar de una lucha pacífica con manifestaciones de violencia a una lucha pacífica a secas. La maniobra consiste en saber cuándo emplear y cuándo dejar de emplear las formas violentas de lucha dentro de un camino ancho y fundamental: la vía pacífica.

Para nosotros significa, en su esencia, el paso de las formas pacíficas de principales a secundarias, en un proceso en que aparecen las formas violentas, se desarrollan y se convierten en principales. Es, por así decirlo, un cambio de estrategia. Y dentro de esta nueva estrategia, en que lo básico es el impulso constante a la lucha armada, pasar de unas formas de lucha a otras significa determinar en cada caso concreto, según las circunstancias que viva cada sector de la masa, si es correcto penetrar por medio del trabajo político o si sólo el trabajo armado puede darle paso allí. Determinar las ocasiones en que deben desenvolverse simultáneamente. Aprovechar en los ámbitos nacional y local los éxitos de la lucha armada para impulsar la organización y movilización de las masas y aprovechar la organización y movilización de las masas, en esos mismos ámbitos, para impulsar la lucha armada.

Significa, primero, un cambio de estrategia el paso de la vía pacífica anterior a la vía armada. Este tránsito ha venido ocurriendo en la práctica, desde 1962, haciéndose consciente en sucesivas resoluciones, especialmente, en las de Marzo de 1965, del PGT y de la FAR. Significa, además, la maniobra táctica: la determinación correcta del empleo de unas u otras formas, o de unas y otras y el aprovechamiento del impulso que la práctica de unas da a las otras.

Cuando nos hablan de volver a los principios marxista-leninistas en materia de vía de desarrollo revolucionario, quieren decir: restablecer en toda su vigencia los planteamientos de vía pacífica anteriores a 1962, cuyos resabios han venido perturbando la elaboración y la práctica de la línea de la Guerra Revolucionaria del Pueblo. Parecen considerar que ésta no ha llegado a tener amplitud suficiente para constituir una nueva línea en la práctica y que puede asimilársela al empleo auxiliar de las formas violentas en la vía pacífica, que en su concepto es hora ya de replegar. Y, viéndola así, no representa un problema insoluble, grande, ni complicado.

Sin embargo, el hecho mismo de partir de la afirmación de que solo la vía pacífica está encuadrada dentro del marxismo-leninismo y que la otra, la no pacífica, la del proceso insurreccional, la de la lucha armada, no es más que una desviación, es partir de una base harto discutible, que la experiencia histórica pone en ridículo todos los días. Será científica, marxista leninista, nuestra afirmación acerca de cuál vía de desarrollo es la apropiada para la revolución en nuestro país, si esa afirmación se corresponde con la realidad, si se corresponde con la forma y grado de desenvolvimiento de la contradicción de clases que se da en él. De otra manera no es más que una afirmación subjetiva, incorrecta, anticientífica.

Los compañeros, sin embargo, no llegaron en su análisis hasta aquí. La realidad nacional quedó al margen de sus apreciaciones. Dogmáticamente nos presentan la vía pacífica como la única marxista-leninista. Y así, las conclusiones que se desprenden de ella son también dogmáticas: la desviación de derecha, constituida por la negación absoluta de la necesidad del empleo de la violencia. Y la de izquierda, la más seria, que lo exagera al «confundir la táctica con la estrategia»⁴ —reducen la lucha armada a una táctica de apoyo a la lucha de masas— y al «unir desde ya la forma armada de lucha a la consecución del fin estratégico».⁵

III.—LA CONFUSION DE LAS DOS VIAS

A pesar de lo expuesto, hay muchos elementos que denotan confusión de las dos vías. Hablan de lucha armada y no de manifestaciones de violencia. Se les escapa que lucha armada implica una cierta sistematización o la completa sistematización de la violencia. Y una violencia sistematizada no es una forma auxiliar de la vía pacífica. Es la vía armada misma.

Se hace más evidente la confusión cuando afirman que contraponemos «tajantemente la lucha armada a la vía pacífica».⁶

Eso significa que el dominio por el Partido de todas las formas de lucha y el paso de unas formas a otras en la práctica, consiste en el empleo

⁴ Doc. cit. Pág. 19, párrafo 3.

⁵ Doc. cit. Pág. 19, párrafo 3.

⁶ Doc. cit. Pág. 18, párrafo 4.

simultáneo o alternado de las dos vías. Parten de una esquematización muy rígida. Por un lado, creer que la vía pacífica utiliza exclusivamente formas pacíficas de lucha. Y, por el otro, creer que la vía armada utiliza exclusivamente formas violentas. Semejante mecanicismo no puede sino hacer pensar que es incorrecto utilizar una sola vía y que la flexibilidad consiste en combinarlas. Y a los períodos de lucha armada deben suceder períodos de empleo decisivo de la vía pacífica, permaneciendo en todos ellos la reacción en el poder. El papel de la lucha armada es abrir la posibilidad de aplicación de la vía pacífica para la toma del poder.

El grado de rigidez y confusión de pensamiento es aquí muy alto. No pueden ver que una vez iniciado el proceso de la lucha armada la reacción no hace concesiones que no le imponga la fuerza armada revolucionaria, según la importancia que haya adquirido. Y si se llega a un pacto para continuar la lucha en otra forma, cosa de muy difícil ocurrencia sin la ocupación parcial del poder (en coalición con ella, por ejemplo), la garantía de su vigencia está en la presencia de nuestra fuerza armada. Cuando hay posibilidades, se producen treguas dentro de la vía violenta, que no constituyen vía pacífica, puesto que están garantizadas por la presencia de dos ejércitos antagónicos.

El empleo de las dos vías, alternándolas, es un planteamiento reversible: emprender el camino de la lucha armada con posibilidades de retorno a la lucha pacífica. Izar la bandera de la rebelión con posibilidades de arriarla, como si nada hubiera ocurrido. Y no solo posibilidades, sino deseo franco de que así sea. Pero ya Lenin lo decía: a la lucha armada, a la insurrección, no se juega. El retorno significa la derrota y el enemigo es despiadado con los vencidos. Solo en el buen deseo y en la imaginación cabe la espera de que nos permitan volver a la lucha pacífica.

No ven que la lucha armada es la forma más alta de la lucha política y que es un proceso irreversible. Que nuestro lema de «A Vencer o a Morir por Guatemala» no es una fanfarronada juvenil o izquierdizante. Porque les cuesta trabajo ver una realidad muy cruda: si no vencemos, la reacción nos liquidará indudablemente.

Y es por eso. Su concepción comprende que pueda haber vía pacífica sin uso de violencia, pero empieza a confundirse cuando la emplea, y más aún, cuando ve que lucha violenta y lucha política son un binomio in-

separable de la vía armada. Parte de su confusión es reducir la lucha política a sus formas tradicionales y, especialmente, a los procesos electorales y a las instituciones públicas de las democracias burguesas. No ve su cambio cualitativo en el camino armado. No discrimina entre formas principales y formas secundarias de lucha. No ve que en la vía pacífica el papel decisivo lo llevan las formas pacíficas, ni que en la vía armada lo llevan las formas violentas, aunque una y otra utilizan formas de lucha propias de su opuesta.

Dos realidades duras, testarudas como decía Lenin, han dado origen a estas concepciones. Una: la imposibilidad de impulsar el proceso revolucionario guatemalteco por el camino de la vía pacífica a secas. Por eso los compañeros avanzaron hasta considerarla una desviación de derecha. La otra: las iniciales luchas violentas, confusas en cuanto a los objetivos que perseguían, se han desarrollado y ya no se proponen, e incluso no saben si alguna vez se lo propusieron, ser el apoyo de una lucha de masas a través de la cual se llegaría al poder. Se proponen tomarlo a través de la lucha armada. Y en esto los compañeros han creído ver otra posición unilateral, que desprecia la lucha política (entendida como lucha electoral), con la que no pueden estar plenamente de acuerdo.

Y así, unos se hicieron a la idea de impulsar la lucha pacífica realizando acciones violentas que obligaron al enemigo a permitir un proceso electoral amplio y a entregar el poder, dejando de realizarlas al conseguirlo.

Y otros, a la de desarrollar en forma una lucha armada (solamente armada) hasta el momento en que atemorizado por la amenaza de una derrota aplastante, propiciara un desenlace enteramente pacífico.

Y estos son los ingredientes de la posición de los compañeros: vía pacífica y mecanicismo. No tienen claridad en el manejo de este problema. No hay sistema en la concepción, ni en la exposición. Y aunque en lo fundamental parecen ser partidarios de la vía pacífica con manifestaciones auxiliares de violencia, aparecen constantemente apreciaciones que corresponden a la concepción mecánica.

IV.—LA VIA PACIFICA EN LA PRACTICA

El Dr. Arévalo pensaba, en 1962, que debían continuar las acciones guerrilleras para «calefactar el ambiente electoral». Que la reacción, ante el

peligro de una lucha armada en firme, cuyo triunfo pusiera fin a su dominio, le entregaría el poder a él. Al ocupar la Presidencia, los guerrilleros podrían volver tranquilamente a sus casas y a sus antiguas ocupaciones. Y no muy distinto ha sido el criterio de los candidatos del Partido Revolucionario en el proceso electoral que culminó el 6 de Marzo pasado, al presentarse como «el único partido con posibilidades de negociar con las FAR y pacificar el país».

La existencia de focos guerrilleros y de una resistencia armada en la capital les permitía a ambos amenazar a la reacción con una alternativa muy difícil, que la obligara a realizar un proceso electoral limpio y entregar el poder al triunfador, un «demócrata moderado». La alternativa: si ustedes imponen un candidato y cocinan un proceso electoral en su propia salsa, es imposible contener el movimiento armado, que acabará por triunfar y despedazar la sociedad neocolonial y de clase en nuestro país. Esa responsabilidad les cabe por entero a ustedes. Nosotros nos lavamos las manos. La sociedad neocolonial y de clases solo puede mantenerse en Guatemala, si permiten nuestra participación en las elecciones, reconocen nuestro triunfo y dejan correr nuestra demagogia patriota y socializante que restablecerá a la vida normal a los alzados.

El Dr. Arévalo y el PR se equivocaron. No lograron asustar a los reaccionarios «con el petate del muerto». El peligro ha llevado a los «gorilas» a reforzar el despotismo y a hacer de la «democracia representativa» la mascarada que es hoy en América. No vacilaron en negarles el acceso al poder. Mayor demostración práctica del fracaso de la vía pacífica, aun con manifestaciones armadas, no se puede encontrar.

Con mayor razón se equivocan los compañeros que ajustan su pensamiento político a un esquema que no es válido siquiera para los partidos arevalistas, el Partido Revolucionario o la Unión Revolucionaria Democrática (proimperialista a lo «Alianza para el Progreso»).

¿En cuál movimiento de masas pueden basar sus ilusiones?

Guatemala es un país en donde los «gorilas» han ilegalizado a toda la izquierda y no le permiten participar en el juego político y en las farsas electorales; en donde de 60,000 obreros industriales, sólo 15,000 están organizados en sindicatos, divididos por la represión, la corrupción y la penetración de la ideología imperialista a través de la ORIT y el Consejo Sindical; en donde el proletariado agrícola y el campesinado carecen en

absoluto de organización y son pasto de las policías privadas de los terratenientes en donde no existen posibilidades legales de organizar para la lucha de clases a los oprimidos, ni posibilidades pacíficas ilegales, porque es allí donde la represión se hace más evidente; en donde la movilización de las pocas organizaciones de clase para obtener mejoras económicas es constantemente neutralizada por la parcialidad de las leyes, la actividad patronal y la represión policíaca.

Guatemala es un país en donde la reacción se prepara, desde hace más de un lustro, con la experiencia del 54, para enfrentar al pueblo mediante el uso sistematizado de la violencia armada; que reorganiza su ejército y sus organismos policíacos, abriendo de par en par las puertas a la asesoría yanqui y formando cuerpos selectos y especializados en cada una de las ramas represivas contra el pueblo y contra las guerrillas; que se hace del equipo y de las instalaciones necesarias para darles eficacia; que está decidido a impedir con todos los medios y «a como dé lugar» la organización y movilización de las clases oprimidas con cualquier objetivo; que incluso limita y niega las aspiraciones políticas de algunos sectores reaccionarios; que recibe el apoyo moral y la ayuda práctica de la reacción internacional y que juega en el mundo el papel de peón de la política de dominación imperialista.

En un país así, ¿en cuál ascenso de la lucha de masas, en cuál movilización organizada y constante de las masas, en cuál presión de las masas puede basarse la ilusión de llegar al poder por la vía pacífica? ¿En el movimiento estudiantil que, aunque beligerante, va en reflujo como consecuencia de la implantación del «Plan Michigan» en la Universidad? ¿En el cascarón de los partidos demoburgueses, que mantienen organizadas solamente sus direcciones? ¿En el Partido Guatemalteco del Trabajo que no tiene la más remota posibilidad de ser legalizado y cuyo trabajo clandestino le ha impedido ser un partido de masas?

El planteamiento de la vía pacífica con manifestaciones violentas, desde el punto de vista de los comunistas, presenta un panorama todavía más complicado que el del arevalismo o el del Partido Revolucionario: necesita de la presión armada que permita la participación electoral de una personalidad demócrataburguesa a la cual podamos apoyar, un Arévalo y dos Méndez Montenegro ayer, un Villagrán Kramer probablemente mañana. Una vez electa, en las condiciones políticas del país, requeriremos

también de la presión armada para amenazar a la reacción «con el petate del muerto» y obligarla a que le entregue el poder. Y si llega hasta aquí, esperar que el nuevo régimen cumpla sus ofrecimientos de brindar libertades democráticas suficientes que contribuyan a fortalecer nuestras organizaciones, extender nuestra influencia y aspirar a la hegemonía del proceso, aprovechando los sucesivos cambios de gobierno a través de las elecciones. No es Arévalo, Méndez, Montenegro o Villagrán Kramer lo que nos interesa, sino profundizar el contenido revolucionario de sus posibles regímenes, avanzando más en cada sucesión presidencial.

Este es el punto más débil de toda la cadena. El nuevo régimen puede cumplir sus ofrecimientos a cambio de la desmovilización de nuestros hombres en armas y, enseguida, al sentirse seguro, volver sobre sus pasos.

Pero, si cumple en verdad, hay otro factor cuyo peso sería ingenuo desconocer. La reacción y el imperialismo presionarían al incumplimiento o azuzarían al ejército al golpe de Estado. Y allí volveríamos al punto de partida: reiniciar otro proceso semejante, con las enormes dificultades que nos representarían desmovilizar y reinstalar nuestros frentes.

Sin la ilusión de la posibilidad de que esas personalidades puedan llegar al poder a través de elecciones y, sobre todo, sin la ilusión de que una vez en él puedan encauzar un régimen democrático-burgués, profundizándolo hasta nuestras posiciones y dejándolo bajo nuestra hegemonía, no habría planteamiento posible de vía pacífica.

Pero se olvidan de la experiencia con ellas. Sus regímenes no conducen a la profundización del contenido revolucionario, ni siquiera al cumplimiento de las reivindicaciones propias de su clase. Betancourt y Leoni son ejemplos más que elocuentes. Y, aún en nuestro caso, el de la Revolución de Octubre, por cuyo esquema suspiran: era imprevisible para Arévalo la radicalización de Arbenz y se sintió agobiado cuando no continuó siendo «arevalista». Sin embargo, el planteamiento que no llegó a cristalizarse por la intervención extranjera, la sucesión de Arbenz por el Coronel Díaz, no era precisamente una garantía de avance revolucionario. El valladar lo constituyó el ejército tradicional, que no era el soporte apropiado para la revolución y sobre el cual el imperialismo cifró con éxito sus esperanzas.

Hoy, más que nunca, aquellas personalidades, con la experiencia de Guatemala, se curan en salud. No están dispuestas a cometer el error de Aré-

valo con Arbenz: Podrán aliarse con nosotros mientras nos necesiten, hablando como de costumbre, de nuestra «escasa perspectiva de llegar al poder». Pero hasta allí nada más. Conseguido su objetivo, darán paso a la demagogia y al entreguismo. Y tendrán el pretexto de siempre: la presión del ejército y la poderosa fuerza del imperialismo, ante los cuales «no estamos en capacidad de luchar».

¿A qué conduce, pues, el planteamiento de vía pacífica con apoyo armado? A todo, menos a realizar la revolución antimperialista y antifeudal y, menos aún, a sentar las bases de la transformación socialista. Conduce, eso sí, al sacrificio de vidas valiosas, sin la obtención posible de resultados prácticos.

A través de ella no ganaremos la hegemonía del proceso revolucionario, no destruiremos el aparato represivo de las clases dominantes ni obtendremos el poder. Contribuiremos, a lo sumo, a encumbrar a los demagogos burgueses, proimperialistas al estilo «Alianza para el Progreso», a los que tendremos que combatir como lo hacemos con la reacción «gorila». Con una diferencia muy importante: habremos perdido mucho tiempo, muchas energías y mucha sangre en un camino inútil.

Podemos concluir que el camino de la vía pacífica con manifestaciones auxiliares de violencia, en las condiciones de nuestro país, no sólo no es un planteamiento marxista-leninista, como los compañeros pretenden, sino que es una desviación oportunista del mismo.

El camino de las dos vías es simplemente una aberración.

V.—LA BURGUESIA NACIONAL

El segundo punto importante en que discrepa la posición conservadora con la línea del Partido, es en el enfoque del papel que pueda jugar la burguesía nacional en el proceso revolucionario. Persiste en el criterio de que es una fuerza motriz y de que el objetivo estratégico es el gobierno de las cuatro clases.⁷ Acusa al Partido de aceptar «la tesis extremista de no tomar en cuenta en el frente antimperialista y antifeudal las con-

⁷ Doc. cit. Pág. 21, Propositiones 2o. En las conclusiones del III Congreso se incluye a la burguesía nacional como fuerza motriz de la revolución y se habla del gobierno de las cuatro clases.

tradiciones que tiene la burguesía nacional»,⁸ y cree que la revolución «no puede hacerse ignorando la fuerza política que tiene la burguesía y las distintas capas y masas que la siguen».⁹

Tres puntos a discutir hay en estos planteamientos. Uno, si la burguesía nacional puede ser considerada como fuerza motriz. Otro, si dejando de serlo se le ignora por completo, se olvidan las contradicciones que tiene con el enemigo y se dejan de aprovechar en el esfuerzo revolucionario. Y el tercero, las repercusiones que sobre el carácter de la revolución tiene la omisión de la burguesía como fuerza impulsora. En los tres puntos la posición conservadora es subjetiva en sus apreciaciones y revela, aquí también, sobre todo en el segundo, un mecanicismo similar al que emplea al tratar la vía de desarrollo de la revolución. Entiende en un sentido absoluto, o tergiversa deliberadamente, la exclusión de la burguesía como fuerza motriz. Un breve análisis es, pues, necesario.

1) No existe en el documento ningún análisis que fundamente su criterio de que la burguesía nacional es una fuerza motriz. Simplemente se apega al contenido de las viejas resoluciones. Y este solo hecho es suficiente para considerar que su posición no es el resultado de un estudio de la realidad concreta, sino de una necesidad política. Ha hecho un dogma de la vía pacífica y no se puede pensar en ella sin que la burguesía nacional juegue el papel más importante en la primera etapa de la revolución.

Si su esquema ve el inicio del proceso revolucionario en el apoyo a una personalidad burguesa, a un sector de la burguesía, contribuyendo a que se le abra la posibilidad de participar en un evento electoral, a que le entreguen el poder y a mantenerse en él, necesita ver en la burguesía nacional a una clase poderosa, capaz de enfrentarse al enemigo y sin temores a las clases revolucionarias, aunque la realidad de la vida diga otra cosa.

En vez de evaluar la situación de las clases oprimidas y calcular sus posibilidades políticas, para encontrar el camino de la revolución en nuestro país, procedió a la inversa. Aceptó ciegamente la vía pacífica y se buscó el eslabón necesario para ponerla en práctica. Se pintó así un panorama rosa, en que la revolución atravesaría tres etapas, una, bajo la hegemonía

burguesa, que alcanzaría el poder por el camino legal y que nos permitiría acumular fuerzas. Otra, de disputa por la hegemonía. Y una final, bajo la hegemonía proletaria.

Pero la realidad no permite hacernos esas ilusiones. La burguesía nacional no es esa clase poderosa que los compañeros se imaginan. El resultado de la política neocolonial del imperialismo (empresas mixtas, Mercomún Centroamericano y «Alianza para el Progreso»), a partir del triunfo de la contrarrevolución en 1954, ha sido la reducción numérica y el debilitamiento económico y político de la burguesía nacional. El hecho característico de los últimos doce años es el paso de más y más capitalistas nacionales al seno de la burguesía intermediaria. En Guatemala no se establece ya ninguna empresa importante sin la participación del capital yanqui. Y las mismas empresas fundadas con anterioridad están sujetas a la presión del halago, del «dumping» y de la acción gubernamental, para vincular sus intereses a los del capital extranjero. Su perspectiva histórica es la de su desaparición y la de su reemplazo por la burguesía intermediaria y el imperialismo.

En consecuencia, se han fortalecido las filas de la burguesía intermediaria. El imperialismo ha ampliado su base social en el país. Y en tanto los intereses económicos y políticos de esta capa se identifican con los del imperialismo y son su instrumento de penetración, los remanentes de la burguesía nacional no están en capacidad de luchar por su liberación, sino por su sobrevivencia como clase. Su papel no es el de fuerza impulsora de la revolución, sino el de fuerza conciliadora con el imperialismo.

Y esta actitud política de la burguesía nacional no es un hecho nuevo. Ya manifestaba esta tendencia aún antes de que este proceso tuviera lugar. Basta recordar un caso, un único caso, reciente y aleccionador, el del gobierno democrático de Arbenz. Sólo una capa de la burguesía nacional colaboró con él y fue la base de la política del paso atrás. Desertó cuando la intervención extranjera se puso a la orden del día. Y hoy, desde la llanura, los partidos burgueses, sin excepción, parten de la aceptación de la «Alianza para el Progreso» al elaborar sus plataformas programáticas. Ninguno de ellos hace planteamientos revolucionarios.

Su situación de debilidad tiene por consecuencia principal el no permitirle una política independiente frente al imperialismo. Necesita conciliar con

⁸ Doc. cit. Pág. 19, primer párrafo.

⁹ Doc. cit. Pág. 16, último párrafo.

él para tener oportunidades. En definitiva, el imperialismo le abre el camino de la sobrevivencia como clase acomodada, aunque no como clase independiente, y éste es un madero de salvación al que se acoge. La revolución, en cambio, y Cuba se lo confirma, la conduce a su eclipse total. No tiene la fuerza necesaria para detenerla en el cumplimiento de sus propias tareas de liberación. Por eso busca el acceso al poder, negociando y conciliando con el enemigo; no intenta siquiera un camino distinto, independiente, por temor a asustarlo. Y nada autoriza a pensar que, si lo lograra, realizaría una política popular y democrática. Su pensamiento está inbuído de la creencia de la imposibilidad y la inutilidad de la lucha contra el imperialismo. Su aspecto vacilante y contrarrevolucionario es, por hoy, el predominante. No es, pues, salvo mejores fundamentaciones, una fuerza motriz de la revolución.

2) Negar a la burguesía nacional el carácter de fuerza motriz no significa, como los compañeros afirman, negar las contradicciones que tiene con el imperialismo y el latifundismo ni que se provocan luchas limitadas entre ellos y, menos aún, que esas luchas no deban sumarse al esfuerzo revolucionario. Significa solamente que hay que ver el problema con objetividad, sin hacerse ilusiones.

Las contradicciones entre la burguesía nacional y el imperialismo se manifiestan, en primer lugar, en el proceso de absorción, en la resistencia que determinadas capas hacen para impedir que las empresas enteramente suyas, hasta ahora, se conviertan en empresas de capital mixto; en la resistencia al «dumping» que les aplica el Mercomún Centroamericano y a la presión del gobierno, interesado en vincularlas; en la lucha por participar en el Mercomún y por participar en igualdad de condiciones con las empresas mixtas.

Se manifiesta, en segundo lugar, en la lucha por el poder. El imperialismo y sus aliados, la burguesía intermediaria y el latifundismo, niegan a la burguesía nacional la posibilidad de hacer gobierno. Esta, sin embargo, no intenta hacerlo sino mediante el compromiso con ellos; y aún así, no aceptan. Temen que la demagogia conduzca a un desbordamiento popular. Sólo tienen confianza en las dictaduras militares, en los regímenes sólidamente vinculados con ellos. Los espanta todavía el proceso 44-54. Los partidos y las elecciones no son más que un mero instrumento para legalizar los despotismos a ultranza. Y así, las crisis son frecuentes. La de

Arévalo en 1963 y la de Méndez Montenegro ahora. El mayor amago de independencia por su parte, en esas condiciones, ha sido la conspiración, la tentativa de golpe de Estado, dirigido contra los instrumentos inmediatos, los militares gobernantes, pero nunca contra el imperialismo y sus lacayos.

No esperamos, por tanto, que esas luchas se amplíen y sean el preludio de una lucha más franca y revolucionaria. Cada vez tiene menos capacidad para hacerlo. Son apenas pataleos que terminan, por lo general, en unos casos, en la aceptación de la absorción, y, en otros, en la espera de una nueva oportunidad para luchar por el poder.

Nuestra política no es, por supuesto, cerrar los ojos a las luchas que provocan esas contradicciones. Pero tampoco sobrestimarlas e ilusionarnos con que la oligarquía le permitirá el acceso legal al poder bajo la presión de esas luchas, y ella, a su vez, nos permitirá en igual forma el ascenso. Eso ya no es posible en Guatemala. Nuestra política es concreta. Debemos contribuir a contener el proceso de absorción a que está sujeta la burguesía nacional: Ampliar su resistencia, desarrollar su lucha, impedir que la devoren. Pero conscientes de que contribuimos a una lucha por su sobrevivencia y no por su liberación, en un proceso de lucha armada que no sólo no apoya, sino que teme. Tendemos por todos los medios a neutralizarla. A ahorrarnos un enemigo y a ganar un aliado ocasional. Un aliado ocasional, porque su lucha es limitada e intermitente. No tiene continuidad. Proviene de una clase social cada vez más débil y reducida. Y en su lucha por el poder, no podemos apoyarla. La revolución no obtiene ningún beneficio con eso: Nuestra política será aprovechar las crisis que provoca para impulsar nuestra propia organización y nuestra propia línea.

Nuestra política no es, pues, ir tras de la burguesía, apoyándola hasta que ella nos ceda el paso y nos apoye. El aspecto básico de nuestra política es el de su neutralización, impidiendo que pase su fuerza al enemigo. Y en ese proceso, ganaremos individualmente a los burgueses que desarrollen una verdadera conciencia revolucionaria. Ellos irán tras de nosotros, apoyando nuestra línea.

3) Una burguesía nacional como la nuestra, desde la llanura, no hace planteamientos antimperialistas y antifeudales, sino conciliatorios. No busca el apoyo de las clases oprimidas como tales, sino que manifiesta un cerrado anticomunismo. Por esas evidencias y por su debilidad insalvable,

si llegara a ocupar el poder no puede esperarse de ella el impulso y la profundización de las tareas antimperialistas y antifeudales, la ampliación y plena vigencia de las libertades democráticas que nos permitieran acumular fuerzas, ni la aceptación de alguna posibilidad para nosotros de ocupar el poder por la vía legal.

Desaparecen, pues, los planteamientos de la vía pacífica, del gobierno de las cuatro clases y de la democracia nacional dirigida inicialmente por la burguesía, y, posteriormente, por el proletariado.

Las realidades de hoy son la lucha armada como vía de desarrollo de la revolución, dirigida en todas sus etapas por el proletariado, basada en la alianza obrero-campesina y en frente unido con las capas medias de la población y los burgueses que acepten nuestra línea. La dictadura revolucionaria de las tres clases, bajo la hegemonía proletaria, en tanto se cumplen las tareas agrarias y antimperialistas, y la dictadura del proletariado, al iniciarse las transformaciones socialistas.

Aprovechamos el desarrollo de este tema para combatir la creencia de que vía pacífica, hegemonía burguesa y democracia nacional son soluciones correlativas a los problemas de nuestro país, que la aceptación de una implica la aceptación de las demás. Esto no es cierto y ha dado lugar a muchas confusiones, hábilmente aprovechadas por los trotskistas.

Teóricamente el objetivo democrático nacional, agrario y antimperialista puede obtenerse a través de las dos vías: pacífica y armada. No es el objetivo mismo el que determina la vía para obtenerlo, sino las condiciones sociales en que las clases oprimidas tienen que luchar. Por las razones ya expuestas, en nuestro caso sólo puede obtenerse a través de la vía violenta. La correlación es entre vía armada y democracia nacional. No es cierto tampoco que la democracia nacional necesite de la hegemonía burguesa. Muchas confusiones han nacido de este equívoco. La exclusión de la burguesía nacional como fuerza impulsora ha hecho creer a algunos compañeros que cambia de carácter a la revolución en su etapa actual. Que sin la burguesía nacional, la revolución sólo puede tener el carácter socialista. Y esta conclusión sería justa si en nuestro caso la democracia nacional pretendiera el desarrollo de la sociedad capitalista. Pero su esencia está constituida por la destrucción de la sociedad neocolonial y semifeudal, no por la construcción de otro tipo de sociedad. Y estas tareas, aún sin la

burguesía, son de indispensable cumplimiento. Sin embargo, si transcurre bajo la hegemonía burguesa, a la destrucción de la vieja sociedad seguirá el impulso al desarrollo capitalista, la mediatización de las conquistas populares y el restablecimiento del dominio imperialista, y baste el caso de Indonesia como ejemplo, en donde además se obtuvo a través de la lucha armada. En cambio, bajo la hegemonía proletaria, a la destrucción de la sociedad neocolonial y semifeudal seguirá la transformación socialista. La correlación es: hegemonía del proletariado y democracia nacional.

En general, la correlación de soluciones en el caso de Guatemala es: hegemonía proletaria, lucha armada, reivindicaciones democrático-nacionales, agrarias y antimperialistas, que dan paso a las reivindicaciones socialistas. Sea dicho esto de paso, frente a los temores que suscita la posición conservadora que sobrestima el papel de la burguesía nacional, se aferra a la vía pacífica y predica una revolución democrático-nacional de inciertas perspectivas, que no puede transformarse por sí misma en revolución socialista. Basándose en esta tesis conservadora se ha impugnado a la democracia nacional y se ha dicho que ése no puede ser nuestro objetivo, puesto que de lograrlo, se derrumbaría como el gobierno democrático de Arbenz. Cabe sólo una aclaración: la democracia nacional que predicamos persigue la destrucción de la sociedad neocolonial y semifeudal y se diferencia en dos rasgos fundamentales del gobierno democrático de Arbenz: se conseguirá a través de la lucha armada y se apoyará por tanto en un ejército popular y transcurrirá bajo la hegemonía del proletariado.

VI.—EL PARTIDO Y LAS FAR

Llegamos ahora al tercero y último punto en que las discrepancias con la posición conservadora, son esenciales. La apreciación de las crisis de dirección y organización, sus causas, sus consecuencias y sus soluciones. Es tal vez el punto en que reina la mayor oscuridad y en que más se necesita de un estudio serio y sistemático. Pero los aportes que pueden darse dependen estrechamente de la línea general que se adopte. Los que son apropiados para una, son inapropiados para la otra y en poco o en nada se ayudan mutuamente. El abismo parece infranqueable y el acuerdo imposible, si observamos que en sus apreciaciones y propuestas la posición conservadora parte de la aceptación de una vía pacífica que puede usar y dejar de usar las formas violentas de lucha, en tanto que las nuestras

parten del camino de la lucha armada. Cada posición necesita estructurar, consolidar y desarrollar una dirección y una organización capaces de impulsar su línea. Y a líneas diferentes, soluciones orgánicas diferentes.

Conforme al documento que analizamos, «los errores del Partido obedecen a un proceso que arranca de las propias condiciones históricas de su nacimiento y no a una cuestión derivada de las vicisitudes de la lucha armada».¹⁰ Considera, asimismo, que la crisis orgánica que se ha vivido se debe al «menosprecio a las formas de organización y a los principios esenciales del marxismo-leninismo».¹¹ Y en consonancia con eso, nos dictan una cátedra sobre lo que es el Partido y sobre los principios que lo rigen y sobre los aciertos y los errores en sus resoluciones desde su nacimiento hasta la fecha.

Aunque podríamos estar de acuerdo con algunos de sus juicios en concreto, otros muchos corresponden a otra época y no son precisamente los errores y malos métodos de hoy, y otros más son apreciaciones meramente intelectuales, propias de quienes ven la lucha desde lejos. No se percatan de que esos juicios, aunque fueran razonables y verdaderos, analizan sólo un aspecto del problema: el aspecto interno. El otro, el externo, el principal, la realidad en que el Partido desenvuelve su vida: se les quedó en el tintero.

En su opinión, no fue la realidad de la lucha de clases en nuestro país la que determinó la crisis y el cambio de estrategia, el paso de la vía pacífica a la lucha armada. Tampoco tuvo que ver nada esa realidad con las crisis y los cambios estructurales. Todo ocurrió por «el bajo nivel teórico y político de los cuadros de la clase obrera y de los elementos de la pequeña burguesía revolucionaria que fundaron el Partido»¹² y por inspirarse en los documentos del movimiento comunista internacional.

Vaya una manera «marxista-leninista» de analizar los problemas. Unilateral, mecánica, subjetiva. Ningún bajo nivel teórico, ninguna copia de experiencias internacionales ha impuesto el cambio de línea, ni las transformaciones estructurales. Ha sido la realidad, esa realidad de dominación feroz, esa realidad de represión cavernaria, que nos veda el derecho

¹⁰ Doc. cit. Pág. 6, penúltimo párrafo.

¹¹ Doc. cit. Pág. 2.

¹² Doc. cit. Pág. 11, Malos Métodos.

de organizar a las clases oprimidas para la lucha económica, ideológica y política, la que nos gritaba a voz en cuello que sólo la lucha armada podría conducirnos a la liberación del país y a la transformación revolucionaria de nuestra sociedad, la que nos pedía encontrar las formas organizativas apropiadas para impulsarla.

Las condiciones internas del Partido, lamentablemente, no permitieron una visión clara y a tiempo de la realidad. Se fue admitiendo lentamente, primero, aceptando la necesidad del uso de algunas formas de violencia, como se asentó en los documentos desde 1955, pero sólo como una táctica impulsora de la vía pacífica de desarrollo, de la cual los redactores del documento que analizamos no han salido. Luego se avanzó hasta la concepción mecánica. Un período de lucha armada, seguido de un desenlace pacífico. Ellos barruntan a disgusto esta etapa. Y, finalmente, en las resoluciones de marzo de 1965, diez años después, se comprendió claramente, en sus justas dimensiones, el camino de la Guerra Revolucionaria del Pueblo. Y a esta etapa, los compañeros se niegan a llegar. Les parece que es rendirse ante las posiciones del Partido Comunista de China. Y todo lo puede decir la realidad, en su concepto, menos aquello que pueda parecerseles.

Pero las condiciones internas del Partido no sólo determinaron la lentitud en la aceptación de la realidad y en la determinación de la línea correcta, que al cabo fue común a todos los revolucionarios, sino que impidieron que esas concepciones se reflejaran en verdad en nuestra práctica política. Y esto ya no fue común a todos los revolucionarios. En 1955 se aceptó la necesidad del uso de las formas violentas, pero no se crearon los organismos encargados de aplicarlas, ni se preparó a ningún militante en el terreno militar. Después de la resolución de mayo de 1961 se preparó a un número insuficiente de cuadros, que incluía a solo un miembro de la Dirección, que protagonizaron en 1962 los fracasos de Concuá y Huehuetenango.

A partir de entonces, e influidos por la concepción mecánica, consciente o inconscientemente, se separó de la militancia ordinaria a los cuadros destinados a la lucha armada. Por un lado, el aparato político, por el otro, el aparato militar. Este último se vinculó a las primeras FAR y en ellas dejamos al 13 de Noviembre la atención de los frentes guerrilleros, reservándonos el control de las zonas de resistencia. Y por esa coyuntura se

nos introdujo el trotskismo. Salta a la vista que el pensamiento que nos guiaba era éste: no importa perder el control de los organismos que están haciendo la guerra, si mantenemos el del aparato político paralelo, puesto que la situación tendrá, en definitiva, un desenlace pacífico.

No fue sino hasta finales de 1964 que se comprendió que la guerra no era esa cuña, esa muleta para hacer andar la vía pacífica. Y en las resoluciones de marzo de 1965 y en la reconstitución de las FAR de la misma fecha, ya se vio claramente en la lucha armada el camino y se barruntaron todas sus implicaciones. Se comprendió que los aparatos político y militar no podían seguir siendo paralelos. Que tenían que integrarse el uno en el otro. Que la lucha armada tenía que ser impulsada por la concepción y la dirección política y que la lucha política sólo podía ser impulsada por la lucha militar. Y llevar eso a la práctica significaba la reorganización del Partido de la cabeza a los pies y su integración en las FAR. El primer paso de claridad en ese sentido fueron las Diez Tesis de Organización.

Con traspies y sin esperar al IV Congreso, se empezó a crear regionales integrando las direcciones política y militar, en unos casos sólo de las FAR, en otros sólo del Partido y en otros más del Partido y de la FAR. Pero quedaba el defecto principal sin solucionar: la Dirección del Partido que no comprendía dirigentes militares y en cuyo seno las concepciones incorrectas y los hábitos pasados no dejaban avanzar el trabajo con la celeridad necesaria. Para renovar el Comité Central se celebró la Conferencia de febrero del 66, que resolvió en lo fundamental esta falla. Y queda mucho por hacer.

Mientras este proceso se llevaba a cabo, lo que ocurrió en la práctica fue desalentador para los comunistas. Las luchas violentas se producían espontáneamente y no impulsadas por el Partido. En 1962, por ejemplo, el pueblo y los militantes comunistas se lanzaron a la lucha violenta sin que el Partido se lo hubiera propuesto, con excepción de los intentos guerrilleros de Concuá y Huehuetenango. Y a partir de entonces, la impresión general era que el Partido apoyaba la lucha armada, pero no la impulsaba. Mientras el Partido se resistía a tomar decididamente el camino de la vía violenta y a integrarse francamente en las FAR, el 13 de Noviembre y Yon Sosa capitalizaban muchos codos de prestigio.

No era extraño en estas condiciones que los militantes dirigieran sus críticas a la Dirección del Partido y empezaran a ver la vanguardia de la

lucha en los organismos de las FAR, encabezados por dirigentes del 13 de Noviembre. En cada uno de ellos se planteó un conflicto muy serio: la lealtad al Partido y el impulso de la lucha fuera del Partido. Y a no ser por la precipitación de los trotskistas de empezar a machacar sus tesis provocadoras alrededor del nombre de Yon Sosa y del 13 de Noviembre, la crisis hubiera conducido al rompimiento. Y aunque no estuvimos en capacidad de responder adecuadamente a los trotskistas, no sólo por dificultades materiales, sino también por falta de claridad y elaboración en nuestra línea, la polémica con ellos condujo al acercamiento entre los militantes disidentes y el Partido. El Partido llegó a la concepción completa de la vía violenta y los organismos militares se acercaron a las posiciones del Partido. La confluencia, aún con muchos desajustes, se produjo con la reconstitución de las FAR en marzo del 65. De entonces para acá, los continuos reajustes caracterizan el proceso.

Es en estos hechos en donde debe buscarse el origen de la crisis orgánica. Su consecuencia inmediata ha sido la desorganización. Pero también, ha desorganizado el paso de unas formas de organización a otras. No fue un presunto menosprecio a las normas de organización y a los principios esenciales del marxismo-leninismo. Fue la realidad que vivíamos. La contradicción entre una organización impropia y las necesidades de la línea. Y en medio de la crisis ha habido seria preocupación por salvaguardar y por reconstituir esas normas. El problema de cómo vincular el trabajo militar y el trabajo de Partido, de cómo hacer funcionar al Partido en las unidades militares y, en general, de cómo integrar al Partido y a las FAR, ha sido el problema más difícil que hemos afrontado. Y para resolver este problema, necesitábamos y necesitamos de propuestas de solución viables.

Pero los compañeros, cerrando los ojos a la realidad, viendo sólo errores y desviaciones internas, reales o imaginarias, y pretendiendo volver a la vía pacífica, hacen propuestas que no sólo no nos sirven para nada, sino que, de aceptarlas, marginaríamos al Partido de la lucha actual de nuestro pueblo, lo separaríamos de las masas oprimidas y lo haríamos abandonar definitivamente su papel de vanguardia.

Por parecerles impolítico, no pidieron la disolución total de las FAR. Piden dejarla «como un organismo más de masas».¹³ Pero, conforme a sus

¹³ Doc. cit. Pág. 21, Propositiones 4o.

tesis generales, ni esto es posible. Otras formas de organización para la lucha de masas serían las principales: sindicatos, centrales sindicales, partidos, frentes unidos de distintas fuerzas, etc. La FAR pasarían a un plano muy secundario. Probablemente como grupos para realizar acciones muy limitadas o para simples escoltas. Y si esto no es posible, como lo han manifestado oralmente, habría que retirar al Partido de las FAR. Piden la disolución del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria.¹⁴ Y aunque sobre este problema nosotros mismos no tenemos un criterio definitivo, puesto que es indudable que la dualidad de dirección debe desaparecer, no es este el momento en que deba disolverse, ni el sentido de su disolución debe ser el que los compañeros pretenden. Es decir, la dirección de la lucha armada no debe desaparecer. Debe fortalecerse.

Así pues, para nosotros la crisis se manifestó cuando la línea de la lucha armada debía ser impulsada por una organización propia para la lucha pacífica. Para ellos, cuando la organización se adaptaba a las necesidades de la lucha violenta y empezaba a ser impropia para la vía pacífica. Nuestros problemas derivaron de la lenta transformación orgánica en el Partido y por el débil impulso que se daba a la organización propia para la guerra. Los suyos derivaron de ver el crecimiento de las FAR en forma desproporcionada en su criterio, y sentir que el Partido se desorganizaba, para adaptarse a la nueva forma de lucha. Para nosotros la solución está en fortalecer el Partido para impulsar y robustecer a las FAR y desarrollar decididamente la lucha armada. Para ellos está en fortalecer al Partido para disolver a las FAR y volver a la vía pacífica.

VII.—LA CRISIS DEL PODER REACCIONARIO

No dudamos que los compañeros, antes de decidirse a iniciar una polémica pública, han mantenido una polémica privada con la Dirección del Partido. Algunos elementos de esa discusión han llegado hasta nosotros, especialmente por las dificultades y roces que ocasionó su actitud fraccional irreductible: negarse a la integración con los organismos de las FAR en su localidad.

Pese a reconocer el hecho de que no exponen por primera vez sus puntos de vista, es bueno hacer constar el momento en que se constituyen for-

malmente como una tendencia beligerante. Es en los últimos meses de 1965 y los primeros de 1966. Elaboran su documento y publican dos números de su periódico. Y abren la discusión en el seno de los Comités de Base y en el de los organismos de las FAR.

Es precisamente el momento en que la tiranía abre un proceso electoral tendiente a legalizar su gobierno de facto. Cuando monta una gran farsa, tras de la cual oculta el fraude legal y material; da plazos brevísimos para inscribir partidos que necesitan 50,000 afiliados, de los cuales el 50 por ciento deben ser analfabtos; niega la participación a sectores reaccionarios como los de Cruz Salazar y Lucas Caballeros, y a sectores del centro como los de Villagrán Kramer y el arevalismo; trata de obligar al liberacionista Ponciano a que desista de su candidatura, y muere en circunstancias y por razones no esclarecidas aún el candidato original del PR, Mario Méndez Montenegro. En suma, cuando la tiranía se esfuerza por montar un escenario en el cual Juan de Dios Aguilar, sin competencia alguna en la derecha ultramontana y usando el fraude a discreción, pueda ganar por un buen margen a Julio César Méndez.

Formalizan la tendencia entonces, al calor de las ilusiones que despierta la persona de Julio César. Quieren decirnos en voz baja: no es Mario ya, ni el PR, que pactaron con el castilloarmismo y vivían en conciliábulos con la embajada yanqui, esperando su beneplácito. Es Julio César, el hombre que participó en las lides revolucionarias del 44 y que se retiró a la vida académica, sin mancharse. El hombre que inicia su campaña llamando a la dictadura por su nombre y acusándola de dar muerte a su hermano. Y junto a él, no sólo el PR, sino su contrapeso, los sectores revolucionarios cuya participación legal está vedada.

Ocurrió entonces un hecho singular. Los compañeros, que se negaban a participar en la Conferencia Nacional del Partido, puesto que se proponía renovar el Comité Central, para adaptarlo a las necesidades de la guerra, decidieron participar. Vieron en ella una fantástica oportunidad para pedir que se arriaran las banderas de la lucha armada y para proclamar a los cuatro vientos que consideraban la línea como «la desviación más seria del momento».

Pretendían que al aprobar sus propuestas, fueran oficialmente consideradas como la contrapartida al pacto con las FAR que pregonaba el PR a través de Marroquín Rojas. Hubiera sido decirles: ese pacto no sólo es

¹⁴ Doc. cit. Pág. 21, Propositiones 50.

posible, sino necesario. Les proponemos dos cosas: nuestro apoyo y la desmovilización de nuestros hombres en armas. A cambio de otras dos: la legalización de nuestras organizaciones y de sus actividades políticas y la posibilidad legal y pacífica de llegar al poder en el futuro, cuando gocemos de un amplio apoyo popular.

La Conferencia de las FAR de enero pasado, que llamó a votar por los candidatos del PR, contribuyó a forjarles nuevas ilusiones. Buena sorpresa debe haberles causado, después de ella, el fracaso de sus puntos de vista en la Conferencia Nacional del Partido. No apreciaron la diferencia de criterios, por ver sus deseos, no la realidad. Mientras las FAR se proponían agudizar la crisis del poder reaccionario, haciendo triunfar a Julio César sin la menor intención de cambiar su línea — a pesar de lo cual consideramos que cometieron un error—, los compañeros proponían el seguidismo, el apoyo abierto y la regresión de la línea.

Y el proceso electoral y las elecciones se produjeron en medio de un clima de aguda represión. Dos grandes ofensivas se lanzaron sobre las zonas guerrilleras a finales del 65 y a principios del 66, dejando un saldo de crímenes atroces y, en la capital y en otros centros importantes, decenas de guatemaltecos fueron detenidos, torturados y expulsados del país.

Otros más, fueron asesinados, y entre las víctimas se encontraban Víctor Manuel Gutiérrez, miembro del C. C. del PGT y ex-Secretario General de la Confederación General de Trabajadores y Leonardo Castillo Flores, miembro del C. C. y del Centro Provisional de Dirección Revolucionaria y ex-Secretario General de la Confederación Nacional Campesina. La dictadura exhibía su verdadero rostro cuando más necesitaba de la piel de oveja. Se sentía muy segura del fraude, trataba de no dejarle problemas muy serios a Juan de Dios y prevenía posibles disturbios después que los comicios amañados tuvieran lugar.

Es hora de empezar a analizar el resultado de todo esto. Tres años de duros afanes para montar una farsa constitucional y legalista finalizan en un rotundo fracaso para la dictadura. No pudo evitar que Ponciano participara; y aunque sin mayoría absoluta y a pesar del fraude, Julio César Méndez resulta electo. Entran en crisis nuevamente las esperanzas y el andamiaje del poder reaccionario. Se confirma la crisis crónica, insuperable, aguda, sin salida, que padece desde el triunfo de la contrarrevolución en 1954. Castillo Armas, su adalid, cae asesinado por disputas internas, en

julio de 1957. A la imposición de Ortiz Passarelli, en octubre de ese mismo año, se suceden disturbios populares y dos golpes de Estado. En 1958 el fraude no logró imponer a Cruz Salazar y, después de un pacto, queda Ydígoras en elección de segundo grado en el Congreso. La amenaza de la participación de Arévalo en las elecciones y su sola presencia física, mueven a Peralta a «salvar al país del comunismo», dando un golpe de Estado en 1963. Y ahora, otra vez en problemas.

Entregar el poder a Julio César es aceptar las consecuencias del fracaso. Imponer a Juan de Dios es borrar con el codo lo que han escrito con la mano, negar la legalización que pretendían con tanto empeño. Julio César patalea primero, amenazando con la guerra civil de bolsillo si no le entregan el poder, para después entonar un aflautado canto de sirena, declarando que no se propone destruir ni modificar al ejército, sino enaltecerlo. Por su parte, Peralta sondea la opinión pública y señala que la mejor solución sería un nuevo proceso electoral. Da una esperanza y gana tiempo.

Y allí están las dos tendencias que podrán dar solución temporal a la actual crisis. La más lejana, un Julio César que ocupa la Presidencia por algún tiempo, cortejando a los militares, no al pueblo, y menos a los comunistas. Y la de mayores posibilidades, el autogolpe, Peralta derogando su Constitución, anulando el proceso electoral y declarando el Estado de sitio.

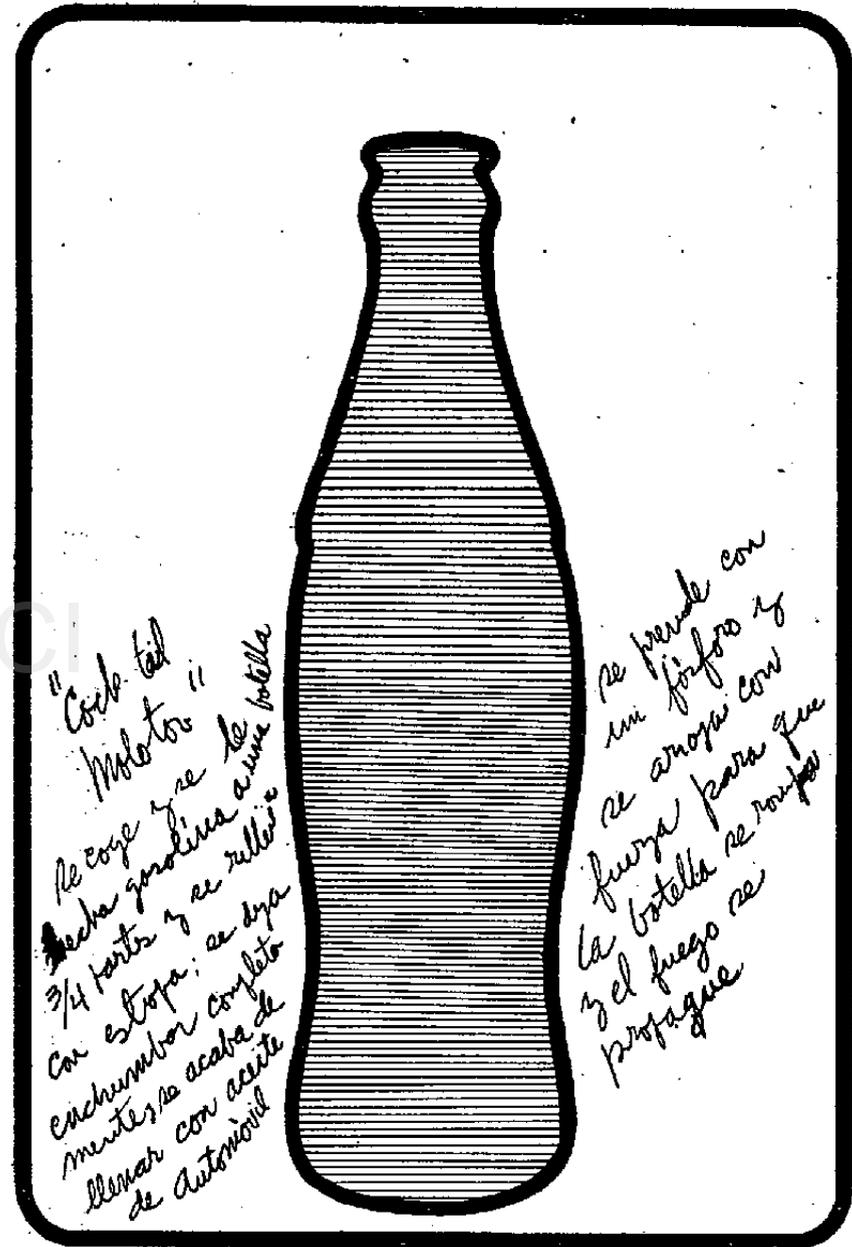
No vemos ninguna oportunidad para nosotros aquí. No está por emprenderse un nuevo proceso revolucionario, tipo 44-54, aún cuando entregaran el gobierno al PR. Las condiciones no se parecen en lo más mínimo. Julio César sería un hombre tragado por una máquina. La máquina de su propio partido primero, dispuesta a los mayores compromisos con el imperialismo. La máquina del Estado después, totalmente controlada por los Estados Unidos y preparada para enfrentar el pueblo mediante el uso de la violencia armada y la demagogia. Esperar que tomen vigor las libertades democráticas que propicien nuestro desarrollo, es chocar con estas realidades y con una Constitución, la más fraudulenta y reaccionaria de nuestra historia reciente. Más temprano que tarde el golpe de Estado se produciría, porque para su fines la reacción necesita el más completo control del aparato estatal, y el gobierno del PR no sería para ella sino una concesión temporal para solucionar esta crisis.

Todo demuestra que la línea de la lucha armada es correcta. Que desmovilizar nuestros frentes en aras de una legalidad o semilegalidad sin perspectivas, o de una clandestinidad sin grandes riesgos, no sería una ventaja, sino un suicidio. Nuestra política debe orientarse a demostrar al pueblo que con Julio César o con golpe de Estado, la situación no cambiará en su favor. Debemos movilizarlo y organizarlo alrededor de nuestra línea, con plena seguridad de que es correcta, con plena conciencia de que es justa. Debemos aprovechar al máximo la magnífica oportunidad que nos brinda esta crisis.

Que no se diga que los comunistas sólo aprendimos a hacer revolución al estilo 44-54; que desconocemos otra forma y que nos costaría mucho trabajo aprenderla. Somos marxistas-leninistas y debemos comprender con toda claridad que aquel esquema no puede ya ser aplicado; que la realidad nos dicta el camino de la lucha armada y que a él debemos dirigir nuestro esfuerzo principal, empeñándonos con decisión profunda en la lucha, transformando nuestros organismos hasta adaptarlos por completo a las necesidades de la línea y afinando nuestros métodos de trabajo hasta hacerlos seguros y eficaces.

¡A vencer o a morir por Guatemala!

Guatemala, Marzo de 1966.
Sección de Propaganda del Comité Regional Central.
Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT)
Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)



Los Autores

Camilo Torres. El héroe colombiano nació el 3 de febrero de 1929. Estudió en un liceo laico. Fue licenciado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Bogotá, haciendo estudios de post-graduado en las universidades de Lovaina y Minnesota. Por la simpatía que gozaba en los medios estudiantiles recibió el nombramiento de Capellán de la Universidad Nacional de Bogotá en marzo de 1959. Fue retirado de ese cargo en febrero de 1961, cuando se hicieron notorios sus primeros encuentros ideológicos con la jerarquía eclesiástica. Llegó a ser profesor de Metodología de la Investigación Sociológica y de Sociología Urbana en esa misma Universidad. A mediados de 1965 se incorpora al frente guerrillero del E. L. N. Muere en combate el 17 de febrero de 1966. Entre otros trabajos, dejó escritos los siguientes: «Estudio de la Realidad Estadística y Social de Bogotá», «la Proletarización de Bogotá», «la Asimilación del Inmigrante Rural a la Sociedad», etc. Una selección de sus «mensajes» y artículos políticos será publicada próximamente por Edición Revolucionaria.

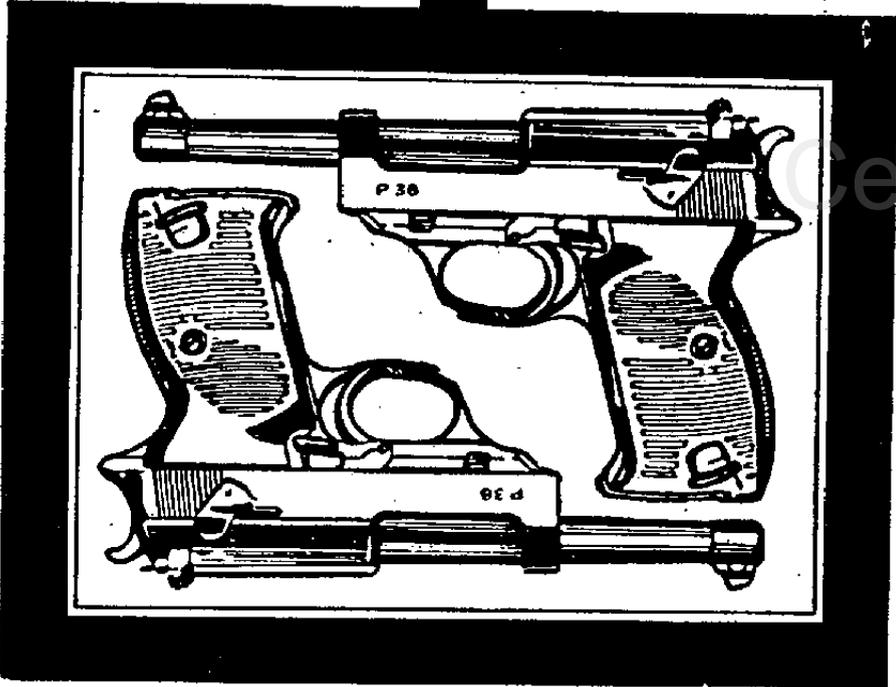
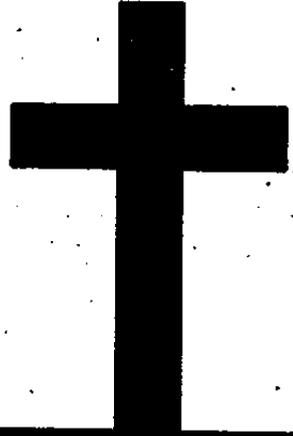
Fabrizio Ojeda. Apareció en la vida política nacional venezolana como presidente de la Junta Patriótica que derrocó a Pérez Jiménez en 1958. Fue diputado de la URD en las elecciones de ese mismo año. Vino a Cuba en 1960 y permaneció algún tiempo entre nosotros. Se incorporó al movimiento guerrillero en 1962, siendo detenido pocos meses después de haberlo hecho. Posteriormente se fugó de la cárcel. Murió en julio de 1966, ase-

sinado por miembros de los cuerpos represivos del régimen de Raúl Leoni. Ostentaba, al morir, el cargo de Presidente de la Comandancia FLN-FALN.

Américo Pumaruna. Miembro de la organización peruana Vanguardia Revolucionaria. Este artículo fue reproducido por Selecciones de «Monthly Review» en español.

Julio del Valle. Revolucionario guatemalteco, miembro del Partido Guatemalteco del Trabajo.

My Sister Sammie



En el próximo número

Amílcar Cabral,

Fundamentos y objetivos de la liberación nacional en relación con la estructura social.

Amílcar Cabral,

Breve análisis de la estructura social de la Guinea "Portuguesa".

Gerard Chaliand,

Independencia nacional y Revolución.

Maurice Maschino,

Franz Fanon. El itinerario de la generosidad.

Jean-Paul Sartre,

El pensamiento político de Patricio Lumumba.

Djuma Mbogo,

El drama de Rwanda,

CeDInCI

